Historias de Plinio

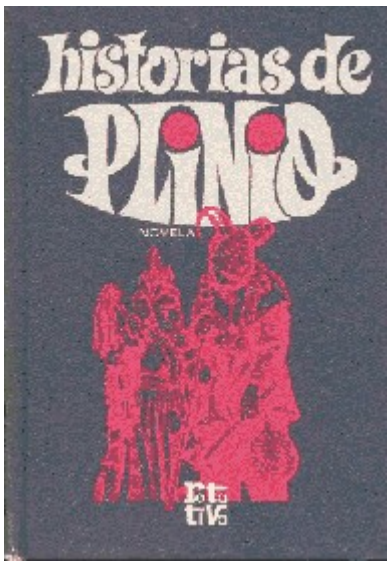
Novela

F. García Pavón

Portada de J. PALET
© F. García Pavón, 1972
Editado por PLAZA & JANES, S. A.,
Virgen de Guadalupe, 21-33
Esplugas de Llobregat (Barcelona)

Prlnted in Spain
Impreso en España

Depósito Legal: B. 20. 589 –1972



Editores

A mi hijo Javier,
que sueña con pistolas
y policías prodigiosos.

BREVE NOTICIA DE *PLINIO*

(A manera de prólogo)

En España nunca creció de manera vigorosa y diferenciada la novela policíaca y de aventuras. Lectores hay a miles. Transcriptores, simuladores y traductores de las novelas policíacas de otras geografías, a cientos. Nuestra literatura de cordel y crónica negra cuenta desastres y escatologías para todos los gustos y medidas; sin embargo, al escritor español, tan radical en sus gustos y disgustos, nunca le tentó este género que, tratado con arte e intención, podía haber alumbrado muchas parcelas de nuestra vida y distraído a infinitos lectores.

Yo siempre tuve la vaga idea de escribir novelas policíacas muy españolas y con el mayor talento literario que Dios se permitiera prestarme. Novelas con la suficiente suspensión para el lector superficial que sólo quiere excitar sus nervios y la necesaria altura para que al lector sensible no se le cayeran de las manos.

Conocía un ambiente entre rural y provinciana muy bien aprendido: el de mi pueblo, Tomelloso Unos tipos, costumbres y verbo popular que asomaron en mis libros más queridos: *Cuentos de mamá, Cuentos republicanos y Los liberales.* Sólo me faltaba encontrar al «detective», ya que los «cacos» se me darían por añadidura. A falta de imaginación, me bastaría recordar averías humanas y crímenes de por aquellas tierras que oí contar muchas veces y que algunas fueron afamadas en romances de ciego.

Desgraciadamente en mi pueblo nunca hubo un policía de talla, es natural. Pero sí hubo un cierto jefe de la Guardia Municipal, cuyo físico, ademanes, manera de mirar, de palparse el sable y el revólver, desde chico me hicieron mucha gracia. El hombre, claro está, no pasó en su larga vida de servir a los alcaldes que le cupieron en suerte y apresar rateros, gitanos y placeras. Pero yo, observándole en el Casino o en la puerta del Ayuntamiento, daba en imaginármelo en aventuras de mayor empeño y lucimiento.

Por fácil concatenación, hace pocos años se me ocurrió que mi «detective» podría ser aquel jefe de la Guardia Municipal de Tomelloso, que en seguida bauticé como *Plinio,* E intenté mi primera salida aplicándolo a desentrañar el famoso caso de las «Cuestas del hermano Diego», que me habían referido tantas veces camino de Manzanares, en cuyo «carreterín» se encuentran. Así surgió mi novela breve titulada *Los carros vacíos,* publicada por «Alfaguara», en su colección «La novela popular».

Como la crítica me alabó el invento, inmediatamente escribí dos novelitas más: *El carnaval y El charco de sangre,* que componen este tomo. Aunque estos últimos «casos» son completamente imaginados, procuro retratar o reinventar tipos reales o propios del ambiente. Casos y tipos en proporción con el marco popular y la modesta ejecutoria de mi «agente» *Plinio.*

Si a ustedes les gustan estas andanzas de Manuel González, alias *Plinio,* y su amigo don Lotario, el veterinario, creo que me animaré a sacar nuevas páginas de sus modestas y grandes historias [1]. Y si las rechazan, las pondré en la alacena del olvido, en espera de que salga otro escritor con más pluma capaz de lograr este tipo de novela policíaca española que yo pretendo... Lo que nadie podrá negar es la nobleza de mi empeño.

F. GARCÍA PAVÓN

---

1 Luego de redactar este prólogo concluí otra novela larga de *Plinio,* titulada *E1 reinado de Witiza,* que pronto verá la luz.

PRIMERA HISTORIA
EL CARNAVAL

I

EL CARNAVAL

Cuando Manuel González, alias *Plinio,* el jefe de la Policía Municipal, a través de un año de investigaciones sin cuento y de sucesos extraños concluyó con éxito su trabajo, pudo reconstruir de la siguiente manera parte de los hechos ocurridos en la villa de Tomelloso la tarde del Domingo de Piñata de 1925.

Aproximadamente a las seis de la tarde, una persona con un abultado lío de ropa bajo el brazo llegó a un cuartillejo derruido que había en una de las eras que flanquean el paseo del cementerio. Entre sus paredones mutilados había cenizas, piedras ahumadas y cajones de caballería. Por las noches debían de guarecerse allí gitanos u otras gentes trashumantes. En aquel día último y más furioso del carnaval, los paseos del cementerio aparecían completamente desiertos. Bajo un cielo opaco, los árboles cabeceaban al ritmo de un viento persistente y frío. Al final de los paseos, el cementerio. Sobre sus tapias asomaban puntas de cipreses, cruces y la bóveda de algún panteón. Bien muertos estaban los muertos en aquel día de vida desenfrenada. Parecía que a aquel gran solar de los tristes ya no iría nunca nadie.

La persona que sólo conocía *Plinio,* durante unos minutos estuvo oculta entre los lienzos de tapial mutilado. Al cabo de ellos salió completamente cambiada. Había deformado su cuerpo poniéndose algo alto sobre la cabeza y envolviendo toda su fábrica humana y postiza con una sábana, atada arriba con una cinta roja. La cara cubierta con una media negra, asomaba apenas, como entre cortinas, tras las dos alas de sábana que la máscara sujetaba con las manos, a su vez cubiertas con unos guantes de lana roja bordados en verde. La máscara llevaba un bastón de hierro.

A cierta distancia era difícil adivinar si aquella máscara era hombre o mujer. Tal era la deformación de su cuerpo, añadido por arriba y abultado por todos lados; y tal lo completo de su disfraz.

Ya fuera del cuartillejo y en plena era, aquella fantasmal —por lo ensabanada— máscara echó a andar con la mayor decisión calle del Campo abajo. Marchó silenciosa, con paso decidido, sin dar broma a nadie. Parecía que mejor que a máscaras iba a algo más concreto.

La verdad es que por la calle del Campo no había demasiado carnaval. Algunas máscaras que salían de su casa camino del centro; chiquillos cansados de arrastrar sus capisayos que hablaban ya en civil y sin *quirio* de máscara; y algún desdichado que montado en su mula aderezada con mantas viejas y con una palangana en la *cabeza* a manera de yelmo, espuerta al brazo en lugar de rodela y caña de mirasol en ristre, iba

calle adelante al paso contenido de su andadura, canturreando un fandanguillo flamenco en espera de sitio adecuado para su acción.

Por las esquinas, muy ligera, al encabritado compás de su pasodoble bandurriero, pasó una estudiantina con trajes negros y coronas de flores. El pandetóforo se buscaba los calambres del codo con su parche, y algunos tunos, sin instrumento, quedaban retrasados ofreciendo las coplas impresas de su música.

Cuanto más se aproximaba la máscara a la *plaza,* mayor era el bullicio y la concentración. Resultaba trabajoso andar. Había que sortear con dificultad los grupos de máscaras y gentes sin disfraces que se formaban en todos sitios con cualquier pretexto. Ya en la plaza era imposible dar un paso. La gente se arremolinaba sin orden ni dirección. Entre el vocerío y los gritos de las máscaras, a veces, sin saber de dónde procedía, llegaba el redoble de un tambor, el tocar de un cencerro, o los ahogados acordes de una orquesta de cuerda. Desde el balcón del Ayuntamiento, por ejemplo, la plaza presentaba el aspecto de una enorme tortilla formada de cabezas tocadas con colorines, que se movían sin cesar en todas direcciones.

En un rincón de la plaza, junto a la «Posada de los Portales», estaba parado un carro grande. En torno a él había mucha gente. En la parte trasera había un tabladillo separado del interior por unas cortinas. A este tabladillo, como si fuera escenario, salían unos mozos vestidos de manera caprichosa, con la cara pintada de tizne o pimentón, que recitaban por turno unas escenas en versos ripiosos. Estas piezas bárbaras habían sido compuestas por ellos mismos —gañanes— en sus noches de quintería para hacerlas en carnaval.

La máscara, a aquellas horas, lo mismo que *Plinio,* debió de ver en el tabladillo a un mocetón con grandes barbas hechas de rabo de mula que recitaba un monólogo, que ripio a ripio, era así poco más o menos:

Y mientras tos amos comen
en mesas enmanteladas,
los pobrecitos gañanes
nos hacemos unas gachas.

Ellos, en el casino y de caza
y los míseros gañanes
con las mulas en el haza.

Aunque haga mal horage
o el sol pele las espaldas
los pobrecítos gañanes
les damos «pá» ir a la plaza...

La gente se reía a gusto, no sólo por la letra, sino por los desmedidos ademanes de los actores y sus voces a todo grito.

Luego salió un segundo personaje a las tablas, vestido de mujer copiosa a fuerza de almohadas en esta y aquella parte, que dijo al de las barbas de mula:

Apártate maniqueo

que debías comer paja.
Tanto criticar al amo
pareces una criada.

El de las barbas:

Yo es que digo las «verdás»
y harto estoy de tanta raja;
tú eres una pelotilla
que al amo chupas las bragas

Mujer:

Yo soy la casera «honra»
que me sobra con la paga.
Tengo gallinas, dos guarros;
«tó» lo demás, peroratas.

El de las barbas:

Y lo que robas al amo
¿te lo callas?

A este tenor siguió la representación durante largo rato. Cuando el público se aburría, los del carro echaban un trago, se metían entre las cortinas, y buscaban otro lugar, siempre en las calles más céntricas.

La máscara, según *Plinio,* debió de cruzar la plaza con gran esfuerzo hasta desembocar en la calle de la Luz. En la esquina se detuvo sin apartar los ojos de la puerta de la casa de doña Carmen. Casa antigua, de piedra, con pesados balcones de hierro forjado y puerta de nogal con llamadores altísimos. Allí, según los cálculos del Jefe, debió permanecer más de una hora en espera de lo que ella sabía. En el entretanto debió de ver muchas cosas. Unas las contó la propia máscara un año después; otras no tuvo por menos que verlas, ya que por aquel lugar y a aquella hora las vio el mismo Manuel González, alias *Plinio.*

Por ejemplo, muy cerca de donde estaba parada y acechante la máscara había una tiendecita improvisada donde se alquilaban trajes de pierrot, de payaso, dóminos; se vendían caretas, serpentinas, conffeti. Como muestra había sobre la puerta colgado un pantalón rojo, cuyas perneras vacías tijereteaban, movidas por el viento.

Dentro, y medio oculto por unas cortinas —esto lo contó la máscara—, un hombre se vestía precipitadamente un pierrot negro con botones rojos. Era el médico, don Antonio. Cuando salió a la calle dispuesto a correrse la gran broma, nuestra máscara, casi sin saber lo que hacía y tal vez por aburrimiento, se acercó a darle la broma, su primera broma de la tarde.

—¡Que no me conoces, Antonio, que no me conoces!

El pierrot negro recibió la broma con cierta perplejidad.

¿Dónde se había visto que una máscara diese broma a otra? ¿ Cómo era posible que le

hubieran conocido? ¿Es que iba tan mal disfrazado? Don Antonio miraba a la máscara sin saber qué hacer ni qué decir.

La máscara o mascarón persistía:

—¡Que no me conoces, Antonio, que no me conoces, parece mentira!

Tanto debía de desconfiar el médico de su disfraz recién puesto que comenzó a mirarse de arriba abajo, como buscándose la ventanilla por donde se le identificaba.

Por fin dio media vuelta y sin decir palabra desapareció entre la gente.

Nuestra máscara, marchado el médico, como decepcionada, volvió sobre sus pasos hacia la esquina de la calle de la Luz. Allí se detuvo nuevamente y como quien aguarda a la novia, sin perder nunca de vista la puerta de la casa de doña Carmen, se distrajo en ver pasar las máscaras y la gran algazara de gente que por todas las calles subía hasta la plaza próxima.

De pronto desembocó desde la plaza hacia la misma calle de la Luz donde la máscara estaba un grupo de chiquillos que rodeaban a un gran mascarón. Éste andaba muy parsimonioso y dándose gran importancia. Por fin, se detuvo en la esquina frontera a la que ocupaba la máscara, que *Plinio* conoció un año después.

Era un mozo muy fornido. Llevaba la cara manchada de pimentón. Se vestía con una chambra de mujer, pañuelo a la cabeza, también de mujer, cortísima falda que apenas le cubría los muslos; medias negras que forraban sus enormes piernas y alpargatas blancas. Tenía un aspecto grotesco y terrible a la vez. A pesar de ser hombre, las prendas de mujer sugerían una oscura impudicia.

El mascarón de las medias negras miró a un lado y a otro como para comprobar la importancia de su auditorio. Como le debió de parecer suficiente, luego de carraspear, comenzó a dar grandes voces, al tiempo que mostraba un pequeño trompo o peón de color verde con una mano, y una guita trompera en la otra. Decía:

—«Acuda, acuda el respetable gentío, mozas en particular, y verán cómo baila mi trompo trompero. Su rejo hace virutas en el corazón... Acudan, que nadie, que ninguna moza en particular quede repisa de no haber visto bailar a mi trompo trompero que en cada vuelta hace un novio y en cada cabeceo una boda... Acudan las mozas en particular a ver mi trompo trompero, verde como el perejil, picante como la guindilla, criador de novios, trompo del amor es el que yo bailo. »

Y así seguía su perorata llena de requiebros para su trompo verde... Y hablaba abriendo mucho su boca de grandes dientes amarillos que resaltaban en su cara pintada de almagre.

La gente se detenía ante aquel hombrón. Y muchos que ya lo habían visto representar, se frotaban las manos esperando el desenlace.

—Ya verás, ya verás, el remate es la monda...

—«... Que pronto va a bailar y pronto van a sentir las que lo vean el rejillo de mi trompo escarabajearles en el tintero... y llegar los novios en racimos... y tendrán buena cuaresma, cuaresma de manos calientes. »

En un balcón que daba sobre la esquina donde el mascarón estaba se asomaron dos señoritas. Cuando el mascarón las vio se dirigió a ellas:

—«Qué lástima que estéis tan altas, hermosísimas pichonas, no vais a poder ver desde ahí cosa buena, ni sentir el rejillo de mi trompo... »

Cuando los espectadores comenzaban a dar pruebas de impaciencia por tan largo prólogo, el mascarón, que había ido liando la cuerda en el trompo lentamente mientras

decía sus últimas palabras, soltó el peón a golpe de tralla sobre el suelo de la acera. Y mientras la peonza bailaba sola arrimada a la pared y todos la miraban ahincadamente aguardando el tan voceado milagro, él añadía:

—«Todavía no, señores; todavía no... Será ¡ahora!, cuando yo lo tome con mi mano. »

Y con mucha ceremonia, doblando su tronco hacia delante cuanto podía, de manera que sus cortas faldas se subieron al cielo, se agachó a tomar el trompo, dejando a la vista de los espectadores aquella postrera y enorme parte de su trasero completamente desnuda...

Las mozas comenzaron a gritar y a correr espantadas. Los hombres y chiquillos a reír. Las señoritas del balcón que no lo habían visto bien miraban hacia unos y otros por ver si sacaban la causa de aquella algazara.

Hecha y deshecha su flexión, el mascarón, muy serio, tomó su trompo y se disponía a marchar entre la chiquillería que lo rodeaba, cuando súbito se presentó *Plinio* que había estado escuchando y tomando del brazo al mascarón, sin decirle palabra, se lo llevó hacia el Ayuntamiento, en cuyos sótanos estaba la cárcel del pueblo.

La máscara que acechaba en la esquina de la calle de la Luz parecía impaciente. Sus ojos seguían fijos en la puerta de la casa de doña Carmen.

Comenzaba a anochecer y a la luz de las lámparas eléctricas se veía mejor la espesa nube de polvo que pesaba sobre las calles.

De pronto la máscara de la esquina hizo un imperceptible movimiento de defensa, como si quisiera ocultarse.

La puerta de la casa de doña Carmen se había abierto levemente, y una mujer de unos sesenta años, menudita, vestida de negro, con mantón y pañuelo de seda en la cabeza, echó calle de la Luz arriba. Llevaba un cacharro para la leche en la mano y caminaba con prisa, como huyendo del carnaval. La máscara ensabanada, pegada a la pared de la acera de enfrente, iba tras la mujer, Antonia, la vieja sirvienta de doña Carmen. Caminaba con cierta precaución, sin perder de vista el pañuelo de seda negro.

Antonia dobló por el callejón de la Vaquería, completamente desierto hasta en un día de carnaval. Era un callejón que unía dos calles principales. Estaba sin urbanizar, sin luces. Sólo daban a él traseras y portadas de edificios con fachadas a otras calles. No había más entrada principal a este callejón oscuro que la vaquería de Quintero.

Al llegar al callejón la máscara fue más cautelosa. Se escondió en el quicio de una portada y aguardó a que Antonia, una vez comprada la leche, volviese por sus pasos. No tardó. Cuando la sintió muy próxima la máscara salió de su escondite de pronto y con una voz ronca comenzó a decirle:

—Antonia, que no me conoces, que no me conoces...

Antonia, medio asustada por la sorpresa, quedó mirando a la máscara, como si la conociese, o dudase. Al menos como si conociese su voz.

La máscara persistía en su broma, acorralándola un poco contra la pared.

Antonia decidió apartarle bruscamente. La máscara se opuso. Antonia levantó la cacharra de la leche, amenazante. La máscara, entonces, con los brazos en cruz para impedirle el paso con el pecho, le dio un fuerte empujón contra la pared. A Antonia se le cayó sobre el mantón gran parte de la leche. Y según su costumbre, comenzó a decirle los mayores insultos sin dejar de mirar con fijeza la careta improvisada con una media negra; como si la conociera, como si estuviera a punto de conocerla... Fue entonces cuando la máscara, levantando el bastón de hierro con todas sus fuerzas, descargó un recio golpe

sobre la cabeza de Antonia.

Cayó al suelo redonda, sin el menor grito, sobre la lechera de porcelana blanca que no había soltado de la mano. La máscara, enfurecida, repitió varias veces los golpes sobre la cabeza. La sangre y los sesos saltaron por la pared y vertían bajo el pañuelo negro que cubría la cabeza de Antonia.

La máscara dijo algo como: «Así callarás. »

Y a grandes zancadas emprendió la fuga callejón de la Vaquería arriba. Pronto se encontró en la plaza. Abriéndose paso entre la gente que se aglomeraba en la calle de la Feria llegó hasta el teatrillo. Sacó una entrada de peseta y derechamente se fue hacia el retrete. Pero se equivocó de puerta y se encontró sin pensarlo en el escenario, que estaba completamente solitario ya que la cortina estaba echada. A la luz que se filtraba por ella vio una gran alfombra arrollada sobre las tarimas del escenario. Todo lo de prisa que pudo se despojó de la sábana, y ésta y el bastón de hierro los metió furiosamente entre los huecos de la alfombra flojamente enrollada. La máscara quedó vestida con un uniforme de caballería: guerrera celeste y pantalón rojo, y en la cabeza, enrollado, una especie de turbante hecho con una toalla de felpa. Con tal facha volvió sobre sus pasos y se metió entre la gente que llenaba totalmente el patio de butacas del teatrillo. Dentro de un círculo formado de butacas, un mócete con el cigarro en la boca y vestido de pierrot tocaba un organillo que casi nadie escuchaba, aunque su música era la única que daba pretexto para bailar. Infinidad de serpentinas cruzaban el salón. Unas luces altas y mortecinas daban al baile improvisado un aire raro y sucio. Las parejas se apelotonaban sudorosas sin poder dar un paso al compás de la música.

Pocos minutos después de haber dado una vuelta, a duras penas, por el baile, la incógnita máscara salió del teatro y cortando lo más que pudo llegó al callejón del Zurdo, totalmente oscuro. Frente a determinada portada, sacó una gran llave del bolsillo, abrió el postigo y entró cerrando tras de sí.

Plinio y don Lotario, su inseparable amigo, y veterinario de la villa, estaban sentados en el salón alto del «Casino de San Fernando» viendo jugar una partida de golfo. En el «San Fernando» no había baile hasta después de la cena y los socios pacíficos y escépticos, durante la tarde, podían dedicarse cómodamente a sus partidas y conversaciones.

A las ocho en punto apareció el cabo Maleza en la puerta del salón del Casino. Desde allí buscó a su jefe con los ojos y le hizo una seña para que se acercase.

Plinio se levantó con su habitual aire de desgana y casi arrastrando el sable mal ceñido.

Durante unos segundos hablaron misteriosamente *Plinio y* su cabo. Realmente, quien hablaba era éste. *Plinio* escuchaba mirando al suelo y con la punta del cigarro entre los labios. Cuando Maleza calló, hubo unos segundos de silencio. Por fin *Plinio* hizo un gesto ambiguo, indudable reflejo de sus pensamientos sobre lo que acababa de oír. Luego se volvió discretamente hacia donde estaba sentado don Lotario, que no quitaba los ojos de encima a los dos policías y le hizo una breve seña con la cabeza para que se acercara.

El veterinario, que no esperaba otra cosa, llegó rápido, deseoso de saber lo que ocurría.

—¿Qué pasa, Manuel?

—Vamos. Un crimen.

Don Lotario, sin añadir palabra, se acercó a la percha y tomó la pelliza de *Plinio* —

azul con puños y cuello de astracán— y su capa color ala de mosca. Tan pequeñito y frágil como era el veterinario y lugarteniente amistoso del gran *Plinio,* apenas se le veía con tanta ropa entre los brazos.

Plinio, mientras se ponía la pelliza despaciosamente, preguntó a Maleza:

—¿Dices que has avisado al médico?

—Sí, por teléfono desde el Ayuntamiento.

—¿Y al juez?

—Al juez y al secretario fue el alguacil del Juzgado que estaba con nosotros..., que para eso cobra.

Cuando *Plinio* acabó de abrocharse los galones de la pelliza, don Lotario ya estaba terciado y en disposición de andar.

Bajaron la escalera de mármol al paso lento de *Plinio,* que siempre que iba a enfrentarse con un caso nuevo parecía remiso, meditabundo, como pretendiendo adivinar lo que había pasado.

—Seguro que ha sido algún mascarón borracho. Hoy ha corrido mucho vino por el pueblo —aseguró Maleza. —*Plinio* se limitó a mirarlo con gesto burlón.

Maleza se mosqueó:

—¿Quién si no va a matar a una vieja... para nada?

—No se mata a nadie gratuitamente, ¿verdad, Manuel? —dijo el veterinario.

Plinio se encogió de hombros.

—No me gustan los crímenes de carnaval.

—¿ Quién es la muerta? —preguntó el veterinario con timidez.

—La Antonia, la criada de doña Carmen —le respondió Maleza.

Don Lotario encogió las narices y guiñó los ojos, queriendo manifestar extrañeza.

En la plaza se veía menos gente. Las máscaras, con la careta alzada, marchaban ya hacia sus casas.

Todavía, sin embargo, Quiroga, el que todos los años se vestía de don Juan Tenorio, paseaba solitario por la glorieta con mucho meneo de estoque y pasos bizarros. Algo carcamuseaba a media voz él sólito, ausente de todo y de todos.

Un niño vestido de mujer con ropas andrajosas y holgadísimas, lloraba amargamente sentado en el borde de la acera. Otro, con el disfraz ya bajo el brazo, parecía consolarlo.

Don Lotario se acercó a ellos por ver qué les pasaba.

—¿Qué le pasa a este niño? —preguntó al otro.

—Que se ha hecho caca.

Y don Lotario volvió con los dedos en las narices, haciendo un poco el payaso... Los crímenes le ponían muy contento.

Los adoquines de la plaza aparecían cubiertos de confeti, de serpentinas, de papeles de colores. Y rodeando la columna de una farola, cuatro máscaras beodas jugaban al corro torpemente, al tiempo que cantaban:

En tu país
no hay luz
desde que tú
viniste aquí...

Cuando *Plinio* y los suyos llegaron al callejón de la Vaquería vieron que había parada mucha gente. La noche era tan oscura que apenas se distinguía otra cosa que sombras que se movían y hablaban.

Hacia la puerta de la vaquería se columbraban unas luces rojizas.

—Ahí va *Plinio* con el veterinario —dijo alguien.

Y las gentes se volvían para mirarlo y les hacían paso con respeto.

Plinio, entre el pasillo que les dejaban los curiosos, avanzaba el primero, con ambas manos en los bolsillos de la pelliza y el cigarro en la boca.

Llegaron hasta la puerta. Ya estaba allí el médico forense, el juez y el secretario. Dos vecinos iluminaban la escena con faroles de aceite.

El médico, que se había subido la careta y conservaba el disfraz de dominó bajo el gabán, había quitado el pañuelo negro de la cabeza de Antonia y pasaba el dedo sobre sus heridas. Al incorporarla había quedado casi sentada y, a la bailona luz de los faroles, se le veía la cara totalmente tinta en sangre. Conservaba los ojos abiertos y un mechón cano sobre la frente. Fuertemente agarrada con una mano tenía la cacharra de la leche. Un charquito de leche había sobre el halda negra de la muerta.

El médico dijo a *Plinio* sin dejar el cadáver:

—Le han deshecho la bóveda del cráneo a estacazos.

—¿Quién la ha visto primero? —preguntó *Plinio,* dirigiéndose al auditorio.

—Un servidor —respondió el hombretón de las medias negras y la falda corta, que echaba el trompo a primera hora de la tarde junto a la calle de la Luz.

—¿Ya te han soltado, so fresco?

—Sí, señor, a las ocho.

—A ver si otro año te pones las faldas más largas.

—Sí, señor.

Como tenía el mozo la cara pintada de pimentón, a la luz de los faroles parecía también sanguinolento.

—¿Cuándo la viste?

—Cuando salí de... ahí, me vine por aquí cortando hacia mi casa y tropecé con la muerta. ¡Ainas me mato!

—¡Pues vaya domingo de carnaval que llevas!

—Y que lo diga usted.

—¿Cuánto tiempo hará que la mataron? —preguntó *Plinio* al médico.

—Como una hora.

Llegaron unos hombres con la camilla negra y echaron el cuerpo.

—¿Le quitamos la lechera? —dijo uno de los dos de la camilla.

—Qué más da. Déjasela también —dijo *Plinio.*

Y el camillero le recogió el brazo sobre el cuerpo de modo que la lechera le quedase sobre las piernas.

Plinio y los del Juzgado esperaron a que se alejasen los de la camilla y se despejase un poco el callejón.

Cuando también marcharon los del Juzgado, *Plinio* entró en la vaquería con don Lotario y Maleza.

Quintero, el vaquero, detrás del mostrador blanco, miró con temor a los de la justicia que entraban.

—Quintero, ¿qué me dices de esto? —le preguntó *Plinio a* manera de saludo.

—Nadica sé —dijo encogiéndose de hombros.

—¿No oíste nada?

—No, señor... Compró su leche como todas las tardes y marchó. Luego yo no he salido de aquí. La primera noticia me la dio el mascarón que ahora habló con usted.

—¿A qué hora vino la Antonia?

—Siempre viene sobre las siete y media.

—¿Es posible que no la haya visto nadie?

—Después de esa hora viene poca gente.

—Bastaba con que pasara uno. ¡Si estaba atravesada en la acera!

—Pues si alguien la vio, nada dijo, señor Manuel.

—¿Y no oíste nada, nada?

—Nada, no, señor. A lo mejor otro día, pero ahora, con tanto quino de máscaras por esa calle de la Feria...

Plinio, acompañado de Maleza y de don Lotario, salió de la vaquería camino de la *plaza.*

—Esto del carnaval debían suprimirlo, Manuel..., por lo menos en los pueblos. Se hacen muchas barbaridades... No digo yo que en las grandes capitales, a base de baile y batallas de flores, pero en los pueblos...

—Sí, lo de siempre, todas las diversiones para los ricos; los pobres, que son tan brutos, que los parta un rayo —respondió Maleza con su habitual acritud.

—Si tú le llamas diversión matar a una pobre vieja indefensa... —añadió el veterinario.

—Eso es un accidente...

Cuando llegaron a la esquina de la calle de la Luz, *Plinio,* que no había hecho ningún comentario, dijo:

—Voy a acercarme a la casa de doña Carmen a ver si me dicen algo.

Y echó calle adelante, mientras Maleza y don Lotario quedaban parados en la esquina con la conversación interrumpida.

A *Plinio* siempre le producía una especial emoción entrar en la casa de doña Carmen, que era la primera casa del pueblo. Desde niño había aprendido a considerar a aquella familia como lo más grande que había en el mundo.

Llamó en el alto llamador de las puertas de nogal. Casi en seguida se oyó correr el resbalón. La puerta se entreabrió. Y apareció la cara blanca y ovalada de Joaquinita.

—Buenas noches. ¿Está don Onofre?

—Sí, señor...

—Dile que estoy aquí.

—Pase usted.

Plinio pasó al amplio portal de azulejos. Luego al patio, también de azulejos, con una fuente de Talavera en el centro. A *Plinio,* de niño, le parecía aquella fuente el colmo del refinamiento.

Junto a él iba Joaquinita, con su uniforme negro y cuello de encaje blanco, tan modosa

y bella. Joaquinita era, desde hacía pocos años, criada de doña Carmen. Diríamos que su doncella. Era hija de los caseros de una finca de don Onofre. Por su belleza y talento natural la escogió doña Carmen para su servicio personal.

Cuando subían la escalera, *Plinio* preguntó a Joaquinita:

—¿Sabe ya don Onofre la desgracia?

—Sí, señor.

—¿ Quién se lo ha dicho?

—El señor cura, don Felipe y don Paulino, que lo oyeron en la plaza y vinieron en seguida a decírselo.

Toda la casa olía a maderas finas, a barniz..., «a señoritos», pensaba *Plinio.*

Cuando llegaron a la puerta del gabinete y Joaquinita se disponía a anunciar a *Plinio,* éste le dijo:

—Será mejor que le digas que quiero hablar con él a solas. Aquí espero.

—Está bien.

Y Joaquina, con su aire silencioso, respetuoso y ágil, entró cerrando la puerta tras de sí.

Plinio quedó en la galería, mirando hacia un grueso farol de hierro forjado y vidrios coloreados que alumbraba el patio.

En seguida salió Joaquinita, sola.

—Pase usted por aquí —dijo.

Y le llevó hacia una habitación próxima. Era una especie de sala con muebles negros y tapicerías de seda amarilla. Había varias fotografías de familia. Una salamandra con las micas al rojo tenía la habitación muy caldeada.

Joaquinita rogó a *Plinio* que se sentara, y volvió a marchar sutilmente.

Plinio permaneció unos minutos solo. Se sentía como dejado caer sobre aquella seda amarilla que cubría el sofá. Se vio en un gran espejo que había enfrente, y con la pelliza azul, el sable, y el cigarro sucio en la boca, se sentía insignificante e inadecuado:

Se abrió la puerta de la sala que daba al interior del piso y entró don Onofre con aire compungido. Avanzó hacia *Plinio,* que se puso de pie, con sus ademanes laxos y feminoides. Aquel hombre tan corpulento, realmente le pareció siempre a *Plinio* una mujer que se había puesto encima una serie de cosas para aparecer como hombre.

—¡Qué horror, Manuel, qué horror! —le dijo como saludo, mientras le daba la mano —. Siéntate, Manuel, por favor... Comprenderás que estoy aturdido... Esto es tan monstruoso como incomprensible... ¿Qué mal ha hecho esta mujer a nadie?

Mientras hablaba se pasaba por la cara su mano blanquísima, adornada de sortijas, procurando con mucho cuidado que no llegase al pelo perfectamente peinado a raya.

Se sentó a su vez y miraba a *Plinio* con su blanca cara entre dolorida y coqueta. Luego de una pausa, dijo:

—Tú dirás, Manuel, en qué puedo ayudarte.

—Venía a ver si podía usted dar algún indicio que explicase la muerte de la pobre Antonia.

—Ya te he dicho, Manuel, no sé. Esta mujer, como sabes, fue el ama de cría de Carmen. Cuando nos casamos, se la trajo. No tiene familia. Se pasaba el día trabajando. Salía de casa lo imprescindible. No tenía trato con nadie... No me explico... Yo lo que me inclino a creer, Manuel, es que se trata de lo que podríamos llamar un accidente de

carnaval..., algún borracho..., qué sé yo...

—¿Tenía algún dinero ahorrado?

—Sí, pero no lo llevaba encima, naturalmente. Carmen le mandó abrir una cartilla.

—¿ Tiene algún heredero forzoso?

—No. Sus parientes más próximos son hijos de una prima, todavía niños, según creo.

—Y con los demás servidores de la casa: gañanes, caseros, guardas, ¿tuvo alguna rencilla importante?

Don Onofre movió la *cabeza,* mientras se miraba las uñas, y añadió:

—No... Apenas tenía trato con ellos y eso cuando íbamos a alguna finca a pasar una temporada. Antonia era áspera e intransigente, pero jamás se metía en lo que no le importaba.

—Francamente, no sé qué pensar de este asunto. Lo más fácil es creer lo del accidente de carnaval, como usted dice, pero la verdad es que le han pegado con mucha saña, don Onofre.

—Hay tanto bestia suelto por ahí... —dijo, haciendo un mohín de repugnancia.

—Si a usted no le importa, me gustaría hacerle unas preguntas a doña Carmen, por ver si ella, que la conocía mejor, puede darme alguna luz.

—No tengo inconveniente, Manuel, pero hasta mañana por lo menos no podrá ser. Todavía no le hemos dicho nada..., ni sabemos cómo decírselo. Habrá que prepararla poco a poco. Era para ella como una madre. Además, ya sabes que mi mujer está un poco delicada.

—Comprendo —dijo *Plinio,* levantándose—. Mañana vendré por la tarde, después del entierro.

—Mejor pasado mañana, Manuel. Mañana va a ser un día de muchas emociones para ella.

—Como usted quiera, pero estas cosas no conviene demorarlas.

—Comprendo.

—Hasta pasado mañana, entonces, don Onofre.

—Adiós, Manuel.

Y le extendió su blanquísima mano.

Plinio, en el último tramo de la escalera, encontró a Inocente, el padre de Joaquinita, que hablaba con otros gañanes. Al ver al jefe de la Guardia Municipal de Tomelloso, callaron y quedaron mirándole. *Plinio* se detuvo ante ellos, sin saber qué decir. Por fin, preguntó:

—¿Por dónde se sale al corral?

Inocente, sin añadir palabra, con mucha diligencia, abrió una puertecita que había bajo la escalera.

Plinio se asomó al egido enorme.

—Enciende la luz —le dijo.

Cuando el corral quedó iluminado, *Plinio* fue hacia la portada que estaba en el otro extremo, mirando hacia uno y otro lado con mucho detenimiento.

—¿Quiere usted ver algo en particular? —dijo el hombrecillo con cara astuta.

Plinio, sin responder, se fue hacia una cocinilla donde solían lavar y echó una ojeada. Luego, a la cuadra. Después recorrió unos porches donde había carros, tílburis y un viejo

lando.

—¿No hay cochera?

—Sí, señor. Aquí.

Inocente echó delante y, al llegar a una gran portada, la desatrancó, encendió la luz y aguardó en un rincón a que *Plinio* pasase su revista. Había dos automóviles. Un «Ford» un poco más moderno que el de don Lotario, y un «Gran Paije», como decían en el pueblo.

Examinó ambos ayudándose con la luz del mechero. Se inclinó muy interesado sobre el suelo del «Gran Paije». Con la yema del dedo tocó dos o tres rodajitas de papel color rosa: confeti. Luego, en el estribo, un papel estrecho, rojo. Lo tomó con disimulo y se lo guardó en el bolsillo sin decir nada.

Cuando estuvieron fuera de la cochera, *Plinio* quedó como pensativo.

—¿Quiere usted ver algo más, Manuel? —preguntó Inocente.

—No, ábreme el postigo. Salgo por aquí mismo.

Cuando *Plinio* se encontró en la calle, bajo la luz de una esquina, miró el papelito color rojo que encontró sobre el estribo del auto grande. Decía: «Teatro de Echegaray. Grandes bailes de Carnaval. 1925. Tarde. » Y en un sello, con tinta morada, la fecha de aquel día. El jefe de la Guardia Municipal de Tomelloso guardó cuidadosamente el papel en la cartera, y marchó hacia su casa con la idea de llevar a su mujer y a su hija al baile del «Círculo Liberal».

El baile del «Círculo Liberal» era el más selecto de Tomelloso. Allí acudía la verdadera crema del pueblo. Aunque *Plinio* era de condición muy humilde, por aquello de su prestigio y fidelidad a las instituciones, en determinadas ocasiones se codeaba con los señoritos, aunque siempre guardando las distancias y sin apearse el uniforme, que aquella noche, por cierto, era el nuevo, bien planchado, deslumbrantes los vivos en rojo y plata. El alcalde gustaba también de la compañía de Manuel González en ocasiones tales como bailes, bautizos, bodas y actos públicos, donde «podía haber jaleo».

Aquella noche, como despedida del carnaval, el baile estaba concurridísimo. Juanito Cuevas que, iba para doce años, estudiaba farmacia en Madrid, había traído la novedad del charlestón, e hizo varias exhibiciones en la pista, con su prima Florita, que fueron muy celebradas. Jorgito Casado cantó dos tangos subido en la tarima de la orquesta; y la señora del notario, según referencias, se hizo «pis» por la risa que le produjo un chiste que le contó Ramón Marín, recién llegado de Cuba.

Cuando el baile se puso demasiado divertido, *Plinio* y don Lotario se metieron en la sala de billares para tomarse unas copas con cierto reposo. Llevaban unos minutos silenciosos, cuando *Plinio* le preguntó de pronto a don Lotario:

—Si usted matase a alguien, ¿se le ocurriría después ir al baile?

Don Lotario le miró sin comprender.

—Explícate —dijo al fin.

—He encontrado una entrada cortada para el baile de esta tarde en el «Teatro de Echegaray», que muy bien pudiera haber sido utilizada por alguno que tiene relación con el crimen de hoy..., mejor dicho, de ayer —rectificó consultando el reloj.

Don Lotario hizo un gesto escéptico. Luego, dijo:

—Pudo irse al baile para hacer hora.

Plinio asintió sin gran convicción.

—O pudo irse después... para aturdirse..., para reflexionar..., qué sé yo. Tengo la impresión —añadió *Plinio*— que el asesino tenía muy bien pensado dónde ir después de cometer su fechoría... El baile empezaba poco más o menos a la hora que se debió de cometer el asesinato.

—¿Dónde encontraste esa entrada, si puede saberse?

—En un coche de la casa de don Onofre. Pienso que allí debió de desnudarse nuestro hombre... o mujer, después del crimen.

—La verdad, Manuel, es que no sé a qué demonios puede ir un asesino a un baile de máscaras una vez concluida su faena.

En éstas estaban cuando un grupo de mascarones, cubiertos todos ellos con colchas de seda, se aproximaron a los dos amigos.

—¡Ay, Manuel..., Manuel, que no me conoces... ! ¡Parece mentira! ¡Lotario..., qué torpe eres!

—¿Os pagáis una copa?

—Manuel..., Manuel, como no descubras al asesino de la Antonia antes de transcurrir una semana, te expulso del Cuerpo.

—¡Ay, Manuel, Manuel, Manuel!

—¡Ay, Lotario, Lotario, Lotario!

Los mascarones pidieron unas copas en el vecino ambigú, que bebieron subiéndose las caretas discretamente. Uno de ellos, que iba provisto de una enorme garrota de palo de horca, la dejó sobre una silla junto con los guantes para poder beber con más desembarazo.

Al verle esta operación, *Plinio* y don Lotario se miraron como si coincidieran en una idea.

—Murió a golpes de algo, ¿verdad? —preguntó el veterinario, malicioso.

Plinio asintió con la cabeza. Y luego:

—No está mal la idea. Vamos al teatrillo.

—¿Les decimos algo a las mujeres? —apuntó el veterinario.

—No. Volvemos en seguida.

Tomaron del guardarropa su cubretodo y cruzaron al teatrillo, que estaba poco más allá, en la acera de enfrente, al fondo del pasadizo de Toledo.

Entraron en la contaduría del teatro. Sentado tras su mesa, el empresario, don Isidoro, los miró sobre el cristal de sus gafas, cuyas lentes eran del tamaño y forma de uvas, mientras sostenía entre las manos una revista ilustrada. Al fondo, las taquilleras contaban el dinero.

—¿De qué andan los caballeros?

—Oiga usted, don Isidoro —dijo el guardia—, ¿se han dejado esta tarde muchas cosas en el baile?

El empresario pensó un momento y luego se dirigió a una de las taquilleras:

—Ramona, ¿ha aparecido algo esta tarde?

—Sí, ¡señor: un sombrero cordobés, un guante verde y un...

La muchacha empezó a reír mirando a su compañera.

—¿Un qué? —dijo don Isidoro, mirándolas sobre los cristales.

—Un sostén.

Y las mozas arreciaron la risa.

—¿Nada más? —les preguntó *Plinio.*

—Nada más. No, señor —dijo la llamada Ramona.

—¿Qué es lo que quiere usted encontrar? —inquirió don Isidoro.

Plinio se rascó la *cabeza* bajo la gorra, como dudando:

—Qué sé yo..., algo así como un instrumento contundente: palo, garrota... ¿Comprende?

Don Isidoro hizo un gesto afirmativo, como de hombre que lo comprendía absolutamente todo. Y añadió:

—Si quiere usted, cuando acabe el baile podemos hacer registro detenido. Ahora está hasta los topes y no hay manera de dar un paso.

—Lo malo es si antes lo encuentra alguien y se lo lleva —dijo *Plinio* como para sí.

—Ponga usted una pareja en la puerta y que observen si alguno saca algo parecido a lo que usted busca... Creo haber visto a una pareja de guardias ahí en el vestíbulo —dijo don Isidoro.

—Bueno... de todas maneras luego vendré para que demos una vuelta.

—Mejor por la mañana, porque esto *acabará a* las mil y quinientas —dijo don Isidoro.

—De acuerdo. Prevenga usted a las mujeres de la limpieza.

—Descuide.

Cuando salieron, *Plinio* dio instrucciones a la pareja que había en el vestíbulo.

—Si veis alguna máscara salir con un palo, bastón, llave inglesa o algo con que se pueda golpear de firme, no le dejéis marchar hasta comprobar que lo trajo él y que no lo encontró en el baile, ¿estamos?

—¿Y si dicen que lo encontraron?

—Os lo lleváis para el Ayuntamiento y me llamáis.

—¡A la orden!

—A ver si se os va a pasar...

—Descuide, jefe.

Plinio esperó pacientemente al martes para ir a visitar a doña Carmen. Pero los acontecimientos tomaron un rumbo especial el mismo lunes después de carnaval.

El pueblo quedó como sordo y opaco. Las predicaciones de Cuaresma empezaron con toda intensidad y los más asiduos a la iglesia, un poco empequeñecidos durante la semana anterior, se pusieron al ataque. Por el peso y la influencia de este cambio de banda, todo el mundo parecía un poco arrepentido del carnaval. Aquel año los predicadores tomaron por bandera de escándalo del pasado «paganismo», la muerte de la pobre Antonia, «esa santa criada de la virtuosa doña Carmen». Su muerte se achacaba a los «desafueros báquicos de la fiesta demoníaca» y no a una intención intemporal y premeditada. Pero lo cierto fue que el breve cadáver de la Antonia, durante unos días, cubría todo el pueblo como un elegante acusatorio. A *Plinio* le desazonaba esta situación, pues si bien el criminal que todos señalaban era el inaprensible «carnaval», sujeto muy difícil de reducir a las cárceles municipales, el crimen quedaba al desnudo. Y mucha gente, como siempre, esperaba que él fuese capaz de atrapar al criminal, aunque para ello fuera preciso volver a vestir al pueblo de máscara y poner las cosas y personas en la misma situación y lugar que estaban a la caída de la tarde del último domingo.

Sí, a *Plinio* le responsabilizaba mucho su fama de policía infalible. Diríase que el pueblo entero deseaba que hubiese crímenes para verlo actuar, seguro de que al final se salía con la suya. Pero *Plinio,* a quien en el fondo congratulaba esta fe que en él tenían sus paisanos, prefería que los crímenes se olvidasen pronto, porque así él trabajaba más a gusto.

Durante toda aquella semana *Plinio* andaba como fantasma, diríase que procurando esconderse de las miradas de la gente. Los comentarios y la obsesión general le quitaban visibilidad. *Plinio,* el martes a media tarde, llamó nuevamente en la alta puerta de nogal de la casa de doña Carmen. Le abrieron en seguida. Joaquinita, con sus pasos suaves y sus ademanes ágiles y juveniles, graciosos, le llevó hasta el comedor, donde merendaba don Onofre.

—Pasa, Manuel, pasa.

Don Onofre, bajo la escasa luz cenital que entraba por una claraboya que había en el techo del comedor, con sus ademanes delicados y suaves, mojaba bizcochos en una gran copa de jerez.

—Joaquinita, trae otra copa de jerez a Manuel.

Plinio lamentó que no le trajesen también bizcochos, pues él consideraba que la merienda más exquisita que podía tomar un mortal era mojar bizcochos de limón en jerez, ágape que él jamás se pudo permitir.

Joaquinita le puso delante una copa mediana y se la llenó de jerez. Cuando *Plinio* se había resignado a tomar el jerez solo, Joaquinita volvió con una bandejita de plata cargada de seis u ocho bizcochos. *Plinio,* sorprendido, la miró, y Joaquinita le sonrió confidencialmente.

«Cualquiera diría —pensó *Plinio*— que esta niña ha adivinado mi deseo. »

—¿Has averiguado ya alguna cosa, Manuel? —dijo don Onofre, mirándole, mientras con gesto desmayado sostenía un bizcocho entre los dedos.

—No, señor... Ni lo veo fácil.

La verdad es que *Plinio,* con el bizcocho envinado en la boca, en aquel comedor suntuoso, tibio, y ante aquel señorón, se sentía incapaz de averiguar nada. Hablaron a retazos de la marcha de la campaña vinícola, de una cacería reciente a la que había asistido don Melquiades Álvarez, y de las últimas disposiciones de Primo de Rivera.

El padre y el abuelo de Carmen habían sido diputados y luego senadores del reino. Don Onofre era de familia menos distinguida, nuevos ricos de la guerra del catorce, pero él, sin embargo, sentía ahora ciertas veleidades políticas.

Se decía que quería aprovechar la influencia de la familia de su mujer para hacer carrera. El advenimiento de la dictadura había contrariado un poco sus proyectos parlamentarios y él soñaba con que el rey «diese lo antes posible de lado a los generales para volver a la normalidad constitucional».

No obstante, a *Plinio,* aquellas pretensiones políticas de don Onofre le parecían banales. Él no era hombre de lucha y de decisiones radicales. Era blando, poltrón y abúlico, además de afeminado. A lo más, le gustaría verse vestido de etiqueta y conseguir que alguna vez lo retratasen en el *Blanco y Negro* junto al rey con motivo de cualquier cacería o acto solemne.

Cuando acabó la merienda, don Onofre se levantó envuelto en su bata de seda, y entró en el despacho próximo. En seguida volvió con un gran puro habano que puso en las manos de *Plinio.* Don Onofre no fumaba.

Plinio lo encendió y comenzó a fumarlo con el mayor deleite. El olor a jerez esparcido por la habitación, el aroma del puro, la suave penumbra que permitía la claraboya, y la luz rojiza de la salamandra próxima, invitaban al silencio y a la quietud más que a empezar con averiguaciones y preguntas.

Plinio se sentía en el mejor de los mundos. «Esto es vivir, ¡qué demonios!», se decía.

Entró Joaquinita y dijo a su amo que unos señores de Ciudad Real querían verle.

Don Onofre quedó pensativo y luego preguntó:

—¿Los has pasado a mi despacho?

—Sí, señor.

—¿Está aquella salamandra encendida?

—Sí, señor.

—Bien, tráeme la americana y las botas de charol, mientras acompaño a Manuel al gabinete de la señora. Vamos, Manuel.

Se pusieron de pie. Entraron por una amplia galería acristalada que daba al jardín. Se detuvieron ante la primera puerta. Don Onofre llamó suavemente con los nudillos.

—Adelante—se oyó decir.

Entraron ambos. Junto al balcón estaba sentada doña Carmen. Todavía había mucha tarde en la calle. Ante sí tenía la señora una mesa camilla cubierta con un tapete de terciopelo rojo. Al verlos entrar cerró un libro muy pequeño de pastas verdes. Estaba vestida totalmente de luto.

—Aquí está nuestro buen amigo Manuel que desea charlar un rato contigo sobre la muerte de la pobre Antonia.

Plinio estaba medio firme con la gorra de plato sobre el antebrazo, como cuando estaba ante el alcalde.

Doña Carmen le tendió la mano suavemente,

—¿Qué tal, Manuel?

—Bien, doña Carmen.

—¿ Y tu mujer y tu hija?

—Muy bien, señora, muchas gracias.

—Siéntate, Manuel, siéntate.

Plinio se sentó respetuosamente en un sillón que le ofrecían y se sintió hundir hasta la incomodidad. Compuso como pudo la postura hasta quedar a su gusto y colocó la gorra de plato sobre las piernas.

—¿No le importa que fume, señora? —dijo, esgrimiendo el puro.

—En absoluto, Manuel. Me gusta mucho el olor a tabaco.

—Bien, os dejo hablar a vuestras anchas, que tengo visita.

Don Onofre sacó su enorme y flojo corpachón por la puerta, dándole a los faldones de su bata de seda un especial revuelo.

Quedaron *Plinio* y doña Carmen frente a frente, sin saber por dónde empezar. Ella, a la última luz de la tarde, tenía un aire casi lírico, de estampa romántica. El pelo tan rubio y abundante le enmarcaba suavemente su cara, tan blanca. Sus ojos azules, enormes, miraban a *Plinio* con una mezcla de tristeza y dulzura. Sobre el negro vestido, la blancura de su cara y manos deslumbraban a *Plinio,* que desde su mocedad fue su alejado enamorado de ella, un enamorado sin posibles esperanzas.

—Siento mucho importunarla, señora, pero es preciso ver la forma de sacar algo en limpio del desgraciado accidente ocurrido a su ama... ¿Qué piensa usted de ello?

Doña Carmen había quedado mirando hacia un punto fijo, por encima de los hombros de *Plinio*. Por un momento pareció que sus ojos se humedecían. Al fin, con la voz ligeramente enronquecida, dijo:

—No sé, Manuel, no entiendo nada... Desde hace algún tiempo noto que algo raro pasa a mi alrededor, algo que no sé explicar..., como si la atmósfera de esta casa y del pueblo mismo se me fuese haciendo irrespirable... Es algo que me ahoga y no sé el qué.

Quedó doña Carmen callada. Inclinó la cabeza hacia el tapete rojo de la mesa camilla. Suavemente se pasó el pico del pañuelo por los ojos.

—¿Quién cree usted que podría tener interés en la muerte de Antonia?

—Nadie, Manuel, nadie.

—Su comportamiento, últimamente, ¿era normal?

—Sí..., yo creo que sí.

—Usted la conocía muy bien. ¿Le manifestó alguna vez hostilidad hacia alguien?

—Ella era una mujer muy reservada, pero apenas tenía otro mundo ni otros intereses que no fuesen los de esta casa..., los míos.

—Cuando ayer tarde salió por la leche, ¿le dijo algo especial?

—No. Como siempre, me preguntó si quería alguna cosa. Ella iba y venía a la vaquería en cinco minutos. Era su segunda salida fija del día. La primera, al mercado, antes de que nos levantásemos los demás.

—¿Qué otras personas había en la casa a esa hora?

—Onofre y Joaquinita. El mayordomo lleva más de un mes en cama.

—¿Aquí?

—No, en su casa. Al final de la calle de Méjico.

—¿Vio usted a..., usted perdone, doña Carmen, a su marido, mientras Antonia estuvo fuera?

—Sí. Estuvo sentado aquí conmigo. Viendo las máscaras.

—¿Y a Joaquinita?

—No sé si entraría aquí algún momento, pero estuvo en casa toda la tarde. Mejor dicho, durante todo el carnaval. No quiso dejarme sola. Me distrae mucho hablar con ella.

—¿Le importa a usted que la llamemos?

—No, por Dios...

Y doña Carmen tocó una campanilla de plata que había sobre la mesa. En seguida llegó Joaquinita.

—Joaquinita, guapa, Manuel quiere hacerte unas preguntas.

Joaquinita no respondió. Quedó parada casi en el centro de la habitación con ambas manos cruzadas sobre el delantal blanco, mirando a *Plinio* como diciéndole: «Venga, pregunte lo que quiera. »

—Vamos a ver, Joaquinita, ¿dónde estuviste ayer por la tarde?

—Aquí —contestó rápida.

—¿En qué parte de la casa?

—Por toda la casa. A ratos con Antonia. A veces en mi cuarto. Con la señora. Serví la merienda al señor.

—¿Recuerdas exactamente dónde estabas de seis y media a ocho de la tarde?

—No muy bien.

—Por ejemplo, a esas horas, ¿estuviste aquí sentada con la señora?

—Creo que no..., era la hora de la merienda. Andaría de un lado para otro.

—Pero ¿entraste alguna vez a ver a la señora en ese tiempo?

Joaquinita estaba como pensativa, mirando a la señora. Doña Carmen, a su vez, la miraba con su semblante dulce y confiado.

—No recuerdo.

—Procura recordar.

—Sí..., ahora recuerdo que al caer la tarde pasé a encender la luz a la señora.

Plinio miró hacia doña Carmen. Ésta asintió, sonriendo dulcemente.

—Perdone, doña Carmen, pero, ¿usted sabía exactamente qué hora era cuando Joaquinita pasó a encender la luz?

—Manuel, exactamente, no..., pero sí hacia esa hora que anochece.

—Si Joaquinita hubiera salido una hora o dos, ¿usted lo hubiera notado, doña Carmen?

—Sí, porque me habría pedido permiso, o en seguida habría venido a decírmelo Antonia.

—Está bien, Joaquinita, no tengo nada más que preguntarte.

—¿Quiere usted algo, señora?

—No, hija.

La chica se marchó después de hacer una ligera inclinación.

—Es un sol de chica. No sabes cómo me quiere. Parece mentira que habiéndose criado en una quintería sea tan fina, tenga tanto talento natural, tantos detalles. Fue Onofre quien la descubrió y me la trajo... Todo lo aprende en seguida.

—Sí, se ve que es chica de buena raza.

—Y volviendo a lo del crimen, Manuel, mi modesta opinión es que fue alguna de esas personas que en carnaval se emborrachan y dejan al desnudo todos sus malos instintos. Hay quien necesita matar como hay quien necesita beber.

Plinio quedó mirando al suelo sin responder. Hubo una pausa. Después, con voz muy confidencial:

—Doña Carmen, antes me dijo que notaba en torno a sí algo raro desde hacía algún tiempo. ¿Le importaría concretarme un poco? Doña Carmen sonrió tristemente.

—Son aprensiones, Manuel, aprensiones. A veces lo comprendo con claridad. Don Gonzalo, el médico, tiene razón; con frecuencia me fallan un poco los nervios. ¡He sufrido tentó... ! Hay días que todo lo veo normal. Otros, el mundo se me viene encima y siento unas enormes ganas de morir. Me va desapareciendo cuanto más quise en el mundo. Y cuando no se tienen hijos, las viejas historias no se olvidan; pesan toda la vida.

Y quedó pensativa con la cabeza levemente vuelta hacia la calle grisantona y fría, Una lágrima cayó de sus pestañas rubias. Luego, se volvió hacia *Plinio. Casi* no se le veía ya hundido en el sillón, envuelto por la noche.

Luego de una larga pausa, doña Carmen dijo, con voz confidencial:

—Cuando entraste, Manuel, me hiciste pensar en otros tiempos. Hacía mucho que no te veía de cerca... Me recordaste una tarde de hace más de quince años... Era una fiesta de

la Cruz Roja. Te pusieron de servicio en mi mesa... Con el pretexto de hablar contigo se acercó cierta persona, ¿recuerdas? Hablaba contigo y no dejaba de mirarme. Iba vestido de blanco, con su barbita tan negra. Tú te diste cuenta de la maniobra, Manuel, y sonreiste bondadosamente. ¡Cómo te lo agradecí! Más de media hora duró aquello. ¡Había tanto sol... ! En la feria, que fue unos quince días después, nos hicimos novios, y tú cuando nos veías juntos nos saludabas sonriendo... ¡Qué feliz fui, Manuel, aquel año! ¡Qué feliz! Y, luego, ¿qué pasó? ¿Por qué el Señor me castigó así? ¿Qué había hecho yo? Murió en unas horas, Manuel, en unas horas... ¡Qué triste fue todo desde entonces... ! Pero no sabes lo bueno, Manuel: tengo una fotografía de aquel día en el que yo presidía la mesa. La hizo Antonio Torres por encargo de Pepe y se me ve sonriendo y mirándolo..., y a él..., y a ti un poquitín... Luego te la he de enseñar, Manuel. Por eso siempre me recuerdas aquel día tan feliz, y otros..., y otros... Cuando fuimos a los toros, al palco de la presidencia con mi pobre padre, tú estabas allí de guardia también. Pepe estaba en el palco de al lado. Y me daba caramelos y a tí también. ¿Recuerdas, Manuel... ? Y luego, en unas horas, Manuel, en unas horas... Violentamente inclinó la cabeza sobre la mesa y comenzó a llorar con energía y amargura.

De pronto, se abrió la puerta y se encendió la luz. Era don Onofre.

Al ver a su mujer llorando, puso un gesto de resignación mirando a *Plinio.* —Que ya es noche cerrada...

Doña Carmen levantó la cabeza y comenzó a secarse las lágrimas sin disimular.

Plinio se sintió muy molesto y se puso en pie.

—Bien, señores, me marcho. Posiblemente habré de molestarles otra vez...

—No dejes de venir con frecuencia, Manuel —dijo doña Carmen entre sollozos.

—Sí, señora... Hasta otro día, entonces.

Y salió, seguido de don Onofre. Éste acompañó hasta la puerta de la calle.

—La pobre —dijo don Onofre—, sus nervios... No es feliz. La falta de hijos... Siempre está pensando en su juventud.

Plinio asentía con la cabeza sin saber qué decir.

—No sé —añadió don Onofre— cómo va a acabar esto... Recordar..., recordar...

Y lo decía con la mayor amargura.

—En fin, sea lo que Dios quiera... ¿Te ha dado alguna luz sobre tu cometido, Manuel?

Manuel negó con la cabeza.

—Una cosa, don Onofre —dijo de pronto—. ¿Joaquinita salió de casa la tarde del domingo?

—No. Nos lo habría dicho.

—Entre las seis y media y ocho de la noche, ¿usted recuerda haberla visto?

—No exactamente, pero tampoco recuerdo haberla echado de menos... Es un ángel Joaquinita, Manuel...

—Ya lo sé, pero conviene saberlo todo para desechar lo que no valga y quedarse tranquilo.

—Comprendo... Tú vales mucho, Manuel.

—¿Se llevaban bien Antonia y Joaquinita?

—Sí... Antonia se pasaba días enteros sin hablar.

—¿Y el mayordomo y Antonia?

—¿Que si se llevaban bien? Sí, desde luego... No es por interés, Manuel, pero dentro

de la casa no busques ninguna anormalidad.

—Lo sé, lo sé..., pero...

—Sí...

Plinio salió a la calle llevando en sus oídos los gemidos de doña Carmen. Llevando los ojos deslumbrados por su blancura, por su pelo rubio, por aquellos ojos azules que él siempre admiró desde lejos, desde muy lejos...

Hacía mucho frío. Se subió el cuello de la pelliza y se llegó al Ayuntamiento. Buscó a Maleza.

—Vete y entérate si el mayordomo de doña Carmen estuvo enfermo en su casa el domingo de Piñata.

—Sí, jefe..., pero hace un frío... ¡Joróbales, qué oficio... !

Y salió calle adelante.

Las pesquisas de la pareja de guardias en el vestíbulo del teatro la noche del domingo de Piñata, no dieron ningún resultado. En las manos de las máscaras que salían los vigilantes no vieron más instrumento contundente que unos zorros.

El mismo *Plinio, a* primera hora de la mañana del lunes, se recorrió el teatro de cabo a rabo sin encontrar nada de interés.

Pensando en esta pista frustrada, al menos de momento, y en la falta de luz sobre el caso después de la segunda visita a casa de doña Carmen, *Plinio,* dando escalofríos, marchó a cenar. «De buena gana se habría acostado», pero el vicio de salir al Casino era superior a sus fuerzas. Bien lo sabía. Además había quedado con don Lotario.

Aquella noche de febrero fue fría de veras; sin embargo, *Plinio* y don Lotario acudieron al Casino después de cenar, como siempre. Ambos se sentaron en una mesa solitaria que había en un extremo del salón grande. Todavía, si se miraba bien por algún rincón, entre los espejos o sobre las molduras, se veía algún confeti. En lo más alto de la lámpara una tira de serpentina había quedado enrollada en la cadena de bronce.

—¿Qué tal tu encuesta, Manuel? —preguntó al fin don Lotario.

Plinio movió la cabeza con aire pesimista.

—¿No ves luz?

—No... Si ha sido un accidente de carnaval, como creen todos, porque es lo más fácil de creer, no se averiguará nunca, como no sea por casualidad. Y si ha sido un crimen meditado, saldrá, pero tarde... En estas familias de los pueblos..., y de todos los sitios, los odios, las venganzas... y los amores, tienen un proceso muy largo. Los disimulos, las conveniencias, la vida dentro de casa, los retarda y disimula durante años y años.

—Tú, Manuel —dijo don Lotario en tono misterioso hacia *Plinio—,* ¿no crees en el accidente de carnaval?

—No.

—¿En qué te fundas?

—En el informe del forense. La muerte de Antonia fue causada por cinco o seis golpes, calcula el médico, dados con una barra o bastón fino en la misma bóveda del cráneo... No se trata de un golpe de mala suerte. Hubo perfecto ensañamiento y cálculo...

—Ya.

—Fíjese usted, además, que el crimen ocurre en el único sitio céntrico donde nunca

hay gente, ni en un domingo de carnaval... Y ¡qué casualidad!, la Antonia sale cinco minutos de casa, todos los días a la misma hora, para comprar la leche y es entonces cuando muere... ¿No le parece a usted que todo fue muy estudiado?

—Sí..., desde luego, pero nunca se sabe.

—Sí, se sabe. Hemos visto muchos carnavales en nuestra vida. Si ha habido algún muerto ha sido en trifulca, por riña entre gente bebida; jamás hemos conocido un muerto por puro accidente. Si algún año se ha apaleado a alguien o le han dado un susto, pronto se averiguó que se trataba de una venganza personal de algo estudiado. La mayor parte de los llamados accidentes de carnaval son movidos por celos.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Nada, ¿quién iba a tener celos de la pobre Antonia?

Plinio le dio una chupada muy larga al cigarro y quedó pensativo. Luego argüyó:

—Cuando uno trata con gente de mala condición o con criminales profesionales, puede presionar en las indagaciones hasta la brutalidad si es preciso, pero en la casa de doña Carmen te tienes que limitar a unas preguntas casi de cumplido. Tiene uno el deber, además, de creerse lo que le dicen... No puedes hacer preguntas indiscretas... Se juega uno hasta el cargo. Don Onofre, aunque es tan suavecito, se molesta por nada y le basta dar un manivelazo al teléfono para que lo manden a uno a freír espárragos en veinticuatro horas...

—Entonces, tú, Manuel, crees que entre Onofre, Carmen y la Joaquinita está la cosa.

—No quiero decir eso exactamente. Lo que apunto es que, si yo tuviese libertad para preguntar a mi gusto, para indagar y meterme en todos los entresijos de esa casa, de las relaciones con sus criados, gañanes, familiares, etcétera, no le quepa a usted duda que sabría de Antonia algo más de lo que sé... Según las declaraciones de todos, Antonia era una mujer que estaba siempre trabajando. Que salía de casa dos veces al día: al mercado y a por la leche. Que no tiene familia. Que no se trataba con nadie. Que se pasaba días enteros sin hablar nada, porque era así. Que su única relación un poco cordial era con su señorita o hija de leche Carmen Calabria... Toda su vida, según las declaraciones, se redujo a eso. Y con eso me tengo que conformar... Una vida es mucho más complicada, aunque sea la de una criada setentona.

—Puede haber algo de verdad, como tú dices y que ellos ignoren.

—De acuerdo, don Lotario, pero lo que no pueden ignorar completamente es los accidentes más o menos graves que le hayan pasado a la Antonia durante los últimos años, por ejemplo: sus riñas con otros criados, sus desavenencias con otros miembros de la familia, su exacta relación con don Onofre... Piense usted que Antonia era la persona de confianza de doña Carmen, fue su aportación doméstica al matrimonio... No olvide usted, esto lo sabe todo el mundo y yo lo he comprobado esta tarde, que doña Carmen desde hace tiempo padece un especial desequilibrio nervioso..., sigue obsesionada con el recuerdo de su novio muerto, Pepe Germán... Esto, naturalmente, ha de desagradar a alguien...

—Pero ¿qué tiene que ver la Antonia en eso?

—¡Ah, qué sé yo... !

Plinio volvió a quedar pensativo.

—Entonces, ¿cuál es tu plan, Manuel?

—Aparentar que se le da carpetazo al asunto, estar atentos a lo que pase en esa casa en lo sucesivo, y esperar. No veo otro camino.

En la puerta del salón apareció Maleza con el cuello de la pelliza subido hasta las

orejas. Buscó con la vista a su jefe. Lo vio junto al veterinario y dirigió sus pasos hacia él.

—Buenas noches.

—¿Qué hay?

—¿Se paga un cafetito, jefe?

—Siéntate. ¿Qué pasa del mayordomo?

—Está en la cama hecho una piltrafa con el reuma desde hace no sé cuántos días.

—¿Qué dice de la muerte de la Antonia?

—Casi nada. Que era una mujer de muy mal genio y que algún día le tenían que cascar.

—¿No sospecha de nadie?

—Parece que no... Ahora, que ya conoce usted a Pedro, es muy reservón. Uña y carne de don Onofre. Yo creo que ése sabe más que Lepe.

—¿De qué?

—De todo lo que ha pasado siempre en esa familia.

—Claro, lleva cuarenta años en la casa...

—Yo creo que ahí, desde que se casó don Onofre, hay dos bandos, ¿sabe usted?

—Sí, uno lo componen doña Carmen y Antonia...

—Quiquilicuatre, y el otro don Onofre y Pedro.

—¿Y la Joaquinita? ¿Dónde la colocas?

—Pedro dice que es una muchacha muy lista.

—Sí, pero ¿con quién está?

—No ha dicho más. Pero lo más probable es que todavía no cuente...

—¿No ha dicho nada de otros criados?

—No mucho, pero lo que he sacado en claro es que la tal Antonia se llevaba a matar con todos los criados y caseros de don Onofre, mientras que defendía con los dientes a todos los de la finca de doña Carmen.

—Por ahí debe de estar el busilis, Manuel —saltó don Lotario.

Maleza bebió café y se desabrochó la pelliza.

Plinio comenzó a rascarse el cogote y, de pronto, dijo, entornando los ojos:

—Oye, Maleza, ¿sabes lo que vais a hacer tú y el Jaro?

—Usted dirá.

—Os vais a hacer una lista de todos los criados de don Onofre y de doña Carmen, caseros, guardas. De todos y de los que han estado últimamente en la casa, y así que esté cabal, comenzaremos a tirarles de la lengua poquito a poco y con disimulo... Usted, don Lotario, por medio del herradero también puede ayudarnos.

—Está bueno —dijo Maleza.

Don Lotario se frotó las manos.

Las averiguaciones con los criados de la casa de doña Carmen, no condujeron a parte alguna. Para no despertar sospechas había que hacerlas de una manera discreta y esto les quitaba eficacia. Por otra parte, estos hombres que se pasaban la semana entera en el campo, tenían una idea la mar de confusa de los problemas domésticos de la casa del amo. Solamente salió en claro una noticia que de momento tampoco valía para nada. Unos caseros que hubo toda la vida en «La Chopera», finca de doña Carmen, después de un gran disgusto con don Onofre y los hombres de su confianza, habían sido despedidos

hacía pocas semanas. Últimamente se habían trasladado a un pueblo de Valencia. Se sabía que doña Carmen y Antonia sufrieron mucho con este despido, ya que eran gentes muy vinculadas con la familia Calabria, y de trato muy asiduo, casi familiar. De todas formas *Plinio* se puso en relación con los parientes que había en Tomelloso de esta familia de caseros que marchó a Valencia. Su versión del despido también era confusa. Parece que se trataba de un simple problema de jurisdicciones surgido dentro de la finca entre los caseros y los nuevos criados de don Onofre que iban a trabajar a ella.

De todas formas, *Plinio* archivó estos datos en la memoria y el proyecto de una posible gestión directa con los caseros desterrados, si llegaba la ocasión.

II

UNA MUERTE NATURAL

Cuando se cumplió un año de la muerte de la Antonia en el callejón de la Vaquería, *Plinio* pudo reconstruir satisfactoriamente los hechos que tuvieron lugar en la villa de Tomelloso el día quince de abril de aquel año.

El día quince de abril de aquel año... nevó. Nevó rabiosamente. «Esto no ha ocurrido nunca, no lo recuerdan los más viejos», decían los tomelloseros. Desde la amanecida hasta bien entrada la tarde nevó sin cesar. A la nieve le costaba trabajo cuajar, ésa es la verdad; sin embargo, cuando llegó la noche, todo el pueblo estaba completamente blanco... Y aquella tarde —esto lo supo todo el pueblo al día siguiente—, en la casa de la calle de la Luz, ocurrieron poco más o menos las cosas del siguiente modo:

Cuando Joaquinita entró a las diez de la mañana a llevarle el desayuno a doña Carmen, se la encontró con la frente apoyada en los cristales del balcón.

—Señorita, el desayuno.

—Hoy es día quince, Joaquinita.

—Sí, señorita.

—Hoy hace quince años... Pero fue un día hermoso. Tristemente hermoso. No lo olvidaré nunca.

—¿De qué, señorita?

—Mis padres no me dejaron ir. Estuve todo el día en mi alcoba oyendo las campanas, llorando. Jamás hubo en el mundo mujer más triste, más desesperada... A las seis en punto de la tarde pasó el entierro por la plaza. Me empeñé en asomarme a las ventanas del desván. La pobre Antonia subió conmigo y me sujetaba de la cintura. Temía que me desmayase... Sus amigos lo llevaban en hombros. Otros llevaban cintas. El coche iba cargado de coronas... «Sus amigos no lo olvidan... » Estuvo parado el entierro unos minutos en la puerta del Juzgado, mientras le echaban el responso. Toda la plaza llena de gente... Había muerto Pepe Germán, el señorito más simpático y más guapo del pueblo. Desde la ventana veía la caja color caoba..., y a los curas..., y a sus hermanos de luto... Algunos se volvían a mirar hacia esta casa... Acabaron el responso. Sonó la música y la caja volvió a moverse sobre los hombros de sus amigos. La gente, rodeando el coche de

las coronas, fue desapareciendo poco a poco por la calle del Campo... Antonia me tuvo que llevar a la cama casi desmayada.

Doña Carmen dejó de mirar por el cristal del balcón y se volvió hacia Joaquinita, que la escuchó impasible. Le dijo:

—Joaquinita, esta tarde tienes que ayudarme.

—Sí, señorita.

—A las cinco, cuando el señorito haya marchado al Casino, tú misma enganchas la tartana... sin que nadie se entere. Hemos de hacer un corto viaje.

—Sí, señorita.

Hacia las cinco y media de la tarde, por los solitarios paseos del cementerio, cubierta de nieve y entre una nevazón lenta pero persistente, avanzaba la tartana grande de doña Carmen. Llevaba las riendas Joaquinita, cubierta con un amplio mantón de lana.

Medio oculta en un rincón de la tartana, iba doña Carmen, con un abrigo de felpa y en la cabeza una especie de capuz. Entre las manos enguantadas, llevaba un breve ramo de flores. No hablaba. Joaquinita miraba, pálida e inexpresiva, al camino blanco. Doña Carmen, abrazada a las flores, llevaba la cabeza reclinada sobre el pecho. De vez en cuando salían de sus labios unas palabras a medias pronunciadas, casi inaudibles.

Dejaron la tartana en la puerta del cementerio y la señora, con paso muy rápido y seguida de la doncella, cruzó el paseo central del Cementerio Viejo, y torcieron hacia la derecha, hasta llegar a una gran sepultura de mármol blanco. Tras la puertecita de cristal de la hornacina había un crucifijo blanco, dos candelas apagadas, unas flores secas y un retrato desvaído de Pepe Germán.

Doña Carmen se puso de rodillas, colocó las flores sobre el mármol y reclinó la cabeza entre las manos.

Joaquinita, envuelta en un negro mantón, la miraba desde unos pasos de distancia, con las manos cruzadas sobre el pecho, con su bella cara inexpresiva, inmóvil.

Joaquinita no oía bien cuanto decía su señorita. Hablaba y hablaba en un tono que no sonaba a rezo. De vez en cuando se inclinaba y besaba el mármol nevado.

Llegó un momento en el que Joaquinita se vio el mantón completamente cubierto de nieve. Comenzaba a anochecer. Su señorita parecía haber callado. Con la cara entre las manos ya no estaba de rodillas, sino sentada en el suelo, y recostada sobre la tumba.

Unos murmullos próximos rompieron el silencio de la nieve. Joaquinita volvió la cabeza. Por el paseo central del Cementerio Viejo avanzaba una comitiva de gentes, tras cuatro hombres que llevaban un ataúd.

La chica se precipitó a avisar a su ama. Ésta parecía medio adormecida. Tenía los ojos enrojecidos. Un frío sudor —agua, como creyó Joaquinita al principio— corría por su frente. La llamó:

—Señorita, señorita, que viene gente... Vamos.

Doña Carmen balbuceó algo como ensueños, pero nada hizo por moverse.

—¡Señorita... !

La tomó de las axilas y tiró de ella.

—Déjame, déjame... Déjame morir aquí, Joaquinita —dijo, rebelde, doña Carmen, volviéndose hacia el mármol.

Algunos acompañantes del entierro que llegaba se habían detenido al ver aquello.

Durante unos momentos miraron indecisos. Veían a la chica que en vano intentaba levantar a aquella mujer.

—¿Qué pasa? —dijo uno.

Joaquinita les hizo una seña para que se acercasen.

—¡Si es doña Carmen... ! —dijo alguno.

—Hagan el favor de ayudarme a llevar a la señora.

Sin hacer comentarios, dos de ellos ayudaron a Joaquinita a poner a doña Carmen de pie. Apenas se tenía. Andaba con mucha dificultad, como borracha. Entre Joaquinita y uno de ellos, tomándola en los brazos, la llevaron hasta la puerta del cementerio. Los demás se incorporaron al entierro.

Ya en la puerta la subieron a la tartana. Joaquinita tomó las riendas. La señora se reclinó en su hombro. El hombre que las ayudó quedó en la puerta del cementerio, junto al coche de los muertos, comentando el accidente con el cochero.

Aquella noche todo Tomelloso conocía el suceso... Y de la farmacia de don Gerardo llevaban balones de oxígeno para ver la forma de curar una bronconeumonía que según el médico, tenía la señora.

Las gentes se deleitaban en desenterrar los románticos y frustrados amores de doña Carmen con Pepe Germán y en comentar el caso cada uno a su manera.

A los ocho días de la escena del cementerio, don Gonzalo, el médico de cabecera de doña Carmen, liego a esto de las diez de la noche a la tertulia de *Plinio* y don Lotario en el «Casino de San Fernando». Don Gonzalo parecía satisfecho. Se frotó las manos y pidió café.

—¿Qué tal esa enferma? —le preguntó don Lotario.

—Yo creo que bien —dijo, mesándose su enorme barba blanca—. Si Dios no dispone otra cosa, mi impresión es que la enfermedad ha hecho crisis. Ahora vengo de allí.

—Menos mal. Yo creí que no la saltaba.

—Y yo —añadió el médico.

Plinio callaba. Tenía muchas cosas que preguntarle a don Gonzalo. Era la primera noche desde la caída de doña Carmen que el médico iba al Casino, y pretendía ponerse al día de la situación de la familia y de la casa.

—¿Qué dice don Onofre? —preguntó don Lotario.

—Nada. Ya sabéis cómo es. Parece que nada le afecte. No he visto hombre igual.

—Pues la cosa es gorda.

—Y tan gorda. Como para que lo trague a uno la tierra.

—Él consideraba que su mujer estaba un poco destemplada de nervios... —apuntó *Plinio*—. Me lo dijo a mí.

—Pero no hasta este extremo —dijo don Gonzalo—. Ella, como su madre, es muy sensible..., muy conservadora de sus afectos, diría yo... Últimamente la cosa fue en aumento.

—Tal vez la falta de hijos... —dijo *Plinio.*

—Desde luego. Eso le ha agudizado la sensibilidad hasta llegar a esto. Lo que nunca me expliqué, se lo he dicho a Manuel —apuntó el veterinario—, es cómo se casó con Onofre.

—Fue una boda impuesta por el padre de Carmen. Se sintió delicado. Ella quedaba

sola y obsesionada por la muerte de Pepe. ¿Qué iba a ser de aquella chica? Yo, de una manera indirecta, intervine en ese matrimonio —dijo don Gonzalo con cierto pesar—. Onofre la quería... o su dinero, es igual. Onofre tiene sus cosas, pero como administrador y buena persona, lo es. El padre pensaba, y con razón, que así que se casara Carmen y tuviera hijos, todos sus romanticismos se los llevaría el diablo. Los hijos hacen olvidar todas las cosas... Y no digamos los amores de antaño. El capital, además, pasaba a sus manos. Yo hubiera hecho igual con una hija mía. ¿No te parece, Manuel?

Manuel asintió con la cabeza.

—Fallaron los hijos y falló todo —siguió don Gonzalo—. Ella volvió a sus quimeras. Últimamente era el colmo. La muerte de su padre y luego la desaparición trágica de Antonia agudizaron la cosa.

—¿ Y cómo se prestó Joaquinita a acompañarla al cementerio y no comunicó ese estúpido proyecto a Onofre? —dijo *Plinio.*

—N*o* lo sé. Desde luego, la chica no ve más que por los ojos de ella. Se la ganó en seguida. Como a todo el mundo; ya sabes cómo es Carmen... Puro corazón.

—¿Le dijo algo Onofre de la escapada al cementerio? —preguntó *Plinio a* don Gonzalo.

—N*i* una palabra... Sólo dice generalidades sobre la debilidad nerviosa de su mujer... Cuando Carmen sane habrá que someterla a una estrecha vigilancia... No me extrañaría nada que enloquezca totalmente.

—He visto entrar y salir mucho a una mujer vieja en la casa —dijo *Plinio.*

—Sí..., es una hermana de Pedro, el mayordomo, que la han llamado en lugar de la Antonia. A ti, Manuel —añadió don Gonzalo haciendo un inciso—, no se te va de la cabeza la muerte de Antonia.

Plinio negó con la cabeza.

—Eso tiene que salir un día —dijo el veterinario repitiendo palabras de *Plinio* en otro momento.

—O no —sentenció el guardia.

A las doce de la noche llamaron a don Gonzalo por teléfono al Casino. Hizo un gesto de extrañeza y fue a la cabina.

Al cabo de unos minutos volvió descompuesto y precipitadamente, tomó la capa de la percha. Sus dos contertulios quedaron mirándole.

—Ha muerto Carmen —balbució.

Y marchó.

Plinio quedó palidísimo. Parecía que se iba a marear. Cruzó los brazos a la altura de la barriga y quedó mirando al suelo sin decir palabra. Al cabo de un buen rato, sacó la petaca.

—Manuel, ¿quieres que vayamos por si hacemos falta?

—Ahora no, un poco más tarde.

Hacia las dos, cuando iban a cerrar el Casino, los dos amigos se encaminaron hacia la próxima calle de la Luz. Delante de ellos iban unos gañanes con cara de recién levantados. Llevaban en las manos unos grandes candelabros. Otros, delante, portaban un arcón color nogal. Todavía aguardaron un poco a que aquellos hombres, con sus trebejos de muerte, entraran en la casa de los balcones.

La puerta de la calle estaba abierta. En el portal, según costumbre, habían dejado los gañanes la tapa del arcón para significar que había un muerto en la casa.

Don Lotario y *Plinio* subieron la escalera lentamente. En el patio de arriba encontraron a Pedro el mayordomo, que iba y venía lloriqueando.

—Don Onofre está ahí, en el comedor —les señaló.

Entraron. Don Onofre estaba sentado junto a la misma mesa y en el mismo sillón que aquella tarde que invitó a *Plinio* a jerez y a bizcochos. Le acompañaban su hermano, don Gonzalo, don Felipe, el cura, que estaba dando cabezadas, y el padre de Joaquinita, Inocente, que se hallaba un poco aparte, como guardando las distancias de los señores que estaban junto a la mesa.

Le dieron el pésame. Don Onofre se inclinó un poco para alargarles la mano y volvió a sus posturas habituales de mirarse las uñas, o pasarse la mano por el pelo. Su rostro 110 reflejaba la menor emoción. El más afectado parecía don Gonzalo, que no levantaba los ojos del suelo, con gesto de ausencia y amargura.

En las habitaciones próximas se oía ir y venir de pasos, muebles que se abrían y cerraban.

Entró Ambrosia, la vieja sirvienta que sustituyó a Antonia, y dijo con voz de misa:

—Señorito, ahí están las monjas que vienen a amortajarla.

Don Onofre se levantó pausadamente y fue hacia la puerta del comedor; se asomó a ella.

—Pasen, hermanas.

Las dos monjas se pararon apenas a un paso de la puerta, ya en el comedor, y dieron el pésame a don Onofre en voz muy baja y llena de eses. Don Onofre les dio las gracias en una voz parecida, imperceptible. Luego, les hizo cruzar todo el comedor hasta la puerta opuesta. Las monjas, al pasar entre Jos hombres que estaban sentados, hicieron una breve inclinación de *cabeza.* Entraron seguidas de don Onofre.

Plinio se dirigió a don Gonzalo:

—¿Qué ha pasado?

Don Gonzalo, sin levantar los ojos del suelo, se encogió de hombros.

—Un colapso, Manuel, un colapso —dijo el hermano de don Onofre, que era un hombrecillo insignificante que miraba con los ojos muy entornados.

Plinio miró a don Gonzalo.

—No cabe otra cosa —dijo como para sí.

—Debió de ser a los pocos minutos de marcharse don Gonzalo —dijo el hermano dirigiéndose a don Lotario.

Había entrado don Onofre y, mientras volvía a su asiento, se dirigió al veterinario como enlazando sus palabras con las de su hermano:

—Fue terrible —dijo mirándose las manos—. Cuando marchó don Gonzalo y dijo que la enfermedad había hecho crisis, todos los de la casa nos pusimos alegres, muy alegres. Ya pueden ustedes imaginarse, después de ocho o diez días de zozobra... Ella quedó durmiendo, cené luego y nos quedamos de tertulia, aquí en el comedor, mi hermano, Inocente y yo. Hacia las doce pensé en retirarme. Me disponía esta noche a dormir con tranquilidad. Nos despedimos. Entré en la alcoba para ver si seguía durmiendo. Joaquinita quedaría velándola. Me incliné a darle un beso sin encender la luz... y la noté enormemente fría... Encendí la luz..., llamé a todos. Estaba muerta, muerta de hacía

mucho rato.

Volvió el silencio. El cura dio una cabezada tan grande, que se despabiló.

Entró Joaquinita con los ojos llorosos:

—Señorito, dicen las monjas que si tienen un rosario bueno para ponérselo ahora, que luego se lo quitarán.

Don Onofre se pasó la mano por la frente como haciendo memoria.

Plinio la miró de arriba abajo, y para sus adentros no pudo evitar el decir: «¡Qué hermosa es... !»

Don Onofre se levantó pesadamente y marchó seguido de Joaquinita.

El cura volvió a dormirse. El médico seguía mirando al suelo al tiempo que se acariciaba la barba. Don Lotario liaba otro cigarro. El hermano bostezó. *Plinio* miraba a las paredes. Vio el retrato del padre de Carmen, vestido de etiqueta, con una gran condecoración en el pecho. Más arriba, el retrato del abuelo, vestido con el hábito de Calatrava. A la derecha y a la izquierda más retratos de los hermanos de doña Carmen, de hermanas y tías.

«Esta noche ha muerto el último Calabria de la dinastía —pensaba *Plinio—,* se acabaron los Calabria en Tomelloso... ¡Qué pronto se han acabado los Calabria... ! Ellos, que durante tantos años fueron los amos, el no va más... »

Volvieron don Onofre y Joaquinita. Ella llevaba un rosario dorado entre las manos. Inocente miró a su hija con ojos amorosos.

El entierro fue a última hora de la tarde. Acudieron todos los estandartes y banderas de cofradías y asociaciones religiosas. Presidió el duelo el mismo don Onofre, vestido de riguroso luto y con el pelo empapado de brillantina. Los criados de la casa llevaban el féretro en hombros. Entre ventanas se vieron las caras llorosas de Joaquinita y de la hermana de Pedro. La comitiva paraba cada veinte pasos para oír un responso. La encabezaban todo el clero parroquial con gran cruz alzada. El todo Tomelloso iba detrás, dando la despedida a la última descendiente de la familia que señoreó el pueblo desde los albores del siglo XVIII. *Plinio* iba junto al veterinario y don Gonzalo en el duelo.

Los días siguieron su curso. La casa de doña Carmen se cerró a cal y canto y las gentes comenzaron a hacer cabalas sobre el futuro matrimonial de don Onofre.

El verano llegó muy pronto y *Plinio se* aburría mucho. Desde la muerte de Antonia apenas había tenido otro trabajo que el rutinario. Se pasaba el día entero en el Casino, viendo periódicos o de mirón en las partidas gordas. Después de cenar le acompañaba el veterinario. Don Gonzalo, no. Desde la muerte de Carmen no se le vio más por el Casino. Alguna vez lo encontró por la calle subido en la berlina amarilla. Parecía desmejorado y sin ganas de hablar con nadie. Una triste sombra nublaba sus viejos ojos azules. *Plinio* lamentaba esta separación de su viejo contertulio. La verdad era que para un buen médico como él, el golpe había sido muy grande, pero la cosa no era para tanto... *Plinio* tenía muchas ganas de hablar con él largo y tendido, pero esperaba una ocasión propicia. Los asuntos de una casa que procedía de los comienzos del siglo XVIII había que tomarlos con mucha calma.

Los jueves por la noche la Banda Municipal tocaba en la plaza, y *Plinio,* como todos los socios del Casino, se sentaba en la terraza a escucharla. Entre los árboles de la glorieta jugaban los chicos y la gente del campo se agolpaba en torno al tablado que se alzaba,

pintado de verde, junto a la puerta del Ayuntamiento. Por las aceras de las calles que desembocaban en la plaza paseaban las señoritas y sus galanteadores. Los curas se sentaban en la puerta de la sacristía, junto a un velador de madera del cercano Casino. Era un estar y no estar en el Casino; un estar y no estar en la iglesia.

Una de aquellas noches, vio *Plinio* que la criada de don Gonzalo se dirigía a los curas con cierta precipitación. La escuchó don Felipe con mucha atención. Marchó la criada, don Felipe se tomó la copula de anís de un trago y entró en la sacristía. Al poco salió con la teja puesta, hacia la calle de la Independencia.

Mucha gente del Casino se dio cuenta de aquello y en las tertulias próximas a *Plinio* comenzaron a hacer comentarios de quién podría haber malo en casa de don Gonzalo. Él no podía ser, porque muchos aseguraban haberlo visto aquel mismo día.

La Banda comenzó a tocar *Don Quintín el Amargao,* y *Plinio* prestó su atención a aquellos compases. Le hubiese gustado comentar el asunto de don Gonzalo con el veterinario, pero aquel día estaba en una casería vacunando ganado.

Cuando acabó el concierto y la gente comenzaba a desplazarse, el camarero se aproximó a *Plinio* y le dijo que le llamaba don Felipe. *Plinio* fue hacia la puerta de la sacristía. Al verle llegar, don Felipe se adelantó a él.

—¿Me llamaba?

—Haga usted el favor de ir a casa de don Gonzalo, que quiere hablar con usted —le dijo con tono muy misterioso.

—¿Qué le pasa a don Gonzalo?

—Está bastante mal... No creo que sea decisivo, pero él está muy asustado.

—¿De qué se *trata?*

—*Vaya* usted —dijo el cura con gravedad—. Yo le he aconsejado esta entrevista.

Y miró a *Plinio* con ojos misteriosos, casi policíacos, como solía ponerlos don Lotario.

Cuando la mujer de don Gonzalo entró a *Plinio* en la habitación del médico, éste estaba sentado en la cama, con mucha fatiga y gesto caído. A *Plinio* le pareció asma o cosa así. Tenía puesto el médico un camisón tan blanco que la barba de plata no se distinguía apenas sobre la tela.

—Siéntate, Manuel —le dijo con fatiga al verlo entrar en la habitación.

—¿Qué le pasa, don Gonzalo?

—Siéntate, siéntate aquí, junto a mí —dijo con cierta ansiedad.

Plinio acercó una descalzadora y se sentó junto a la cama.

—Déjanos solos —dijo don Gonzalo a su mujer, que permanecía en la puerta.

La mujer se retiró y cerró con cuidado.

—Usted dirá.

Don Gonzalo, cuando parecía que iba a hablar, inclinó la cabeza y comenzó a tocarse la barba con desesperación, como no sabiendo por dónde empezar.

Plinio aguardó pensando que no debía fumar allí, a pesar de las ganas que tenía y de lo bien que a él se le daba escuchar y pensar con un cigarro en la boca.

—Lleva razón don Felipe —dijo don Gonzalo, como convenciéndose a sí mismo—. Debí hablarte de este asunto hace mucho tiempo, pero... Todavía, en conciencia, no estoy seguro, Manuel, no estoy seguro... Llevo tres meses dándole vueltas a la cabeza..., es mi obsesión. Me refiero a la muerte de doña Carmen Calabria.

Plinio levantó bruscamente la cabeza y quedó mirando al médico con sus ojillos, siempre entornados y maliciosos, mejor: socarrones.

—¿Tú te acuerdas que os dije en el Casino aquella misma noche que estaba fuera de peligro, que la enfermedad había hecho crisis... ? ¡Yo sé lo que es una pulmonía, Manuel! He tenido miles de casos en mi vida. Y, de pronto, aquella mujer muere, muere a los pocos minutos de salir yo de allí. ¿Recuerdas que dijo don Onofre que a las doce el cadáver estaba frío? Dijeron que fue un colapso... En este sentido firmé yo el certificado de defunción. ¡Pero si aquella mujer, Manuel, tenía el corazón como un toro! Su estado general siempre fue bueno. Su debilidad, la debilidad ingénita de todos los Calabria, a ella le afloró en los nervios, en una sensibilidad enferma. Pero, ¿su corazón... ? Y la sangre le circulaba muy bien, Manuel,pero que muy bien...

—Entonces, ¿qué cree usted que pasó?

—Su cara no me gustó nada —siguió don Gonzalo sin responder directamente a *Plinio*—. ¿Tú no la viste?

—No.

—Estaba desencajada, con una contracción rara... No la olvidaré nunca. Tenía las uñas clavadas en el pecho..., sus propias uñas...

Don Gonzalo calló. La fatiga le ahogaba. Descansó un poco. Luego, continuó:

—Yo estaba completamente aturdido, Manuel. Todos aquellos síntomas me parecieron un poco anormales, pero ¿hasta qué punto estaba yo seguro? Uno siempre desconfía de su sabiduría. Cada enfermo es un caso particularísimo. ¿Por qué a aquella mujer no pudo pasarle algo que yo ignoro? Durante el velatorio yo no dejaba de darle vueltas a la cabeza pensando qué podría ser aquello..., recordando todos los casos que había visto de muertes repentinas. Opté por la posición más cómoda, lo confieso: la de desconfiar de mí, la de creer que no tenía la convicción suficiente para solicitar la autopsia de doña Carmen. Ello suponía una acusación, tal vez gratuita a los de la casa. A su mismo marido, que tú sabes que es un alma de Dios. Íbamos a dar la campanada, y al final yo podía quedar en ridículo. No se trataba de unos cualquiera. Ya sabes tú lo que pesan estas cosas en un pueblo. Cuando la enterraron, descansé. Mejor dicho: creí descansar. Pero no. Entonces fue cuando comenzó mi verdadero martirio. La cosa ya no tenía remedio. Si había habido violencia, quedaría impune por mí cobardía... Y llevo tres meses, Manuel, dándole vueltas y vueltas al asunto. Por culpa de ello he desmejorado y me encuentro enfermo, muy enfermo... Porque cada día veo con más claridad que hice mal... Y a estas alturas, estoy convencido, que Dios me perdone, que doña Carmen Calabria no murió de muerte natural.

—¿ Cómo cree usted que murió?

—Asfixiada.

—¿Asfixiada, cómo?

—Seguramente con la almohada.

—Si ahora se exhumara el cadáver, ¿se sacaría algo en claro?

—No. Si hubiera sido veneno, tal vez, pero los pulmones no aguantan mucho bajo tierra.

Plinio, sin darse cuenta, había liado un cigarro y lo encendió.

—Como comprenderás, he relacionado esta presunta muerte con la de Antonia.

—Ya...

—Esta noche no podía aguantar más. Me dio la puñeta el asma, me acobardé, creí que

me tranquilizaría confesándome. Pero don Felipe, con muy buen acuerdo, me ha aconsejado que éstos son asuntos de la Tierra y que en la Tierra conviene arreglarlos. Para ello nadie mejor que tú. Para él es un secreto de confesión; para ti..., igual, Manuel.

—Sí, señor.

—¿Qué piensas hacer?

—Esperar... Desde la muerte de Antonia tengo la impresión de que en esa casa hay un mal duende encerrado. ¿Quién es? ¿Qué pretende? No lo sé. Luchamos con muchas dificultades para averiguar lo que pasa en la mejor casa del pueblo. Ese duende es listo y no deja huellas... hasta ahora. No hay más que esperar, ésta es mi teoría... Ese duende, don Gonzalo, camina muy deprisa hacia su fin y debe de estar al descubrirse.

—¿Y si mientras esperamos ocurre otro... accidente?

—Es que no puedo hacer nada... ¿Cree usted que el criminal es don Onofre?

—Chico, a mí me parece un alma de Dios.

—Y a mí también; pero ¿quién sabe lo que se esconde en el último rincón de una cabeza? ¿No podría interesarle la muerte de doña Carmen para heredarla y casarse con otra?

—Carmen murió sin hacer testamento. Además, él manejaba todos los bienes. ¿Y casarse con otra... ? Él era feliz a su manera. Además, ¿para qué necesitaba eliminar a Antonia?

—Podría saber demasiado.

—No lo veo claro.

—Igual me pasa a mí, don Gonzalo. No lo veo claro, no tengo pruebas, no lo veo lógico... Pasemos a otra persona. A Joaquinita.

—Es una cría...

—Desde luego. Pero una cría que muy bien pudiera aspirar a ser la dueña de la casa.

—No la creo con arrestos. Estuvo llorando todo el día la muerte de doña Carmen. Inconsolable... Además, es mucho orgullo el de don Onofre para casarse con una criada.

—Depende de cómo sea la criada.

—¿ Por qué iba a eliminar a Antonia?

—Por la misma razón: podría saber demasiado.

—Tampoco lo veo claro.

—Ni yo..., hasta ahora. No hubo manera de comprobar si había salido de casa el domingo de Piñata. Doña Carmen y don Onofre me dijeron que no... ¿ Qué puedo hacer, entonces?

—Nada.

—La vieja entró en la casa después de morir Antonia. En el caso de que nada tenga que ver la muerte de la criada con la muerte del ama, ¿qué interés podría tener la vieja en matar a doña Carmen?

—No lo veo... ¿Y Pedro?

—Tampoco.

—Cuando murió Antonia él estaba enfermo en cama. Ahora no tiene explicación que ese hombre mate a su señora... Lo probable, don Gonzalo, es que el juego esté entre el amo y la moza o entre los dos de acuerdo. Pero la cosa es muy difícil de creer para nosotros. No digamos para el pueblo... ¡Hacen falta pruebas, y pruebas muy gordas... ! ¿Aparecerán esas pruebas? Eso es lo que no sé... A lo mejor por los sucesos que vayan

ocurriendo lleguemos a poseer la evidencia de la culpabilidad, pero no las pruebas.

—Te comprendo...

—La autopsia de doña Carmen tal vez hubiera aclarado las cosas...

—No me martirices, Manuel, no me martirices... Yo te ayudaré en lo que sea...

—No se preocupe, a cualquiera le hubiera ocurrido igual. Lo peor del mundo es cuando la infracción de la ley se da entre personas de las que nadie puede sospechar. Todas las gestiones son dificilísimas. Si no trabaja uno bien amarrado, ¡adiós, Madrid, que te quedas sin gente!

—En el difícil caso de que don Onofre se casara con Joaquinita, ¿tú crees que sacaríamos algo en claro?

—No. En todo caso la evidencia, pero no pruebas.

—¿Y por dónde esperas esas pruebas?

—De la paciencia y el trabajo escrupuloso. Tengo mis planes, que se los comunicaré en el momento oportuno. Usted es médico y tiene entrada libre en esa casa a todas horas. Podrá serme muy útil en un momento determinado. Además, confío en la suerte. La justicia tiene más suerte que los criminales. Pero hay que andar bien despierto.

—Bien, Manuel, veremos lo que se puede hacer.

Don Gonzalo parecía más animado y sin fatiga, con la perspectiva de colaborar con *Plinio.*

A los pocos días al médico se le pasó el asma y volvió a su vida habitual. Ni una sola noche faltaba a la tertulia del Casino. Algunas veces, sobre todo antes de comer, se juntaban el médico, el veterinario, *Plinio y* el cura en el cuartillo de guardia de la sacristía.

Don Gonzalo, con aquellas conspiraciones y vigilancias, creía amortiguar sus escrúpulos de conciencia profesional. El cura también parecía haber sentido una súbita vocación policíaca.

Con el más absoluto de los secretos, de mutuo acuerdo, los tres personajes originariamente sabedores del «asunto doña Carmen» se lo comunicaron al veterinario. Fue condición impuesta por *Plinio.*

Pero hasta diciembre las especulaciones de los cuatro se limitaron a meras elucubraciones imaginativas que *Plinio* escuchaba con paciencia, ya que no había la menor apoyatura objetiva. La casa de la calle de la Luz seguía cerrada a cal y canto. Sólo entraban y salían los habituales. Entre éstos, como la salud de todos los moradores parecía excelente, no contaba don Gonzalo, y menos el cura.

Llegó un momento en que los cuatro hombres, a excepción de *Plinio,* comenzaron a desfallecer por falta de materia comentable. Habían agotado todas las fuentes de su imaginación. Fue entonces cuando *Plinio,* un poco por animarlos y otro poco por ver lo que pasaba, sugirió la conveniencia de que el médico y el cura, que eran los más amigos de la casa y cada uno por su lado, hiciesen a don Onofre una visita con cualquier pretexto.

El cura en seguida lo encontró. Iría a pedirle una limosna para arreglar la escalerilla de la torre, que estaba en pésimas condiciones.

—Yo voy a hacerle un rato de compañía —dijo el médico, muy decidido.

Los dos fueron el mismo día, un domingo. El cura por la mañana y el médico por la tarde. Anochecido, se reunió el cónclave en el cuartillo de guardia de la sacristía.

Cuando llegaron *Plinio* y el veterinario, el cura y el médico ya estaban allí.

Así que estuvieron juntos, el cura mandó a un monaguillo que había por allí a que se fuese a jugar a la plaza y echó una «firma» al brasero.

Pimío pidió al cura que hablase primero.

Don Felipe se echó hacia atrás el bonete y se pasó los dedos por sus exhuberantes cejas.

—He estado allí más de una hora. Onofre está muy bien. Impasible, como siempre. Dice que así que acabe la vendimia, volverá a salir al Casino. Ha engordado un poco. Le saqué el recuerdo de su esposa y se mostró muy sentido. «Era un ángel», dijo, pero pronto desvió la conversación.

—¿Qué pasa del testamento? —preguntó *Plinio.*

—Me dijo que estaba en los últimos trámites. Como doña Carmen murió sin testar, han tenido que hacer una declaración de herederos y no sé cuántos líos. Claro que el único heredero es el marido. La cosa es fácil. Por cierto que me ha dicho que una vez que esté completamente resuelto el asunto de testamentaría, me dará una crecida cantidad para la iglesia, tal como hubiera hecho doña Carmen, caso de testar.

—Entonces ya está usted contento —dijo el veterinario, que era un tanto anticlerical.

El cura por toda contestación se encogió de hombros.

—¿Vio usted a Joaquinita? —preguntó *Plinio.*

—Sólo un momento. Pedí un vaso de agua por si acudía. Onofre llamó al timbre, pero vino la vieja, que yo creo que es medio tonta... Cuando nos despedimos, vi a Joaquinita cruzar por el patio de arriba. Me saludó muy ceremoniosa, pero no me atreví a pararla... Como va uno con este complejo de policía...

—¿Y qué más? —preguntó el veterinario.

—Pues nada más... La casa tiene su ritmo de siempre. Nada me llamó la atención, si he de ser sincero.

—Don Gonzalo tiene la palabra —dijo *Plinio.*

Don Gonzalo quedó silencioso y con una sonrisa que quería ser diabólica.

—¿Y qué? —preguntó don Felipe, impaciente. Don Gonzalo miró a todos, haciéndose el interesante.

—Venga, suelte —insistió el cura.

—¡La bomba! —dijo el médico—. O yo no sé lo que me traigo entre manos, o Joaquinita está preñada de tres o cuatro meses.

La noticia produjo el efecto esperado. El cura cubrió completamente sus ojos con las cejas.

—¿Es que se le nota? —dijo, señalándose el vientre.

—No, ahí no —afirmó el médico—: en la cara.

El cura hizo un gesto de escepticismo.

—¿ Es que no me cree usted, don Felipe? —preguntó el médico, muy picado.

—Hombre, cómo no lo voy a creer... Es que la cosa es gorda.

—Sí, señor, muy gorda; pero hay mujeres que se les nota el embarazo en seguida. Y ésta es una. Tiene un paño en la cara que a mí no se me despinta.

El cura volvió a menar la cabeza.

—Además estoy seguro que tiene vómitos y que es mal embarazo. Y usted, si se hubiera fijado, habría visto lo mismo...

—Yo no entiendo de eso.

El veterinario sacó una risa de conejo.

—¡No, no entiendo, y es natural! —dijo el cura, mosqueado.

—¿Tú qué dices de eso, Manuel? —preguntó el veterinario a su oráculo.

—Me extraña que don Onofre cometa una pifia así.

—A lo mejor él no lo sabe —saltó el cura, ya en situación.

—Buena idea —dijo el veterinario.

Todos asintieron y el cura se esponjó, pasándose los dedos por las cejas.

—Si las cosas son como dice don Gonzalo, la situación se aclara mucho —añadió *Plinio,*

—Naturalmente —dijo el médico.

—Claro, que no por eso aumentan las pruebas de la muerte de Antonia y del posible asesinato de doña Carmen.

—Esta niñota lo que quiere es casarse con Onofre —exclamó el cura.

—Manuel, ¿no convendría poner en guardia a don Onofre? —dijo don Lotario.

Plinio movió la cabeza con gesto escéptico.

—No. Primero porque no hay pruebas... Lo segunda es que si las cosas han ocurrido como suponemos, no sabemos hasta qué punto don Onofre pueda ser ajeno a las maquinaciones de Joaquinita.

El veterinario asintió.

—¡Qué mundo, qué mundo, Dios mío! —exclamó el cura—. Pero si esa Joaquinita es una cría...

—... Muy guapa —cortó *Plinio.*

—¡Si Onofre es un alma de Dios! —volvió a decir sin pararse en la aclaración del guardia.

—Sí, pero él se trajo a la chica a servir a su casa. Es hija de unos caseros que tiene don Onofre allá en Ruidera.

—Mira, Manuel —dijo el cura—, a la tal Joaquinita no la he tratado en mi vida, pero a Onofre sí. Fuimos a la escuela juntos. No digo que no pueda haber sentido tentaciones ante la moza una vez viudo, pero eso siempre que lo haya comprometido ella. Él es hombre sin energía y de muy cortas iniciativas. Y, desde luego, de crímenes ni hablar... Él es tontaina, como todos sabéis, para entendernos pronto.

—Sí, sí, fíate de los tontos —dijo el médico.

—Me fío, y usted también, que lo conoce como yo —cortó el cura—. Es incapaz... ¿No te parece, Manuel?

—Yo me atengo a lo que vaya trayendo el tiempo. Apenas he tratado a don Onofre, aunque me inclino a lo que usted dice.

—El aguantar durante quince años a una mujer enferma de los nervios, que por añadidura está obsesionada por el recuerdo de su primer novio, puede dar iniciativas al más lerdo —dijo el médico.

—Desde luego la cosa tiene miga —confirmó don Lotario.

—Si a ello se añade que tiene al lado a una persona con gran imaginación llamada Joaquinita... —dijo don Gonzalo mirando al cura.

—Todo puede ser..., todo puede ser. En este maldito mundo... Pero como él es tan

tranquilón y tan buenazo, se le hace a uno cuesta arriba —exclamó el cura.

—Sí, don Felipe, algunas veces tienen ustedes razón y la carne es el demonio —dijo el veterinario.

—Yo lo que quisiera saber es qué hemos de hacer para evitar mayores males. Algo se podrá hacer, ¿no? —preguntó el cura.

Plinio movió la cabeza con escepticismo.

—Entonces, cruzarnos de brazos y a esperar —siguió el cura con indignación.

—No se ponga usted así, don Felipe —dijo *Plinio* con ademanes calmosos—. Veamos: vamos a ponernos en el más fácil de los casos: que tuviéramos la evidencia de que la causante de todo era Joaquinita con la ignorancia total de don Onofre. Bien. Lo que procedería en tal situación era prevenirle... Prevenirle era acusar abiertamente a Joaquinita. ¿De qué? Primero de un crimen que ocurrió el carnaval pasado, sin prueba alguna de que fuese ella. Segundo, de que remató a doña Carmen. ¿Fundados en qué? En un parecer del médico incomprobable. Usted tal vez como sacerdote podría hacerlo; sin embargo, yo no se lo aconsejaría. No se puede acusar tan gravemente a nadie sin pruebas decisivas, máxime si ella tiene ya, como afirma don Gonzalo, un hijo de don Onofre en sus entrañas... Si a esto se añade que ignoramos hasta qué punto pueda tener parte don Onofre en esa supuesta culpabilidad de su criada, hace, a mi juicio, totalmente improcedente la intervención prematura. Por eso no me cansaré de aconsejarles, al menos es lo que yo haré como único representante de la justicia, el esperar. Dice usted con razón, don Felipe, que hay que evitar mayores males. Yo no los espero ya. Sea quien quiera el culpable, o sean los dos, ya tienen el camino expedito para lograr sus fines. Nadie les puede estorbar. La boda se hará sin impedimento y, si hay embarazo, se hará inmediatamente. La vida de nadie corre ya peligro. Y, sin embargo, si se tiene paciencia, el tiempo puede poner en claro las cosas y la justicia llegar a su fin.

—Tienes muchísima razón, Manuel —dijo el veterinario.

—¿Y si el tiempo no descubre nada?

—Pues el crimen quedará impune, como tantos otros —dijo el policía.

—El cargo de conciencia no los dejará vivir —afirmó el cura.

Las posteriores reuniones de los cuatro hombres no aportaron nueva luz sobre el asunto en los finales del otoño. La vida seguía tranquila en la casa de la calle de la Luz. Y los observadores, en absoluto encontraron materia comentable. Don Onofre, como había anunciado, comenzó a salir al acabar la vendimia. Después de comer, vestido de riguroso luto, se iba al «Círculo Liberal» y allí permanecía hasta media tarde, jugando al tresillo con sus amigos. Pero la partida de don Onofre, desde la incorporación de éste a la vida social del Casino, tenía un mirón más que los de costumbre: *Plinio.* Éste, desde que oyese al cura y al médico que don Onofre iba a volver al Casino al final de la vendimia, con gran dolor de su bolsillo se apresuró a hacerse socia del «Círculo» —él siempre fue asiduo del «San Fernando»—, y comenzó a frecuentar la partida de don Onofre. Cuando éste volvió a su tertulia, *Plinio* ya era un habitual en ella en calidad de mirón.

Durante dos meses largos, el policía no faltó una sola tarde. La gente lo creía abstraído en los accidentes del juego, pero su verdadero estudio era la cara y reacciones de don Onofre. Con la endemoniada costumbre que tenía *Plinio* de mirar entre pestañas, resultaba muy difícil saber dónde posaba sus ojos.

Sus amigos y provisionales colegas en la investigación: el médico, el cura y el

veterinario, le preguntaban con frecuencia:

—¿Cómo va el tresillo?

Un día les dijo *Plinio,* que ya comenzaba a cansarse de su forzada misión:

—No he visto en mi vida un hombre más parecido a un niño que don Onofre. Hasta su afeminamiento lo aniña más a pesar de su corpachón.

—Total, que no le ves un detalle —dijo el cura.

Plinio movió la cabeza negativamente.

—Ya te lo dije yo... Es un tontaina.

Cuando faltaban muy pocos días para Navidades, los tres amigos recibieron aviso urgente del cura.

Plinio se imaginó para lo que era. Había oído a don Onofre decir en el Casino que iba a pasar una larga temporada en el campo. Se reunieron en la rectoría al caer la tarde.

—Boda tenemos, amigos —dijo el cura sin preámbulos—. Hoy me ha llamado muy secretamente don Onofre para avisarme que, con la mayor reserva, haga los preparativos necesarios. Él me fijará el día y la hora. Por supuesto que esto no lo debe saber nadie. Con razón, quiere ahorrarse la cencerrada.

—¿Vio usted a Joaquinita? —preguntó el guardia.

—No. No apareció en toda la casa. Me permití insinuarle si no resultaría la boda demasiado prematura, dado que no hace un año que había muerto doña Carmen. No me contestó. Por primera vez en mi vida vi un gesto de dureza y decisión firme en su cara. Creo que está bien cogido...

—Por lo visto la chiquilla es un águila —dijo el médico como para sí—. Se supo ganar a doña Carmen hasta el extremo de ser su confidente y al mismo tiempo a Onofre, hasta el altar.

—Esto de la boda estaba previsto —dijo *Plinio* con desmayo.

—Sí, tú lo anunciaste hace mucho tiempo —añadió el veterinario.

—Yo daría cualquier cosa por no hacer ese matrimonio —dijo el cura hablando también para sí.

—Lo comprendo —asintió *Plinio.*

—Les advierto que muchas veces me dan ganas de coger al tontón de Onofre y contarle las cuatro verdades del barquero... ¡Qué narices, para eso es uno cura!

—Ya hablamos de eso en otra ocasión —añadió *Plinio* con severidad.

—Sí, sí, sí —dijo el cura—, pero es que la cosa es muy gorda.

—En conciencia, usted no puede citar a don Gonzalo, cuya suposición es la verdadera clave.

—Ya, ya lo sé, ¡uf! —Y, dando un puñetazo sobre la mesa, se levantó enrabiscado—. Si cogiese yo a la niñota esa en el confesonario...

—La cogerá usted —dijo *Plinio,* sonriendo—. Y ella, naturalmente, le dirá lo que quiera... Será una confesión angelical, aparte de lo del embarazo, naturalmente, que si existe sí se lo confesará. Y él también.

El cura se paseaba como una furia por el despacho rectoral. De pronto, se detuvo ante *Plinio* con verdadera indignación:

—Y tú, que eres tan buen policía, el mejor de España según dicen por ahí, ¿no puedes hacer algo, no se te ocurre nada, no encuentras una prueba, la mínima para evitar este matrimonio demoníaco? ¿El que esa víbora entre en la mejor sociedad de Tomelloso?

Plinio movió la *cabeza,* resignado. Luego, añadió:

—Yo soy un pobre guardia municipal, don Felipe... Bastante hace uno para dieciséis reales que gana.

—Y a lo mejor la víbora es él —intervino el veterinario.

El cura lo miró con desprecio y siguió sus paseos enfurecido. Luego, más sereno:

—No sé si me estará permitido comunicarles el día y hora de la boda, no lo sé. De todas formas es igual.

III

UNA «CENCERRÁ»

El día 22 de diciembre, cuando *Plinio* cruzaba la plaza a eso de mediodía, vio que don Felipe le hacía una señal desde la puerta del cuarto de guardia de la sacristía.

—Esta noche, a las diez, los caso. No hace falta que lo digas a nadie más... ¿Para qué? Mañana podemos reunimos a comentar.

—Está bien. ¿Hay alguna otra novedad?

—No.

—¿Vio usted a Joaquinita?

—Todavía no. Seguramente esta tarde.

—Bueno, entonces, hasta mañana.

—No comentes con nadie... Mañana, a las siete, en mi casa.

—Descuide.

Hacia las diez de la noche *Plinio se* apostó en una esquina próxima a la casa de doña Carmen. Apenas llevaba unos segundos en su puesto de acecho, se dio una palmada en la frente, y dijo para sí: «¡Idiota de mí!» Y echó a correr camino del callejoncito del Zurdo, donde daba la parte trasera de la casa.

Apenas tuvo tiempo para apostarse de nuevo. En seguida se abrió al portada y salió de ella una tartana pequeña, sin farol.

La siguió desde lejos. Se detuvo en la puertecilla trasera de la iglesia que da a la calle de Veracruz. Cuatro personas bajaron rápidamente de ella entre las sombras del oscuro callejón y entraron en la iglesia.

La tartana se marchó en seguida. *Plinio* se acercó a la puertecita trasera de la iglesia y empujó, pero habían cerrado. Se quedó dando paseos. Aburrido, vio las otras dos puertas de la iglesia. Estaban cerradas. Volvió a la calle de Veracruz y se ocultó a esperar. A las once en punto volvió la tartanilla y se detuvo donde antes. El que la conducía, que a *Plinio* desde lejos le pareció Pedro, se bajó y dio unos golpecitos en la puerta. Se subió en la tartana. A los pocos minutos salieron cuatro personas que entraron rápidamente en el carricoche.

Nuevamente *Plinio lo* siguió. Entraron en la portada que ya estaba abierta. Como no la cerraban, *Plinio* aguardó. En seguida se oyó el motor de un coche. Salió el «Gran Paije» de don Onofre. Conducía él. Milagrosamente, a *Plinio* le dio tiempo a correr hasta otro callejón, si no, lo ven a las luces del auto.

Plinio decidió volver a su casa, ya era hora de cenar, cuando le pareció oír ruido y

alboroto de gentes. Aligeró el paso hacia la calle de la Luz. Mucho antes de llegar apreció claramente, entre las voces, el sonar de cencerros y latas golpeadas. Por la plaza entró en la calle y pronto, frente a la casa de don Onofre, vio un nutrido grupo de gente que producía la algazara. La voz cantante la llevaba una mujerona descomunal llamada la *Minerala,* que armada de un palo, golpeaba sobre el barreño de porcelana viejísimo, que sostenía otra mano. La coreaban inmediatamente unos cuantos mozalbetes y muchachas que, ferozmente, pegados a la puerta de la casa, daban porrazos sobre botes. Unos cuantos movían cencerros y pretales de campanillas.

Por las bocacalles próximas, atraídos por el ruido y la algazara, acudía cada vez más gente. Cuando a la *Minerala* le pareció que había suficiente concurso, levantó los brazos con ademanes enérgicos para ordenar a todos que se callaran. Cuando lo consiguió, preguntó con una voz estentórea:

—¿ Quién se ha casado?

Una moza gorda y con voz chillona que había a su lado respondió a todo pulmón:

—Don Onofre.

Volvió a preguntar la *Minerala:*

—¿Con quién?

Moza:

—Con la Joaquinita.

Minerala: —¿Para qué?

Moza:

—¡Para que le haga una pancita!

Al acabar la última palabra del verso improvisado, la *Minerala* hizo un ademán y todos los cencerros, campanillas y latas comenzaron a sonar de manera ensordecedora.

Al cabo de unos momentos, la *Minerala* volvía a ordenar que callase el ruido, y ella nuevamente volvía a hacer las mismas preguntas, que la moza gorda contestaba con procacidades mayores, y que en seguida eran coreadas con risotadas y desconciertos.

A la escasa luz que había por aquella parte de la calle se veía mal; a la gente apretujada, riendo sin freno, alzando los cencerros y las latas al tocarlos, sobre sus cabezas.

Plinio se marchó para casa. Sabía que era inútil querer detener una «cencerra». Había que esperar a que se cansasen y se marchasen. Como casi siempre en estos casos, no se explicaba cómo la noticia de la boda había corrido tan aprisa... Posiblemente el pueblo entero tuviese ya también su versión más o menos verosímil de los demás sucesos de la casa de la calle de la Luz.

Al día siguiente, como anunció el cura, se reunieron los cuatro amigos en la casa rectoral. Todos iban un poco pendientes de lo que pudiera contar el cura. Apenas estuvieron sentados, el veterinario lanzó la primera pregunta a su estilo:

—¿Se confesaron con usted, don Felipe?

El cura lo miró, moviendo la cabeza:

—El albeitar puñetero no tiene remedio —dijo.

Don Lotario se rió meciendo mucho los hombros y guiñando el ojo a los demás.

—Sí, señor, se confesaron, pero no conmigo, sino con don Juan —dijo con gravedad

—. Le tenían avisado... Es algo que no me explico bien.

Y el párroco quedó como pensativo, con las peludas cejas muy alzadas.

—Ella —continuó— tenía un aspecto muy sereno y muy señor. Y escribe bien. No sé cuándo habrá aprendido. Hizo una firma correcta.

—¿Le notó usted algo? —preguntó don Gonzalo.

—Pues... no podría decir que sí ni que no. Había poca luz en la iglesia, y ella, naturalmente, si está como usted dice, debía de llevar faja... Pero no sé si influido por sus sospechas, sí me pareció algo pálida y con la figura un poco alterada... Pero no me atrevería a poner las manos en el fuego.

—¿Y él? —preguntó *Plinio.*

—Él como siempre... Con la misma cara de placidez que cuando se casó con Carmen hace quince años... Lo verdaderamente interesante del asunto es que la gente ha comenzado a comentar por ahí. La boda ha hecho que el pueblo repase los acontecimientos ocurridos en esa casa de casi un año a esta parte, de la manera más arbitraria... o no tan arbitraria. El pueblo tiene su instinto.

—¿Y qué dicen? —preguntó el médico.

—Muchas cosas... *¿Es* posible que ustedes no hayan oído nada?

—Yo no —dijo don Gonzalo.

El veterinario y el guardia asintieron.

—Yo he oído que, según la gente, Joaquinita envenenó a doña Carmen —añadió el cura.

—Eso mismo me han dicho a mí —dijo *Plinio.*

—Yo lo que he oído —dijo el veterinario— es que la mataron entre él y ella. Que, además, era un proyecto viejo que descubrió la Antonia y por eso don Onofre mandó a un guardaespaldas suyo que la matara.

—Es curioso... La gente no sólo adivina las intenciones, sino los hechos exactos —comentó el cura—. Y Dios me perdone.

—Lo que no me explico bien es cómo la «cencerra» se organizó con tanta puntualidad... Si empiezan unos minutos antes pillan a los desposados en la casa.

—Instinto, el instinto del pueblo... Aunque no debió de faltar algún alma caritativa muy próxima a la parroquia que hablase lo que no debía —dijo el cura, y luego quedó gruñendo.

—El que la gente se ocupe de esto nos va a perjudicar ahora, ¿no crees, Manuel? —dijo el veterinario.

—Tal vez sí y tal vez no. Nunca se sabe. Lo que ocurrirá de momento es que, especialmente a usted, a don Lotario y a mí, nos observarán con mucho cuidado, porque supondrán que estamos sobre el negocio.

El veterinario asintió con la cabeza la mar de gozoso y dándose importancia.

—Estos comentarios populares pueden muy bien poner nerviosos a los presuntos culpables y facilitar las cosas —dijo el médico.

—O ponerlos en guardia —replicó *Plinio*—. A nosotros, desde luego, lo que nos conviene es oír cuanto se diga, pero desmentirlo y defender a don Onofre y a Joaquinita en lo posible. No es conveniente que llegue a sus oídos que nosotros nos hacemos eco de la gente.

—Es muy cuerdo lo que dices, Manuel —dijo el cura.

Los recién casados continuaban en su casa de campo «La Poza». Don Onofre venía al pueblo los sábados a pagar a los gañanes y a comprar provisiones, y se volvía con su mujer el domingo por la mañana. Procuraba darse a vistas lo menos posible y no aparecía por el Casino.

Los comentarios de la gente no aminoraron de momento hasta la mañana del Miércoles de Ceniza.

Aquella mañana *Plinio* estaba endemoniado por las últimas disposiciones del alcalde. Ya, diez días antes del carnaval, había aparecido un bando dando instrucciones severísimas para prevenir cualquier desgracia como la del año pasado. Hubo otras instrucciones privadas a la Policía: una de ellas era que hicieran siempre su servicio con el barboquejo caído. Este simple detalle traía de mal talante al jefe de la Guardia Municipal de Tomelloso que no se arreglaba de llevar la correíta pegada a la barbilla. A cada instante se pasaba el dedo por debajo del cuero o se encasquetaba más la gorra para que la tirantez del barboquejo fuera menor. Otras veces iba a quitarse la gorra olvidándose de la sujeción y se pegaba unos tirones de cuello que temía morir estrangulado. *Plinio* decía a sus amigos:

—Creerá el señor alcalde que llevando el barboquejo caído tenemos más autoridad, si no, no me explico.

Por si esto era poco, en prevención de que el Miércoles de Ceniza era el día de más tráfago del carnaval, con el entierro de la sardina, el baile de gala y el concurso de carruajes, el alcalde había dado la orden «descabellada», a juicio de *Plinio,* de que toda la Policía prestase servicio permanente aquel día. La orden tomó desprevenido al jefe, que ¡estuvo de guardia todo el día anterior y tenía la perspectiva de otra noche sin dormir.

De este humor estaba *Plinio* hacia las once de la mañana en el cuarto de guardia, con la gorra quitada por supuesto, cuando sonó el teléfono que había en la pared al alcance de su mano.

Mejor que hablar escuchó unos segundos e inmediatamente colgó. Se encasquetó la gorra, se metió el barboquejo hasta la nuez, y salió calle de la Feria arriba con una velocidad inusitada en él. Algunas máscaras tempraneras, al verlo tan aprisa se volvían a mirarlo. «De caza va *Plinio»,* se decían. Dobló por el pasadizo de Toledo y entró en la puerta de taquillas del teatrillo. Entró como un huracán y se plantó ante la taquillera. No le dio tiempo a hablar.

—Don Isidoro está en el escenario —le dijo la muchacha.

Manuel salió a la misma velocidad que entró, cruzó el patio del teatro, pasó al patio de butacas, ahora sin butacas y convertido en salón de baile. A la luz de la mañana las serpentinas y colgaduras parecían decoloradas. Y por una puertecilla que había en la orquesta, bajo el escenario, se metió arrastrando el sable.

En el escenario —el telón de boca estaba bajado— había varios empleados desenrollando alfombras, moviendo un piano, colocando cortinas... Era la preparación del tradicional baile de gala del Miércoles de Ceniza, con orquesta de Madrid, aquel año con negros y concurso de disfraces.

Don Isidoro, con un gran puro en la boca, el sombrero en la mano y el gabán desabrochado, miraba las maniobras de unos tramoyistas de espaldas al foro por donde entró *Plinio.* Éste se aproximó al empresario y se llevó débilmente la mano a la gorra.

—Buenos días, don Isidoro.

—Buenos días, Manuel. Un momento.

Don Isidoro, con gran calma, dio unas instrucciones más a unos cuantos que estaban a punto de lanzar un piano escenario abajo con sus inhábiles esfuerzos.

Cuando el piano pareció seguro, don Isidoro llamó a *Plinio a* un lado del escenario y puso un pie sobre una alfombra débilmente enrollada.

—Esta alfombra —dijo— es de la guardarropía del teatro. La ponemos cuando viene alguna compañía de verso o en el baile de gala del Miércoles de *Ceniza.*

Plinio asintió.

—Este año —continuó el empresario— no se ha utilizado. Estaba tal como la dejamos el jueves de carnaval del año pasado.

—¿Y cómo la vio y pudo ocultar quien fuera esas cosas que usted me dijo? —preguntó *Plinio.*

—Ya he pensado en eso. He preguntado a los tramoyistas. Hemos sacado la conclusión de que la alfombra debió de quedar enrollada en el escenario, tras el telón, hasta el domingo de Piñata... Allí la debió de ver quien ocultó esas cosas entre sus pliegues.

—¿Y cómo no la vimos nosotros, que rebuscamos por todo el local, incluso en el escenario, como recuerdo perfectamente?

—Debió de ser la fatalidad de que la dichosa alfombra la guardasen en la guardarropía después del baile de la tarde. Cuando hicimos el registro, después del baile de la noche, la alfombra ya estaba en el cuarto de guardarropía, cerrado bajo llave. Allí, naturalmente, no se nos ocurrió buscar los objetos contundentes que se hubieran dejado las máscaras del baile de la tarde.

—El paso al escenario ¿está franco para las máscaras?

Don Isidoro sonrió:

—Sí, porque no tiene llave. Y como la puerta del escenario está junto a la del retrete, más de una pareja se nos cuela en el escenario... para estar más tranquilos.

—Ya... Si esa dichosa alfombra aparece antes, hubiésemos ahorrado muchas cosas —dijo *Plinio,* sentencioso.

Don Isidoro, después de asentir con aire de complicidad, continuó su explicación que consideraba incompleta:

—Hace un rato, momentos antes de llamarle, al desenrollarla Montera y Ramírez, encontraron lo que le he dicho a usted por teléfono.

Plinio echó una ojeada a la gran alfombra, ya más que pasada, que le señalaba don Isidoro con el pie. No vio nada de particular.

—Vamos a ver eso —dijo con cierta impaciencia.

El empresario echó otra pausada ojeada a sus operarios, dio una chupada al puro y con el andar pausado que acostumbraba y un rítmico y pendular movimiento de sus brazos, entró su corpachón por el hueco de una escalerilla estrecha que conducía a los camerinos. Se detuvo ante uno de ellos, abrió con una llave que se sacó del bolsillo, entró delante y encendió una luz pajiza que casi volaba a ras del techo. Luego se quedó mirando a un rincón y mostró a *Plinio* un lío ovalado de tela que fue blanca y ahora sucia de polvo.

Como don Isidoro no parecía dispuesto a agacharse sobre el lío ni mucho menos, *Plinio* se inclinó sobre él y lo desenvolvió con cuidado. Conforme lo iba desliando se daba

cuenta de que se trataba de una gran sábana de cama de matrimonio que en su interior contenía algo duro. Antes de que *Plinio* llegase al objeto envuelto, don Isidoro, poniendo un pie sobre un pico de la sábana, le dijo:

—Fíjese usted en esto.

Plinio miró hacia el ángulo de la sábana que apuntaba el pie de don Isidoro.

—Sangre —dijo el empresario.

Plinio encendió su mechero y miró más de cerca. En efecto, se trataba de unas salpicaduras de sangre ya un poco descolorida.

Plinio levantó los ojos hacia don Isidoro, que por su gran estatura la cabeza le quedaba altísima, envuelta entre la nube de humo de su habano.

—Y en eso —dijo don Isidoro apuntando con el pie a otra zona un poco más alta de la sábana.

Plinio tuvo que volver a encender el mechero. Miró con mucho detenimiento y tocó suavemente con los dedos. Parecía sangre más clara y solidificada.

Manuel alzó de nuevo la vista hacia don Isidoro, con gesto ambiguo.

—Yo diría que son briznas de masa encefálica..., de sesos —aclaró, pues *Plinio* quedó indeciso.

Plinio volvió a mirar. Por fin, casi temblando de emoción, iba a continuar desliando cuando don Isidoro, cambiando su pie al otro pico de la sábana, volvió a decir:

—¡Y en eso!

Plinio tomó el pico y se lo levantó hacia los ojos. Había, bordadas con hilo blanco, dos oes enlazadas.

Plinio, de sorpresa en sorpresa, volvió a levantar los ojos hacia el empresario.

—¡Dos ces! —dijo, quitándose el puro. —Carmen Calabria... —musitó el guardia.

Por fin tiró de la sábana con cuidado y un objeto metálico cayó sobre el suelo. Era un bastón de hierro delgado, con el puño, que fue niquelado, lleno de orín. *Plinio lo* tomó entre sus manos y se puso de pie.

—Es un bastón estoque —dijo *Plinio* mirando la empuñadura.

—Sí, pero quien lo usó no se fijó en lo que era. Mire usted...

Y le señaló el centro del bastón aproximadamente. Sobre el esmalte negro se veían unas manchas y restregones rojizos.

—Más sangre.

Don Isidoro, que en aquel momento reencendía su puro, cosa rara en él, asintió mirando de reojo.

Plinio, con un ligero esfuerzo, sacó el estoque. Estaba completamente limpio. En el puño del bastón había grabado un perro largo, estilizado. Luego lió cuidadosamente la sábana y el bastón.

Plinio, mientras asentía, pensaba en que sus éxitos policíacos habían despertado una gran afición en el pueblo a los asuntos de esta especie y todo el mundo se sentía policía, hasta don Isidoro, hasta el cura... Y sonrió para sí.

—Quien utilizó ese bastón y esa sábana entró en el escenario, cosa bien fácil un día de baile, y metió su disfraz entre la alfombra.

—¿Y luego salió ya sin disfraz? —cortó *Plinio,* malicioso.

—Claro —dijo don Isidoro, pensativo.

—No lo veo claro.

Don Isidoro quedó mirando al suelo, con las manos en la espalda y el puro en la boca.

—Depende de si el... digámoslo, asesino, era persona muy conocida o no lo era —dijo don Isidoro mirando de reojo a *Plinio,* que también parecía pensativo con la sábana bajo el brazo.

—Podía llevar otro disfraz debajo..., total una sábana —dijo *Plinio.*

Don Isidoro, sin quitarse el puro de la boca, comenzó a asentir reiteradamente con la cabeza.

—Lo sorprendente —dijo el empresario— es que se le ocurriera venir a esconder esas cosas a un baile.

—En un baile de carnaval, se esconde todo.

—Lo que me choca también es que supiese que estaba ahí la alfombra.

—O no; entraría por todos sitios buscando un lugar adecuado y se topó con la alfombra...

—Oiga usted, Manuel —dijo don Isidoro después de una pausa—, ¿ cómo sabía usted que el presunto criminal había estado en el baile la tarde del domingo de Piñata y se había dejado algo?

Plinio, antes de responder nada, con gran sosiego, se desabrochó un botón de la guerrera, y del bolsillo interior se sacó una vieja cartera sujeta con una goma y de uno de sus departamentos sustrajo algo envuelto en un papelito de seda. Lo desdobló con cuidado de relojero, y mostró la entrada famosa que encontrase en el estribo del «Gran Paije» de don Onofre.

Don Isidoro la examinó con gran cuidado y se la devolvió al jefe de la Guardia Municipal de Tomelloso, al tiempo que entornaba los ojos. Parecía querer adivinar el sitio exacto donde había sido hallada.

—Esta entrada —dijo *Plinio,* haciéndose cucamente eco del pensamiento del empresario— la encontré la misma tarde del crimen en... cierto lugar.

—Ya.

Plinio, con el lío bajo el brazo se fue derecho al herradero de don Lotario. Allí lo guardaron en la vitrina del instrumental bajo llave. Luego localizó por teléfono desde el herradero al médico forense, y le rogó que fuese. El cura y don Gonzalo, atraídos por los rumores que corrían por la calle, se presentaron casi al mismo tiempo en el herradero. *Plinio* tuvo que enseñarles el hallazgo inmediatamente. Cuando estaban con la sábana y el bastan de hierro sobre la mesa del laboratorio, llegó el forense.

—¿ Recuerda usted las heridas de Antonia, la que mataron el domingo de Piñata del año pasado? —le preguntó *Plinio.*

—Sí.

—¿Con qué cree usted que se las hicieron?

—Ya se lo dije..., con un palo o un bastón.

—¿Pudo ser éste?

El médico lo tomó entre las manos y comenzó a examinarlo con detenimiento:

—Esto es sangre —dijo con voz desganada señalando unas manchas.

—Eso parece.

—No cabe duda —dijo don Gonzalo,

El forense guiñando el ojo miró con el otro el bastón desde la contera:

—Tiene un poco alabeo.

Todos comprobaron la observación del médico.

Luego examinaron la sábana.

—Y eso tampoco cabe la menor duda de que son sesos —afirmó el cura.

—Puede ser —dijo el forense con su acostumbrada ambigüedad.

—Eso lo veremos ahora mismo —repuso don Lotario destapando su pequeño microscopio.

Todos volvieron los ojos hacia el microscopio. Don Lotario comenzó a raspar algunas de aquellas motitas que depositó sobre un «porta». Con mucho cuidado lo colocó en el microscopio y empezó a manipular en él. Miró unos instantes y levantó la cabeza sonriente:

—Vea usted —dijo al forense.

El forense echó el sombrero hacia el cogote y miró con detenimiento:

—Una de las motitas es de barro seco —dijo sin despegar el ojo y con voz de aguafiestas—. Las otras sí.

—¿Sí qué? —preguntó el cura.

—Sí son masa encefálica.

Todos fueron desfilando por el microscopio.

Cuando *Plinio* consiguió quedarse solo, que no fue hasta la hora de comer, pensó seriamente que su plan de trabajo inmediato debía desarrollarlo personalmente, o lo que era igual, con el único auxilio de don Lotario y de sus guardias. No era cosa, llegada la hora de la verdad, de tener que dar cuenta de todos sus pasos y propósitos a todas las fuerzas vivas del pueblo. Además, dada la popularidad que había tomado el asunto, procuraría obrar con el mayor sigilo y hacerse ver lo menos pasible.

El cura le había dicho secretamente en el herradero que don Onofre le había encargado una misa en sufragio del alma de Antonia para la primera hora de la mañana del domingo de Piñata, fecha del aniversario de su muerte.

Consideraba *Plinio* que su primer paso debía ser hacia don Onofre, pero aisladamente, sin la proximidad de Joaquinita. Por ello desterró la idea de ir a «Las Pozas». Era preferible aguardar a que volviese al pueblo el sábado. Para ello había que esperar hasta tres días, pero merecía la pena contener la impaciencia. La contrapartida es que se enterasen del escándalo que había por el pueblo. Pero no era fácil, ya que «Las Pozas» quedaban lejos, y en aquellos días de carnaval no era probable que fuera allí nadie. Tampoco le venía mal el tener reposo aquellos días para madurar adecuadamente el plan a seguir y las posibles complicaciones y sorpresas que podían surgir.

Pasada la euforia del Miércoles de Ceniza, la gente volvió al tema y todo eran cabalas de si Joaquinita había matado a las dos mujeres o había sido don Onofre. Había otro bando que repartía los muertos de manera caprichosa. Unos decían que Joaquinita había matado a la Antonia y don Onofre a su mujer, y otros preferían la combinación contraria. Pues era admitido entre todos que doña Carmen había muerto envenenada.

Debido a su prolongado trabajo durante el martes y el miércoles, *Plinio* pasó todo el día del jueves en su casa. Quería darse a vistas lo menos posible para evitarse molestias.

El viernes apenas salió del cuarto de guardia para tener una conferencia obligada con

el señor juez, que le entregó toda su confianza; y otra conferencia, digamos de cortesía, con el alcalde, que era primo hermano de Carmen. El alcalde estuvo discretísimo y solamente se interesó por el hallazgo de la famosa sábana y el bastón.

El mismo viernes por la noche se entrevistó con don Lotario en su casa y le dio las siguientes instrucciones:

—Mañana por la mañana, temprano, deja usted el «Ford», con la sábana y el bastón, en la portada trasera de la casa de doña Carmen. A las siete en punto nos juntamos en la buñolería de la Rocío. Mientras estamos en la buñolería, que Maleza nos aguarde en el auto.

El sábado por la mañana *Plinio* mandó a un guardia vestido de paisano que vigilase desde un lugar discreto la llegada de don Onofre a su casa y se lo avisase inmediatamente a la buñolería. Sabía que llegaba aproximadamente a las ocho, pero quería ser el primero que hablara con el recien casado.

Luego se marchó a la buñolería, que aquel frío día de febrero estaba poco concurrida a las siete de la mañana.

—*Dichoso lo ojo* —dijo la Rocío al verle entrar.

Y se volvió en seguida a prepararle el café.

—Don Lotario de su *arma* ya se ha ido con los churros para sus niñas. Ha dicho que viene en seguidita.

Plinio, impaciente, tomó un buñuelo que había cortado sobre el mármol y comenzó a comerlo.

Rocío, al servirle el café, le miró con guasa:

—Me han dicho que ahora se dedica usted a *recoge* sábanas viejas. ¿Es que va usted a *poné* una trapería?

Entraron unas mujeres y Rocío se calló. *Plinio* comenzó a mojar con delectación sus buñuelos en el café solo.

Cuando salieron las mujeres, Rocío siguió:

—Le *arvierto* que a mí no me importaría que me mataran estando usted vivo, porque tarde o temprano daba con *er crimina*...

—Ponme otro café, gitana —le dijo *Plinio,* sonriendo.

—¡Ay, *Manué* de mi *arma!* Si no estuviese ya *casao* y tan *pochito,* que se casaba usted conmigo lo saben los guardias, ¡digo!

—Eso puedes asegurarlo —dijo *Plinio.*

—¿No ve... ? Si ya lo sabía yo que usted me tiene ley.

Y comenzó a reír con todas sus ganas.

—Y lo de pochito, no creas, no creas...

—Ya lo sé, sabueso, si *é* por consolarme...

En estas entró don Lotario resoplando bajo la capa.

—Ponme un cafelito con gotas, Rocío, que hace un frío endemoniado —dijo el veterinario.

—¿Ve usted, *Manuel* Con don Lotario no me casaba, lo que son las cosas, aunque tiene carrera y auto...

Don Lotario quedó mirándola con sus ojos vivos y sin comprender.

Plinio comenzó a reír con tantas ganas que se le salía el café por las comisuras.

Luego de consumir su desayuno, ambos amigos encendieron los cigarros y aguardaron en una punta del mostrador mientras Rocío despachaba a la gente que iba llegando.

Sobre las ocho y cuarto apareció el guardia vestido de paisano en la buñolería y le hizo una seña discreta a *Plinio.*

Plinio y don Lotario salieron en seguida.

—Acaba de llegar. El coche está parado en la puerta.

—Tú puedes marcharte —dijo el jefe al guardia—. Usted —al veterinario— me espera en el coche. Hasta luego.

Y *Plinio* salió con paso rápido hacia la calle de la Luz.

La puerta de la casa de doña Carmen estaba entreabierta; no obstante, llamó discretamente.

—¡Pase! —gritó don Onofre desde la escalera. —Buenos días, don Onofre —saludó Manuel, llevándose la mano a la visera.

—¡Hola, Manuel! ¡Cuánto bueno! —le respondió el dueño de la casa, que en aquel momento se disponía a subir la escalera, vestido con una recia pelliza de caza y gorra de visera—. ¡Sube, sube y desayuna conmigo!

Plinio subió la escalera hasta la altura de don Onofre, que le dio la mano con mucha euforia.

Ambos, emparejados, subieron la escalera de mármol. Mientras, *Plinio* pensaba si debía darle su felicitación por el reciente matrimonio. Por último decidió no hacerlo; no resultaba oportuno ni sincero dado el motivo de la visita.

Entraron en el comedor de siempre. La salamandra estaba encendida a todo meter. Vio *Plinio* que habían colgado una gran fotografía de doña Carmen, que la representaba en los años de su mocedad. Sonreía tiernamente y tenía unos guantes blancos en la mano. El pelo rubio, hecho breve moño, enmarcaba aquellos ojos plácidos y dulces. *Plinio* suspiró levemente.

La vieja preparaba el desayuno a don Onofre.

—Tráele a Manuel.

—Gracias, acabo de hacerlo.

—Manuel, no me desprecies una taza de café.

Plinio sonrió.

«Este hombre, lleva razón don Felipe, es un alma de Dios, o es el tío más hipócrita que pisa la Tierra», pensaba el convidado.

En efecto, don Onofre le sonreía con una franqueza y limpieza de gesto, a pesar de su blandura de ademanes, que a *Plinio* se le deshacía por momentos el cúmulo de sospechas que abrigaba contra él.

Trajeron el negro café, humeante y aromático y unas tostadas doradas.

—Tú dirás, mi buen Manuel... —le preguntó don Onofre, sonriendo.

—Vengo... a que vea usted unos objetos que hemos encontrado.

—¿Unos objetos?

—Sí.

—Veamos... —dijo don Onofre, con cara de no comprender.

Plinio se tomó el café de un solo trago y dijo:

—Los tengo ahí abajo. Si me permite usted unos segundos...

Don Onofre hizo una confusa afirmación con la cabeza.

Plinio bajó a la portada y abrió el postigo.

Don Lotario, sentado al volante, leía el periódico.

—¿Qué hay, Manuel?

—Déme usted el fardo.

—Toma. ¿Qué... ?

—Todavía no hemos empezado. Esté usted dispuesto, que así que baje nos vamos de viaje.

—De acuerdo. ¡Suerte!

Plinio llegó de nuevo al comedor, con su lío envuelto en periódicos, y lo dejó sobre un sillón.

—Veamos eso, Manuel.

—Acabe usted su desayuno tranquilo.

—Me tienes impaciente con ese misterio.

—No se preocupe.

Mientras el señor acabó de desayunar hubo un absoluto silencio. Ambos pensaban. Por fin, el mismo don Onofre se puso de pie y fue hacia el paquete. *Plinio* desenvolvió los papeles con cierto cuidado y tiró del bastón de hierro. Lo puso sobre las manos de don Onofre y aguardó. Éste le dio unas vueltas entre sus manos. Y luego sacó el estoque.

—¿Conoce usted este bastón?

Don Onofre afirmó con la cabeza. Y, luego:

—Sí..., estaba en el desván. Era del padre de Carmen... o de un hermano, no sé... Cuando nos casamos y vine a vivir a esta casa, aquí estaba. ¿Dónde lo has encontrado?

—Ahora le explicaré —dijo *Plinio,* mientras desdoblaba la sábana. Buscó el pico donde estaban las iniciales—. ¿Reconoce usted este bordado?

Don Onofre lo miró con detenimiento.

—Sí, es el bordado que lleva toda la ropa de cama de esta casa.

Como sin darle importancia, *Plinio* señaló con el dedo las salpicaduras y manchas que había en los bajos de la sábana.

—Esto es sangre y salpicaduras de sesos...

Don Onofre quedó mirando a *Plinio* con la boca entreabierta y la mirada turbia.

Plinio tomó el bastón y señaló también las manchas marrones que tenía.

—Esto también es sangre.

Don Onofre se sentó en el sillón y quedó laxo.

—¿Dónde has encontrado estas cosas, Manuel?

—Estaban en una alfombra del teatrillo, desde el domingo de Piñata del año pasado. La alfombra que se pone en el baile de gala del miércoles. Al desenrollarla este miércoles, apareció.

Hubo un largo silencio. Por fin, don Onofre, después de beber agua, dijo casi suplicante:

—¿Y qué piensas, Manuel?

—Pienso lo que usted, don Onofre, que estas cosas salieron de esta casa la tarde del domingo de Piñata, la tarde que mataron a la Antonia.

—¿Y quién las sacó? —preguntó con el labio tembloroso don Onofre.

—Sólo tres personas —dijo *Plinio,* soltando las palabras una a una—: doña Carmen, que en paz descanse; Joaquinita..., quiero decir doña Joaquina.., o usted.

Don Onofre se puso la cara entre las manos:

—¡Dios mío! ¡Dios mío! —exclamó.

El silencio se prolongó mucho. Don Onofre seguía con las manos en la cara; por fin, *Plinio* volvió al ataque:

—Cuando el año pasado, a raíz de la muerte de Antonia, vine a hacer unas indagaciones casi protocolarías, ni usted ni doña Carmen pudieron demostrarme de una manera clara que Joaquinita no había salido de esta casa entre las seis y media y ocho de la tarde...

—¿No querrás decir, Manuel, que quien salió fue Carmen... o yo?

—No, no, no es eso lo que quiero decir. Quiero decir que ustedes no tenían la seguridad de que Joaquinita no hubiera salido. Les parecía que no, no habían notado su ausencia, pero la certeza de que permaneció en esta casa no la tenían.

—¿Y qué motivos podía tener aquella chica..., mi actual mujer, para matar a la Antonia? —preguntó con ademanes casi patéticos.

—Eso es lo que quiero que entre usted y yo tratemos de averiguar.

Don Onofre miró a *Plinio* anonadado. Parecía que por momentos su corpachón se iba haciendo insignificante.

—Vamos a ver, don Onofre. Me tiene usted que contestar con toda sinceridad, como si estuviese ante un confesor.

Plinio se había puesto de pie y paseaba llevando el sable ante él cogido con ambas manos.

—¿Qué tal se llevaban habitualmente Antonia y Joaquinita?

—Bien... Antonia era muy rara. Posiblemente tenía celos de Joaquinita, porque Carmen le tomó mucho afecto y Antonia quería tener a Carmen en exclusiva.

—¿Riñeron alguna vez?

—No lo recuerdo; sí había entre ellas.., digamos, falta de cordialidad.

—Bien, bien, algo es algo; sin embargo, eso no justifica el asesinato de la vieja.

—Desde luego, Manuel.

—Vamos a una pregunta más delicada, que le ruego me conteste con sinceridad. Sus relaciones... amorosas con Joaquinita, ¿cuándo comenzaron?

Don Onofre bajó la cabeza. Por fin, casi musitó:

—Hace mucho tiempo... A poco de entrar aquí.

—¿Notó algo doña Carmen?

—La pobre..., no.

—¿Y Antonia? Eso es muy importante. Recuerde bien.

—Era una mujer muy silenciosa. Disimulaba muy bien, pero era astuta y suspicaz. No me era simpática, Manuel.

—Ya... Pero ¿usted cree que notó algo?

—No tengo pruebas, Manuel, pero estoy seguro. No se le escapaba nada.

—¿A usted no le dijo nada entonces?

—No, por Dios.

—Pero a Joaquinita sí pudo decirle, e incluso amenazarla...

—Joaquinita no me dijo nunca nada.

—No habría conseguido más que preocuparle, sin posible remedio. Usted, en conciencia, ¿no podía echar a Antonia?

—No.

—Ahora, un día, Antonia podía decírselo a doña Carmen. Y en ese caso, lo seguro es que doña Carmen le rogase a usted que despidiese a Joaquinita.

—Es posible.

—Entonces Joaquinita decidió ella misma arreglar las cosas por su cuenta.

—¡No, Manuel! Es mi mujer... Lleva un hijo mío en sus entrañas. No puede ser. Hay que arreglar esto como sea... Ella es buena, me quiere mucho... Yo también la quiero, Manuel. Con ella encontré la felicidad del matrimonio. La otra, pobre..., ya sabes.

—Don Onofre, a pesar de lo tremendo que esto es, resulta preferible poner las cartas boca arriba. Usted no sabe con quién se ha casado. De verdad, no tuvo usted vista... Todavía hay algo más grave que usted debe de ignorar...

Don Onofre quedó mirando a *Plinio* con verdadero terror.

—¿Qué, Manuel?

—El médico de cabecera tiene casi la absoluta seguridad de que doña Carmen no falleció de muerte natural.

Don Onofre volvió a ocultar la cabeza entre las manos:

—No...

—Parece que murió asfixiada. Alguien debía esperar con verdadero placer que muriera de una pulmonía, hasta cierto punto provocada, pero cuando el médico dijo que parecía haber pasado el peligro, ese alguien, inmediatamente se ocupó de obrar en lugar de la pulmonía... Casarse con don Onofre era importante... Se pasaba a ser dueña de todo el capital de él y el de los Calabria... Máxime si ya tenía síntomas de embarazo.

Don Onofre seguía con la cabeza entre las manos. *Plinio* no quiso darle reposo, sin embargo.

—Pero usted, don Onofre, no podía estar absolutamente ignorante de todas estas cosas. Son demasiado gordas para que pasen inadvertidas a un hombre de mundo como usted. Algo presentía, ¿verdad? ¿Por qué se casó con ella, entonces? Es muy difícil que nadie lo crea totalmente ignorante. ¿No comprende? Usted odiaba a su mujer, que nunca fue suya totalmente, que siempre, siempre le traicionó con el pensamiento. Que sólo vivió para recordar a su novio... A usted también le interesaba mucho que desapareciese doña Carmen, ¿verdad, don Onofre? —dijo *Plinio* poniéndole la mano en el hombro—. ¿Verdad que usted sabía, no queriendo saber, lo que ocurrió? Usted es el cómplice moral de ella. A la gente no se le escapan las cosas. ¿Y sabe usted lo que dice? Que usted envenenó a doña Carmen.

Don Onofre comenzó a sollozar sordamente. *Plinio* calló. Durante unos minutos paseó por la habitación un poco sofocado, con gesto de gran amargura. Prefirió dejar que don Onofre se desfogase.

En vista de que la congoja de don Onofre se prolongaba demasiado, *Plinio* se entretuvo en hacer cuidadosamente un paquete con la sábana y el bastón de hierro.

Por fin pareció serenarse después de un gran esfuerzo, pero nada dijo.

Plinio miró el reloj.

—¿No tiene nada que decirme, don Onofre?

—No, Manuel... Te ruego que me dejes un poco de tiempo para pensar en estas cosas.

—Como usted quiera. ¿ Nos veremos esta tarde?

—Bueno, aquí estaré.

—Adiós.

Manuel tomó el lío bajo el brazo y salió solo por el corral. Abrió el postigo de la portada.

Don Lotario estaba aterido, envuelto en la capa.

—¡Qué barbaridad, Manuel! Creí que no venías. Manuel dejó el lío en la parte trasera del coche y tomó asiento junto a don Lotario.

No fue fácil arrancar el coche. Cuando el motor petardeaba normalmente, don Lotario preguntó con cierta impertinencia:

—¿ Se puede saber dónde vamos? Estoy helado.

—Vamos a «Las Pozas». ¿Dónde quiere usted que vayamos?

El campo estaba totalmente vestido de invierno. Las viñas asomaban como cabezas casi negras y en las tierras rojizas y pardas apuntaban verdosos los cereales. La llanura completamente callada yacía bajo un cielo límpido y delgado.

Sobre la carretera se dibujaba la sombra del «Ford» de don Lotario como un tinglado altísimo y un poco en tenguerengues.

Plinio iba encogido, con ambas manos en los bolsillos de la pelliza y la gorra metida hasta las cejas.

Don Lotario, como siempre, iba como apescado al volante, mirando los accidentes del camino con verdadera ansiedad.

—¿ Qué dice don Onofre? —preguntó al guardia.

—Nada, absolutamente nada. Se ha limitado a escuchar y a llorar.

—¿Y ahora vamos a interrogar a Joaquinita?

—Sí... A intentarlo por lo menos...

—Tú sabes más de estas cosas que yo, Manuel, pero si ésta se niega a hablar también, con todo nuestro golpe de sábana y bastón, no hacemos nada.

—Ya lo sé. No tenemos más remedio, para coger la fruta de estos árboles, que menearlos una y otra vez a ver si cae algo.

—¿Tú no fías más que en eso? No me engañes, Manuel... Tú tienes algún otro plan.

—No, don Lotario. No fío más que en eso y en la Providencia. Esto es como una partida de cartas, sabes que uno de los jugadores tiene los triunfos, pero no puedes volverles las cartas a la fuerza para verlas. Como uno no las enseñe por descuido o cálculo, estamos perdidos.

—El pueblo está muy interesado en este asunto, Manuel.

—El pueblo que se meta en sus cosas.

—Te juegas tu prestigio.

—Prestigio..., prestigio... Yo lo que necesito es que me suban el sueldo.

Pasaron un repecho y aparecieron los chopos que rodeaban la casa de «Las Pozas». El olor del río llegó hasta ellos. En lo alto de un cerrito próximo se veía, en silueta, un labrador inclinado sobre el arado, arrastrado por dos mulas.

—¡Qué finca han hecho aquí! —exclamó don Lotario.

Plinio no contestó.

Entraron por el camino particular de la finca.

—Párese usted un poco apartado de la casa. A ver si podemos llegar muy de sorpresa.

—Me parece bien. ¿Yo voy contigo?

—Sí..., a ver si así entra usted en calor. Pare aquí mismo. Coja usted el paquete. Vamos a ver cómo pinta esto.

Llegaron sin ver a nadie hasta la puerta principal de la casa. Al entrar a una especie de zaguán con trofeos de caza se dieron de manos con Pedro, que quedó un poco sorprendido al ver al guardia y a don Lotario.

—¿Dónde está Joaquinita? —preguntó *Plinio* con aire amenazador.

—Ahí... —señaló el viejo casi temblando—. Está con su padre...

Plinio se dirigió a la puerta que señalaba el viejo y abrió. Ya dentro, preguntó:

—¿Se puede?

Joaquinita y su padre, sin duda interrumpidos en la conversación por tan brusca llegada, quedaron sentados, mirando a los que entraban con cierta hostilidad.

Don Lotario dejó el paquete encima de la mesa y las miradas del padre y de la hija fueron hacia él con poco disimulo.

Joaquinita y su padre estaban sentados junto a la chimenea encendida y crepitante.

Durante unos segundos nadie dijo nada.

Por fin, Joaquinita, cuyo embarazo se notaba ostensiblemente, se esforzó en dulcificar el gesto:

—Acerquen sillas y siéntense..., si vienen de asiento.

—¡Vaya un frío que hace! —dijo *Plinio,* una vez sentado y alargando las manos hacia la lumbre.

Como volvió el silencio, Joaquinita habla de nuevo:

—¿Venían ustedes aquí o van de paso?

—Esto no es paso para ninguna parte —respondió *Plinio.*

—Hombre, la carretera... —apuntó Inocente.

—La carretera, sí, pero el camino de la finca, no.

—¿Quieren ustedes tomar algo?

—Muchas gracias. Traemos aquí unas cosas que queremos que veas...

—Muy bien.

El padre de Joaquinita, con su cara delgada, bien empotrada la boina, no perdía de vista, con sus ojillos redondos, los movimientos de Manuel. Estaba más pálido que nunca y sus labios finos y resecos se apretaban entre un acoso de arrugas que le convergían en la boca.

Plinio hizo una señal a don Lotario para que acercase el paquete.

—¿Cuándo ha venido usted del pueblo? —preguntó *Plinio* al padre de Joaquinita a bocajarro. —Est... —empezó a decir el hombre.

—No viene del pueblo —interrumpió ella.

—Vengo de la casa —dijo el viejo sordamente.

—Usted ha venido esta misma mañana del pueblo —afirmó *Plinio* con rotundidad.

—Si usted lo dice...

—¿Dónde tiene usted el carro?

—Ahí, en el porche.

—Vaya usted, haga el favor, don Lotario, a ver qué hay en él.

Don Lotario, que había dejado el paquete sobre las piernas de *Plinio,* salió rápido.

—¿Se puede saber a qué vienen estas preguntas? —dijo Joaquinita simulando dignidad.

Plinio desenvolvió los paquetes con pausa.

—Caprichos que tiene uno. Tomó el bastón entre sus manos y lo enseñó.

—¿Tú has visto esto alguna vez?

Joaquinita simuló fijarse.

—No, señor. No recuerdo haberlo visto.

—¿Y esta sábana? —añadió poniéndole el bordado cerca de los ojos.

—Es una sábana de mi casa.

—Eso es de «tu» casa..., y esto también es sangre de «tu» casa.

—Ya sé por dónde va usted —dijo, mirando a su padre.

El padre asintió con la cabeza y sacó una media sonrisa.

—Esto es lo que llevaba la máscara que mató a la Antonia—dijo ella.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo sabe todo el pueblo.

—¿Y cómo sabes tú que lo sabe todo el pueblo? —inquirió *Plinio* mirando al padre.

En aquel momento entró don Lotario.

—¿Qué hay en el carro?

—En las bolsas hay paquetes de comestibles de «Casa Soubriet» y sardinas frescas.

—Está bien, don Lotario. Siéntese a la lumbre que estamos aquí con un poco de plática. —Y dirigiéndose al padre de Joaquinita—: De modo que usted le ha traído la noticia... Eso está bien. Nos ahorramos muchas explicaciones —continuó *Plinio*—. Pero el pueblo también sabe quién mató a la Antonia.

—¿Ah, sí? ¿Quién?

—Tú.

—¿ Qué le parece a usted, padre? —dijo Joaquinita sin inmutarse.

—El pueblo está equivocado y usted también —dijo el padre lacónicamente.

—Entonces, sólo ustedes saben la verdad, por lo que veo.

—La mató mi yerno —dijo el viejo sin dejar de mirar a la lumbre.

—¿Es posible? —dijo *Plinio,* mostrándose muy sorprendido y mirando a Joaquinita y luego a don Lotario.

—¿Usted puede probar esa grave acusación? —le preguntó *Plinio.*

—Yo, no; pero mi hija, sí.

Plinio sacó la petaca en señal de gravedad y de proximidad de asuntos importantes, dio a todos, y se puso a liar un cigarrillo. Luego de un breve silencio, se dirigió a Joaquinita con tono profesoral:

—Estoy esperando que hables.

—No tengo que decir más de lo que ha dicho mi padre. Desgraciadamente, él la mató.

—¿Por qué?

—Ella sabía que Onofre y yo nos veíamos a solas y amenazó con decírselo al ama

Carmen.

—Ya... ¿Y tú sabías que él la iba a matar?

—No. Pero lo vi salir aquella tarde, hacia las seis.

—¿Por dónde salió?

—Por la portada.

—¿Vestido de máscara?

—Sí.

—¿Con esto?

—No; iba vestido de militar antiguo.

—¿Y esto? —dijo *Plinio* señalando la sábana.

—Llevaba un lío bajo el brazo que debía de ser la sábana y el bastón.

—¿Cuándo volvió?

—Poco después de las siete.

—¿ Él sabe que tú lo viste?

—No. Yo me imaginaba algo y lo aceché.

—¿Por qué no lo denunciaste?

—No estaba segura y además yo no soy chivata... si llegaba el caso.

—¿Cómo te casaste entonces con un criminal?

—Como no se descubrió... No todos los días el amo quiere casarse con una criada como yo. Además, estaba embarazada.

—Y a doña Carmen, ¿quién la mató?

—Él.

—¿Lo viste tú?

—No lo vi, pero fue el único que entró en el cuarto después de marcharse el médico. Estuvo un rato largo y luego vino al comedor hasta las doce.

—¿Tú sabías que doña Carmen no había muerto por enfermedad?

—No lo supe hasta que me dijeron lo que corría por el pueblo, pero no me extrañó.

—¿Tú sabes cómo la mató?

—Dicen que la envenenó.

—Si se enamoró de mi hija, no había necesidad de hacer tantas tropelías; todo se arregla con el tiempo —terció el padre sentencioso.

—Bueno, pues, vamonos —dijo *Plinio.*

—Esperen y tomen un bocado —dijo Joaquinita.

—No. Y ustedes se vienen con nosotros también. Esta declaración hay que repetirla en el Juzgado y firmarla.

El padre y la hija se miraron indecisos.

—No hay más remedio —concluyó *Plinio.*

Al cabo de una media hora arrancaba de nuevo el «Ford» de don Lotario con los cuatro viajeros.

Al amor del mediodía el sol caldeaba un poco más. Desde lejos el pueblo se veía como una cinta blanca, coronado de la torre negruzca de la iglesia y de las altas chimeneas de las fábricas de alcohol, que desliaban unos humos densos y grisantones.

Plinio, por el retrovisor del coche, observaba de reojo las caras de Joaquinita y su

padre.

Él, pequeño, delgado y vestido con chaqueta de pana lisa y boina, tenía una expresión impasible. Sus ojos, pequeñísimos, parecían reflejar las cosas más que mirarlas. Sus labios, pequeños, finos y resecos, parecían algo mineral o arcilloso.

Joaquinita, palidísima, ancha la frente, correctos los rasgos y de ojos grandes, parecía haber envejecido mucho durante los últimos meses. Su perfil acusaba una fortaleza y decisión propias de un carácter que hasta hacía muy poco no se habría adiviando en ella. Erecta en el automóvil, totalmente inmóvil, llevaba la cabeza levemente vuelta hacia el paisaje. Como un muñeco o una estatua se movía al impulso de los movimientos del auto, sin la menor flexibilidad, como zarandeada. *Plinio* se fijaba especialmente en sus manos, entre delicadas y fuertes, cruzadas a la altura del estómago, sobre su vientre ostensiblemente abultado, inmóviles. Representaba una extraña mezcla de labradora y de señorita, con una cabeza llena de ideas fuertes y decisivas.

Plinio cerraba los ojos e intentaba recordar aquella Joaquinita de un año antes que viese contadas veces. Aquella Joaquinita más bien delgada, suave, escurridiza, graciosa como un gato. Y al compararla con la que ahora veía en el retrovisor, sentía la misma sensación que cuando en muchas ocasiones veía juntas a una mujer todavía joven, junto a su hija ya mocita y en edad de merecer.

Al entrar por las primeras casas del pueblo el padre y la hija se miraron un momento, como dándose ánimos.

Pararon ante la puerta del Juzgado y los cuatro subieron con rapidez.

Como una hora después, *Plinio,* acompañado de don Lotario, entraba en casa de don Onofre.

Entraron en el comedor y don Onofre estaba sentado donde lo dejase *Plinio.*

—Adelante —dijo el dueño de la casa con gran serenidad mientras introducía un pliego de papel en un sobre—. Perdonen un momento —dijo mientras escribía una dirección en el sobre—. Es el borrador de mi testamento —añadió con gran calma.

Plinio y don Lotario se miraron un poco confundidos.

Don Onofre sorprendió la mirada y sonrió. Luego se miró las manos.

—Has ido a hablar con mi mujer, ¿verdad?

—Sí.

—¿Y qué? ¿Has sacado algo en claro?

—Las pruebas están contra ella —dijo *Plinio* sin titubear.

—Las pruebas... mienten —dijo don Onofre con solemnidad—. Yo maté a la Antonia y a Carmen.

—¿Por qué? —dijo *Plinio* sin pestañear.

—Porque quería casarme con Joaquinita. —Es una buena razón. ¿Y qué tenía que ver Antonia con eso?

—Antonia sabía que yo tenía relaciones con Joaquinita.

—Podía usted haberla despedido... —Le hubiese dado un gran disgusto a Carmen.

—Mayor disgusto le dio matando a su vieja criada y... luego a ella —dijo don Lotario.

—¿Cómo la mató? —preguntó *Plinio,* rápido. —Pues... me vestí de máscara.

—¿Cómo?

—Con una sábana..., esa sábana. La esperé en el callejón de la vaquería y...

—Y luego, ¿qué hizo?

—Me fui al baile y escondí la sábana y el bastón en una alfombra.

—¿ Dónde estaba la alfombra?

—En... en un pasillo interior.

—Y luego salió usted del baile vestido de paisano, tal como va ahora.

—Eso es.

—¿No le parece que era algo expuesto?

—No; a mí me gustaba dar una vuelta siempre por los bailes con los amigos.

—Pero esta vez salió solo.

—Sí.

—¿Por dónde salió de su casa?

—Por la portada.

—Y a doña Carmen, ¿cómo la mató?

—Le eché un veneno en la medicina.

—¿ Qué veneno?

—Estricnina.

—¿Dónde la compró?

—La tenía yo.

—Todavía le quedará... Enséñemela. —Y cambiando el tono de su voz, espetó—: Usted no mató ni una mosca, don Onofre. Pero de todas formas véngase al Juzgado a firmar esa declaración.

Don Onofre, de pronto, empezó a sollozar, al tiempo que se levantaba y obedecía el mandato de *Plinio.*

—Se trata de mi hijo, Manuel, de mi único hijo...

Fueron al Juzgado en el coche de don Lotario. Mientras el juez quedaba con don Onofre en su despacho, *Plinio* y don Lotario sacaron a Joaquinita y a su padre, que habían sido ocultados en la habitación del Registro Civil mientras entraba don Onofre. En el coche los llevaron a casa de la calle de la Luz. Ya en el comedor *Plinio* cerró la puerta y, de pronto, se dirigió a Joaquinita.

—Cuando don Onofre, tu marido, volvió a matar a Antonia, ¿tú le viste entrar?

—Sí...

—¿ Venía vestido de paisano?

—No... de militar. Como salió.

—Vamos a ver ahora mismo ese traje.

—Yo no sé dónde está... Espere, sí. Salió Joaquinita y detrás el padre, don Lotario y *Plinio.* Llegaron a un cuarto de baúles. Joaquinita, con gran serenidad, abrió uno. Sacó unas cuantas prendas y, por fin, apareció un antiguo uniforme de caballería. Un fuerte olor a naftalina se esparció por la habitación.

—Ése es —dijo señalándolo.

Plinio cogió la chaqueta y pantalones; colocó unas prendas encima de las otras, en el aire.

—Este traje no le cabe a don Onofre aunque adelgazase treinta kilos y lo cortaran por la mitad —dijo *Plinio a* gritos. Y, de pronto, volviéndose hacia el padre de Joaquinita, le puso el traje delante y gritó—: ¡A usted sí que le iría bien!

El viejo dio una especie de respingo, como si le amenazaran con un hierro al rojo.

Plinio, entonces, dejando caer el traje, tomó el viejo de las solapas de la chaqueta y le pegó un tremendo testarazo contra la pared.

—¡Canalla! ¡Qué bien le habría venido... !

—¡Cuidado, Manuel! —gritó don Lotario—. ¡La navaja!

El padre de Joaquinita había sacado una gran navaja del bolsillo de la chaqueta y acababa de abrirla cuando el veterinario dio la voz. *Plinio* soltó su presa y dio unos pasos hacia atrás, al tiempo que desenvainaba el sable, un tanto herrumbroso.

—¡Suelta el arma, desgraciado! —dijo al tiempo que ponía la punta del sable en la barriga del viejo.

El hombre, con la cabeza un poco echada hacia delante, entornados los ojos, su breve boca entreabierta, continuaba amenazante a pesar de que casi sentía en su carne la punta del sable de *Plinio.*

—¡Suelta! —volvió a gritar *Plinio* al tiempo que hacía más presión.

—¡Suelta, padre!

Por fin, el viejo, sin dejar de mirar al guardia con el mayor odio, dejó caer la navaja.

Plinio, con la mano libre, se sacó del bolsillo trasero del pantalón sus viejas esposas de cadena.

—Póngaselas usted, don Lotario.

El veterinario tomó las esposas y, con agilidad y no sin esfuerzos, maniató al padre de Joaquinita.

Plinio tomó la navaja del suelo y se la guardó en el bolsillo.

—¡Qué familia más bien avenida, don Lotario! El padre quitó de en medio a la Antonia, y la hija al ama...

—Su cuenta les tenía —respondió el veterinario,

—Yo no maté a nadie —dijo Joaquinita, con voz que quería ser enérgica.

—Eso nos lo vas a explicar allí en la cárcel, donde yo tengo medios muy buenos para hacer hablar a las niñas precoces.

—Tú no puedes detener a mi hija —dijo U viejo.

—Ya lo creo, y para muchos años. Vámonos —añadió *Plinio.*

Después de las completas declaraciones de los detenidos, Manuel González, alias *Plinio,* pudo reconstruir totalmente el crimen de la Antonia y el de doña Carmen de la siguiente manera:

La noche del domingo de carnaval, cuando don Onofre visitaba a Joaquinita en su habitación, ella creyó oír un leve ruido en la puerta. Abrió de pronto y vio a Antonia, inmóvil junto a la puerta. Nada se dijeron. Antonia miró a Joaquinita fijamente, sin pestañear, con un gesto duro, de reproche. Como Joaquinita titubease un momento, Antonia se llevó el dedo a los labios, pidiendo silencio. Joaquinita entró de nuevo al cuarto cerrando la puerta tras de sí.

—¿Qué era? —le preguntó don Onofre.

—Nada. Creí haber oído un ruido.

Al día siguiente, lunes de carnaval, Antonia habló a solas con Joaquinita:

—Oye, niña, el próximo sábado, cuando venga tu padre al pueblo, te vas a ir con él para siempre. Dirás a los señoritos que te sientes un poco mal y que deseas ir unos días al campo para reponerte, ¿entiendes? Unos días que serán toda tu vida.

—¿Y si no me da la gana?

—Si no te da la gana, ahora mismo le digo a doña Carmen tu desvergüenza y no hay necesidad de esperar al domingo... Si quiere el señorito seguir viéndote, que sea en otro lado. Aquí no, porque a mí no me da la gana.

Joaquinita lloró un poco y después cambió de actitud. Prometió a Antonia seguir sus instrucciones.

El sábado por la mañana, Joaquinita y su padre tuvieron una larga y secreta conversación, en la que se convinieron los planes ulteriores.

Joaquinita dijo luego a Antonia que su padre permanecería en el pueblo hasta el lunes, después de Piñata. La vieja se mostró conforme.

El domingo de Piñata, Joaquinita, con el mayor secreto, abrió el postigo de la portada que daba al callejón del Zurdo. Entró su padre hasta una cocinilla que se utilizaba para lavar. Allí Joaquinita le entregó un lío de ropa, y volvió inmediatamente al piso superior.

Media hora después, Joaquinita, desde la galería de cristales que daba al corral, hizo una seña a su padre, que aguardaba oculto bajo la gavillera. Inmediatamente el hombre salió a la calle por la portada con un lío de ropa bien envuelto bajo el brazo... Pronto se perdió entre las máscaras, camino del derruido cuartillejo de junto a los paseos del cementerio.

La súbita enfermedad de doña Carmen dio a Joaquinita y a su padre la esperanza de una muerte inmediata. Pero aquella noche, cuando don Gonzalo el médico, ante don Onofre, el padre de Joaquinita y ésta, declaró que la enfermedad había hecho crisis, una mirada de inteligencia se cruzó entre padre e hija.

Sin que mediasen palabras, y mientras don Onofre cenaba, Joaquinita pasó a la alcoba de doña Carmen. La habitación estaba iluminada solamente por una luz de mariposa en aceite. La señora dormía casi boca abajo, según su costumbre. Joaquinita se aproximó a la cama. La volvió con cuidado un poco más hasta dejarla completamente boca abajo y entonces, desconfiando de sus fuerzas, apagó la mariposa, se subió en la cama y se sentó sobre la *cabeza* de doña Carmen, apoyándose con los talones en el cuerpo de la víctima para hacer mayor fuerza. Así permaneció largo rato, hasta notar que el cuerpo de doña Carmen no rebullía. Entonces, bajó de sobre su ama, encendió de nuevo la mariposa, colocó el cuerpo de doña Carmen en la postura que le era habitual, le cerró la boca y los ojos y, con pasos muy suaves, salió de la alcoba por la puerta que daba a la galería de cristales.

En la cocina encontró a su padre, que comía con gran apetito. Se miraron sin decir palabra, y Joaquinita se puso a cenar en su compañía.

EPÍLOGO

Cuando don Lotario y *Plinio* se encontraron a tomar café la tarde de aquel azaroso sábado de carnaval, último capítulo de los crímenes de la calle de la Luz, el veterinario, con gesto de humildad y de admiración a la vez, dijo a su maestro:

—Lo que todavía no he comprendido, Manuel, es cómo supiste que el autor del primer crimen fue Inocente, el padre de Joaquinita.

Manuel, antes de responder, se pasó la mano por la boca. Luego, tomó un sorbo de café. Por fin, entornó los ojos:

—Cuando vimos en «Las Pozas» al padre y a la hija juntos, comprendí su complicidad. Era casi seguro, según las declaraciones de don Onofre y de doña Carmen a raíz del primer crimen, que Joaquinita no había salido a la calle durante todo aquel domingo de Piñata... Encendió la luz del gabinete de su señora al ponerse el sol, es decir, aproximadamente a la hora en que el crimen estaba cometiéndose... Por último, cuando cogí el uniforme famoso entre mis manos, al alzarlo para comprobar si podía venirle bien a don Onofre, noté en los ojos de Inocente una mirada tan extraña..., y resultaba un uniforme tan apropiado para su talla, que no dudé que fuera él. Casi sin pensarlo me lancé sobre él para compararlo. Luego, cuando íbamos hacia el Juzgado, registré los bolsillos del uniforme que yo llevaba en el brazo, como usted recordará, y encontré briznas de tabaco basto, de picadura... Aquella prueba, ya tardía, me quitó las pocas dudas que podían quedarme.

—Yo, cuando le vi sacar la navaja, me di cuenta de que habías acertado.

—Probablemente lo habría hecho igual por defender a su hija.

—No creo.

Plinio concluyó el puro con deleite.

—Mañana, seguro que la Rocío te invita a desayunar.

—Y a usted también...

En la puerta del salón apareció don Gonzalo, que avanzó con los brazos abiertos hacia Manuel. Cuando estaban en pleno abrazo llegó también el cura:

—No puede uno fiarse ni de los «inocentes», Manuel —dijo a grandes voces.

Todos los del Casino rieron.

SEGUNDA HISTORIA

EL CHARCO DE SANGRE

Sobre la arena del paseo de la Estación, *Plinio y* don Lotario se distraían en ver la rotación de su sombras.

Cuando pasaban exactamente bajo uno de los focos que colgaban sobre el centro del paseo, su sombra apenas era un disco negro que rodeaba sus pies. A medida que daban unos pasos y la luz quedaba atrás, las sombras del veterinario y el guardia se iban alargando hasta ser como unas cintas inmedibles, negroazuladas, sobre la arena amarilla.

Paseaban despacio por el paseo solitario, disfrutando de la placidez de la noche casi otoñal.

Hacía pocos días que concluyó la feria, y el pueblo se preparaba para la vendimia. El verano, atenuado por las calendas setembrinas, lograba una temperatura ideal. Todo resultaba plácido, cómodo, quieto. Ni viento, ni calor, ni frío. De vez en cuando, perezosamente, una hoja caía de las moreras. Y caía sin ansia, planeando con capricho, hasta posarse levemente sobre el suelo, o sobre uno de los bancos de cemento que se alineaban a lo largo de los paseos.

Plinio y don Lotario, animados por la placidez de aquella noche milagrosa, cansados de estar sentados en la terraza del «Casino de San Fernando», donde todo el mundo hablaba de la próxima vendimia, decidieron darse un paseo hasta la estación.

Caminaban, como casi siempre, sin hablar, sumidos en sus ideas particulares, en sus sueños, en sus grandes aventuras mentales. Aventuras en las que siempre intervenían conjuntamente los dos amigos.

Plinio caminaba con las manos a la espalda. Con el sable mal ceñido, casi a rastras, como siempre. Don Lotario, con ambas manos en los bolsillos de su ceñida americana, el sombrero un poco echado sobre las cejas y los pies ligeramente zopos.

Paseaban muy lentamente, mirando al suelo, mirando las sombras de sus cuerpos que se estiraban y se encogían, según su posición bajo los focos. Cuando llegaron al final del paseo, a pocos pasos de la estación, quedaron parados un poco indecisos. Don Lotario miró hacia el último banco de los paseos.

—¿Q*ué* te parece, Manuel, si nos sentamos y echamos un cigarrito?

—Vale.

Se dirigieron hacia el banco, con su habitual parsimonia. Cuando llegaron a él, don Lotario ya llevaba la petaca en la mano. *Plinio* sacó el papel.

Se sentaron de espaldas a los paseos, dando la cara a la acera de cemento, a San Isidro. Como la luz quedaba tras ellos, sus sombras se dibujaban ahora sobre el cemento de la acera.

Liaron dos cigarros de mucha consideración.

Plinio sacó su mechero «de petaca» con llama descomunal. Dieron la primera chupada, y junto a sus sombras, en la acera, surgió, tenue, la sombra del humo que exhalaban por la boca y nariz.

Los dos hombres, quietos, fumaban en silencio sentados en aquella noche plácida, estaban a gusto. Una hoja amarillenta cayó suavemente sobre el negro sombrero de don Lotario. Él no se dio cuenta.

Plinio, sonriendo casi con ternura, se la quitó con suavidad.

Don Lotario se lo agradeció con otra tierna sonrisa.

Un hombre dobló la esquina de San Isidro, procedente del paseo de los Foudres. Al pasar ante los dos amigos saludó tímidamente haciendo ademán de llevarse la mano a la boina.

Apenas hubo pasado, *Plinio,* interrumpiendo el ademán de llevarse el cigarro a la boca, quedó mirando al suelo. Sobre los tres o cuatro metros que había desde la esquina hasta el banco se veían unas huellas de las botas del hombre que acababa de pasar.

Luego, *Plinio* miró hacia el que se alejaba. Las huellas, cada vez más débiles, seguían hacia el pueblo.

Don Lotario miró en la misma dirección que *Plinio.*

—¿Qué miras, Manuel?

Iba a responderle el jefe; incluso hizo ademán de señalar, cuando dos hombres más doblaron la esquina hacia ellos.

Plinio les miró a los pies. Uno de ellos también dejaba unas huellas oscuras, untuosas, sobre el cemento.

Pasaron sin saludar. Apenas se alejaron unos pasos, *Plinio* se levantó con rapidez, y se inclinó sobre las huellas. Sacó su mechero de gran llama y, encendido, lo aproximó al suelo.

Con el mechero en la mano retrocedió siguiendo las huellas hacia la esquina, hacia donde eran más densas.

Don Lotario, inclinado también, le seguía.

Así, inclinados, andando como si estuvieran jugando a la pídola, con el mechero en la mano, siguieron en la dirección contraria de las huellas, hasta la esquina.

—Esto es sangre, Manuel.

Plinio se incorporó, frunciendo la boca y apagó con rapidez el mechero, que ya le quemaba los dedos.

Don Lotario encendió el suyo. Apenas vuelta la esquina, anduvieron dos o tres pasos; frente a la acera de San Isidro, al mismo pie de la tapia, vieron un gran charco de espeso líquido.

Don Lotario metió un dedo en el charco, se lo acercó al mechero y luego lo pegó y despegó varias veces con otro dedo, como para comprobar si aquel líquido era pegajoso.

—No cabe duda, Manuel, es sangre.

Plinio, sin responder, había encendido de nuevo su mechero y lo aproximó a la pared encalada, en la que se veían restregones de un rojo oscuro, de un indudable rojo de sangre.

—¿Será humana? —preguntó *Plinio* como para sí, aunque en voz alta.

Don Lotario sonrió con cara traviesa.

—Eso lo sabremos en seguida.

Y de su gran *cartera,* que sacó del bolsillo interior, extrajo un cristalito portaobjetos

de su microscopio. Lo mojó en el charco y se quedó con él en la mano, aguardando a que se secase.

Plinio, que había apagado de nuevo el mechero, parecía pensativo. Don Lotario estaba con el cristal entre los dedos escrutando el semblante de *Plinio.*

Plinio encendió de nuevo su mechero e, inclinándose, lo aproximó al charco, pero no hacia la pared, sino hacia la orilla opuesta. Era un charco en forma ovalada, sobre un leve hundimiento del terreno de unos cincuenta centímetros de foco aproximadamente.

—Es un gran charco, ¿eh, Manuel?

Plinio, obstinado en su silencio, comenzó a andar hacia la cuneta del paseo de los Foudres.

Don Lotario le siguió. Se veían gotas gruesas de sangre que seguían hasta la cuneta, y, saltada ésta, sobre los adoquines de la carretera durante unos sesenta centímetros hacia el centro de la calzada. Luego, el chorreón, más que gotas aisladas, se interrumpía totalmente.

Plinio, que volvía a quemarse, apagó el mechero, pero siguió dando vueltas en torno a donde estaba el goterón. Don Lotario iba junto a él, también con su mechero encendido.

I

Durante un largo rato ambos hombres fueron desde el charco a la calzada y de la calzada al charco; por fin, *Plinio* dio por acabada su inspección y se puso derecho, llevándose ambas manos a los ríñones, resentidos por tan prolongada inclinación.

—¿Echamos otro cigarro, don Lotario?

—Vamos —dijo el veterinario al tiempo que se sacaba la petaca con la mano que le quedaba libre.

—Pero vamos a nuestro banco —añadió *Plinio* tomando la petaca.

Ya sentados, y mientras *Plinio* liaba, don Lotario, una vez comprobado que se había secado la sangre que había en el portaobjetos, cuidadosamente lo lió en un papel y lo guardó en su cartera.

Cuando ambos amigos chupaban ya de sus cigarros recién liados, *Plinio* habló:

—¿Sabe usted lo que digo?

—¿Qué, Manuel?

—Que, ahora que caigo, esta vez me tocaba a mí sacar tabaco.

—¡Qué cosas tienes, Manuel! Yo creí que ibas a hablar de la sangre.

Plinio sonrió con aire bonachón.

—Porque esa sangre es muy reciente, Manuel. Sangre de hace media hora lo más, si no se habría coagulado.

—Ya... ¿Qué hora es?

Don Lotario sacó su reloj de oro y se inclinó un poco para que la luz que tenía a su espalda incidiese sobre el reloj.

—La una.

—Hace una hora que llegó el tren.

—Sí; cuando nosotros salíamos de la plaza llegaba el coche de Paco.

—Caso de tratarse de un crimen, ocurrió después de la llegada del tren.

—Claro, y claro que es un crimen, ¿qué va a ser?

—Que hayan matado un gorrino —dijo *Plinio* sonriendo.

—¡Qué cosas tienes, Manuel!

—Sí, hombre, todo puede ser.

—O alguna cosa de... mujeres. **Ya** sabe usted que por ahí vienen parejas.

—Eso ya es otra cosa... ¡Estaría bueno!

—Por eso hay que andar con tiento, no vayamos a tocar el violón.

—El tren llegó a las doce en punto. Lo más probable es que lo que ocurrió fuese hacia las doce y media, cuando ya no había gente por aquí. Es decir, aproximadamente cuando nosotros llegábamos al principio del paseo.

—Sí, lo que haya ocurrido debió de ser a esa hora. La sangre estaba fresca...

Plinio, súbitamente, se puso de pie.

—¿Vamos a ver si hay alguien en la estación?

—Bueno, vamos. ¿Crees que esto puede tener alguna relación con la estación?

Llegaron ante el charco de sangre y *Plinio* se detuvo de nuevo junto a él. Lo tocó suavemente con el dedo.

—Ya está casi seco.

—Y hay una gran cantidad.

Plinio asintió con la cabeza; y ahora que ya parecía no venir a cuento contestó la pregunta hecha por don Lotario.

—Muy bien puede ocurrir que esto —señaló el charco con la punta del pie— nada tenga que ver con la estación... Pero por la hora en que ha debido de ocurrir, y por estar relacionada con la estación la mayor parte de la gente que por aquí anda, por la estación hemos de comenzar la indagación. ¿Qué le parece? —preguntó el jefe con cierta sorna.

—Que está muy bien, Manuel.

Echaron a andar hacia la puerta de la estación, que quedaba a unos cien metros del final de los paseos.

—Así que don Luis el boticario analice esta sangre, sabremos si el muerto o herido es hombre, mujer o animal —dijo don Lotario como para sí.

Plinio volvió a su tono de sorna. La verdad es que en los principios de todo trabajo siempre se ponía nervioso.

—Total, que sin ese análisis nunca sabríamos si el herido o muerto es hombre o mujer...

—Hombre, Manuel, seguro que tú acabarías por averiguarlo; pero la ciencia es un gran auxiliar.

—L*a* ciencia, la ciencia... —rezongó el guardia—. Lo importante es el caletre, don Lotario, el caletre, no lo olvide.

—Ya lo sé, Manuel...

La puerta de la estación estaba encajada. *Plinio* le dio un puntapié a pie plano y se abrió.

Pasaron al vestíbulo y salita de taquillas, que estaba sin luz y salieron al andén. Sentados al fresco, bajo los árboles, estaban el jefe de la estación y su mujer.

—Hemos tenido suerte —comentó *Plinio* al verlos.

Después de cambiar saludos y de saber que los visitantes «venían de asiento», el jefe sacó de su despacho dos sillas.

Plinio, en vez de empezar preguntando, según era su costumbre, cambió de táctica y

empezó por explicarle al jefe de estación lo del charco de sangre que había enfrente.

El jefe escuchó la relación con gesto de extrañeza.

—¿Ha visto usted algo anormal, Contreras? —preguntó al fin *Plinio.*

—No, señor, nada.

Se levantó el jefe sin añadir palabra, entró en su despacho y en seguida salió con un factor de servicio y un vigilante.

—¿Vosotros habéis visto algo anormal esta noche por la estación al llegar el «6»?

Los interrogados movieron la cabeza sin comprender bien la pregunta.

A *Plinio* no le hacía ninguna gracia aquella oficiosidad del jefe de estación de llamar a aquellos hombres y consultarles por su cuenta, pero tuvo que resignarse.

Cuando la explicación, no breve, acababa, y *Plinio* pensaba terciar, el jefe de estación ordenó a los empleados que lo siguieran a ver el charco, como si supiera dónde estaba exactamente.

La mujer del jefe, picada por la curiosidad, también se puso en movimiento.

—Yo iré con ustedes —dijo don Lotario— para indicarles dónde es exactamente.

Marcharon todos, y *Plinio* quedó solo, con gesto de cómica resignación.

Aprovechó para liar otro cigarro.

Tardaron lo menos veinte minutos en volver. Y cuando lo hicieron, formaron corro cerca de *Plinio y* comenzaron a especular sobre las probables causas del charco. Por supuesto, la voz cantante la llevaba el jefe de estación, que parecía excitadísimo.

—No cabe duda alguna —decía—, esto es cosa de los gitanos que han acampado en el paseo de la Circunvalación. Ellos son gente muy sanguinaria, y algún trato, ya se sabe...

Todos, menos don Lotario, asentían a las sugerencias del jefe de estación.

—Tiene razón, son los gitanos —decía la esposa de Contreras, mirando a *Plinio.*

Por fin callaron y abrieron el corro hacia *Plinio.* El jefe de estación, muy ufano, esperaba sin duda que *Plinio* le diera la razón. Pero *Plinio* fumaba con paciencia y parecía no darse cuenta de que ahora lo miraban.

—No cabe duda —repitió el jefe como para convencerse a sí mismo—, han sido los gitanos.

Plinio lo miró descaradamente. El jefe de estación quedó un poco desconcertado.

—Los gitanos esos, ¿tienen auto, o al menos carro? —preguntó *Plinio* con cierta reticencia.

—No..., no creo —respondió titubeante el jefe de estación—. ¿Por qué?

—Porque el cuerpo herido ese, de quien sea, lo retiraron de frente la tapia hasta la calzada, según marcan los goterones, que de pronto se cortan, y lo subieron en algo que no permitía la filtración de una gota de sangre... Como la hemorragia era enorme, si lo hubieran llevado andando o en brazos —añadió *Plinio* con aire enérgico, cortándole al ferroviario la palabra para objetar a lo que el guardia suponía—, lo más fácil es que no hubieran ido hasta la calzada; y segundo, que no habrían podido evitar las gotas de sangre en el suelo... Y no hay ni una gota más, una vez franqueados dos pasos de la calzada, exactamente enfrente de la mancha que hay en la tapia.

Todos quedaron en silencio mirando a *Plinio,* que, con los ojos bajos, como pensando, daba una chupadita a su cigarro.

—¿Qué piensas entonces, Manuel? —dijo don Lotario.

—Pienso que lo más fácil es que esa sangre tenga algo que ver con la gente de la estación.

—¿Con la gente de la estación? —preguntó el jefe como ofendido.

—Sí —respondió *Plinio,* mirándole a los ojos—, con la gente del tren de las doce, más exactamente.

—¿Es que no hay por aquí más gente que la que viene a la estación? —preguntó la mujer del jefe con el mismo aire de ofensa.

—No, mujer —respondió *Plinio,* conciliador—; pero dada la hora en que ha ocurrido el accidente, debo pensar que puede tener algo que ver con la llegada del tren, con los viajeros, con los que han venido a recibirles..., qué sé yo... A estas horas, y no habiendo trenes por aquí, no pasa un alma.

—Mejor oportunidad para el criminal —dijo el jefe, defendiendo su posición hasta el extremo.

—Es muy posible. Sin embargo, mi deber es comenzar la investigación por la gente del tren y de la estación.

Todos quedaron mirando de nuevo a *Plinio.* Éste, luego de un momento de titubeo, dijo a Contreras:

—¿Tiene usted por ahí alguna pluma de escribir?

Y, sin esperar respuesta, se metió en el despacho del jefe y se sentó tras una mesa, tomó una pluma y, sacando un cuadernillo de su bolsillo, se puso las gafas y quedó en actitud de escribir. Los demás miraban desde la puerta. —Entren, entren; hagan el favor de entrar. Todos fueron pasando con cierto temor. —Tomen asiento. Usted, Contreras, respóndame primero.

Contreras miró a su mujer. Luego se estiró bien la guerrera azul de botones dorados.

Plinio aproximó al cuademo un farol de ferroviario que había sobre la mesa.

—Veamos, Contreras. ¿ Estaba usted en la estación cuando llegó el tren número 6? — Sí, señor.

—¿Había mucha gente esperando el tren? —Muy poca.

—¿Recuerda usted a alguien?

El jefe hizo memoria.

—Sí, estaba don Julio, el maestro; José, el de la fonda; los del correo...

—La del escobero —terció el vigilante.

—Usted aguarde a que le llegue su turno. —¿Quiénes más?

—Como cuíco o seis más, que no sé quiénes son y quizá también alguno que no recuerdo.

—Bien... Veamos ahora si recuerda quiénes vinieron en el tren.

El jefe hizo un gesto de perplejidad, como si eso fuera imposible.

—Esta noche llegaron bastantes viajeros. —Veamos. Haga un esfuerzo —le dijo *Plinio,* con la pluma presta.

—Un grupo de vendimiadoras y vendimiadores. —¿Como cuántos?

—Serían diez entre hombres y mujeres. —¿Venían en grupo? —Me pareció que sí. — ¿Quién más?

—El interventor del Ayuntamiento, don Patricio, y sus hijas.

De esta forma, *Plinio* interrogó a todos los presentes, hasta conseguir una lista

bastante larga de la gente que pisó la estación hacia la hora del presunto crimen.

Cuando estuvo seguro de haber estrujado bien la memoria de los ferroviarios y de la señora del jefe de estación, se guardó el cuadernillo y quedó mirando sobre las gafas con aire interrogativo a todos los circunstantes.

—¿ Tienen algo más que añadir? ¿ No? De todas formas volveremos por si recuerdan algo que merezca la pena. Buenas noches.

Plinio y don Lotario marcharon a buen paso. Cuando llegaron al paseo de los Foudres, *Plinio* se detuvo un momento, titubeante.

—Mejor será —dijo— que echemos un vistazo a esos gitanos.

Y sin más dobló hacia el paseo de Circunvalación. Daba unos pasos tan largos que don Lotario, para seguirle, iba casi al trote.

Por el paseo no había una sola luz. La noche estaba oscura y tuvieron que aminorar la marcha.

—¿Tú sabes bien dónde acampan, Manuel?

—Sí, junto al campo de fútbol.

Hacia el centro del paseo y como a unos doscientos metros, surgió una luz que se aproximaba.

—Este de la bicicleta nos servirá —dijo *Plinio.*

Luego de avanzar unos pasos, *Plinio* se cuadró en el centro del paso, e hizo señal de parar al que venía con la bicicleta.

El ciclista, que no venía muy de prisa, echó pie a tierra casi rozando al guardia.

—¿Qué se tercia? —preguntó con naturalidad.

Era un hombre fuerte, con una boina muy chiquita sobre el occipucio.

—Queríamos que nos alumbre un poco junto a las tapias del campo de fútbol. Vamos buscando a unos gitanos.

—¡Ah! ¿Van a gitanos? Pues sí que les alumbro, y les presto la faca, si precisan.

—Hombre, no es para tanto.

—Yo... Es que, ¿sabe usted?, los gitanos..., a mí los gitanos... ¡Maldito sea su padre... ! Los gitanos...

Iban andando junto al ciclista, que llevaba la bicicleta sujeta por el manillar.

—Se la tengo «jurá»... Si llego a saber que están por aquí... Son sal negra los gitanos. Una vez, contaba mi padre, que tuvieron su mala suerte, viniendo de la Ventilla, porque eran gitanos allí, junto a la casa de ese que vive por el canal, ya de noche, salieron unos gitanos con anís, decía mi padre, y se pusieron a cantar no sé qué del galopín, ¿sabe usted? Y mi padre venga arrear al macho... Pero ellos, con el anís y el galopín, que si quieres... Hacía oscuro y uno le dio anís al macho...

Plinio y don Lotario se miraban y hacían gestos de no comprender. El mocetón hablaba de una manera apagada, como si recitase algo muy sabido y totalmente ajeno.

—... el macho habrá sido de los gitanos, y al oír el galopín o al beber el anís, mi padre cree que al oír el galopín, al macho, que se llamaba *Lucero...*

Habían llegado junto a la tapia del campo, y *Plinio* comenzó a mirar con interés, pues casi divisaba el campamento.

—Allí se ven sombras...

Y se dirigió un poco a campo traviesa, seguido del ciclista, que había puesto una de sus manazas sobre el hombro de don Lotario y, sin dejar la bicicleta con la otra, seguía contándole lo de los gitanos.

Plinio ordenó al de la bicicleta que enfocase en la dirección que él decía. Y al haz de luz del farol, se vieron hasta ocho cuerpos que, arrebujados en mantas, dormían junto a la tapia. Quedaba, junto a un carromato, un rescoldo de lumbre.

El hombre de la bicicleta, sin encomendarse a Dios ni al diablo, comenzó a tocar la enorme bocina que llevaba en el cuadro de la máquina. Apenas el primer bocinazo comenzaron a verse cabezas despabiladas y empavorecidas.

Plinio esperó en silencio.

Los gitanos cuchicheaban entre sí, al tiempo que se hacían visera con la mano intentando ver quién les deslumbraba.

Plinio se puso delante de la luz.

—¿Cuántos sois?

—«*Tós» éstos*... —dijo un viejo de bigote gris.

—Ven para acá.

El hombre se destapó de mala gana y se incorporó sujetándose los pantalones.

—Somos *onse, ¿s*abe *osté?, onse* justos... Lo saben los *seviles*...

—¿Estáis todos?

—Sí, señor..., todos.

—¿Cuándo os acostasteis?

—Al caer la tarde.

—¿Tenéis alguno herido?

—No, señor guardia.

—¿Seguro?

—¡Seguro! Mire...

Plinio tomó la bicicleta y comenzó a pasar el farol petate por petate. Todos los ojos le miraban en silencio, siguiendo sus movimientos con temor. Luego registró el carromato. En él dormían tres criaturas y un perro entre ropajos sucios.

Plinio, después, pacienzudo, fue destapando uno por uno todos los petates y los husmeó, así como los alrededores del campamento.

—¿ Cuánto tiempo pensáis estar por aquí? —preguntó al viejo.

—Lo que ustedes consientan.

—Bueno, no os vayáis sin decírmelo. Mañana preguntaré a la Guardia Civil si es cierto que sois los que estáis aquí.

—Segurísimo, señor guardia.

Plinio sacó la petaca y dio al gitano, que, confiado, empezó a liar.

—¿Se puede saber qué pasa, señor guardia?

—Nada —dijo *Plinio* con calma—, que esta noche, en aquella esquina, han matado a un hombre.

—¡Virgen de las Angustias!

Hablaban en voz baja y parecía imposible que lo oyesen los que estaban en los petates; sin embargo, se escuchó un murmullo cuando *Plinio* dijo lo del muerto.

—Pues nosotros, nada, señor guardia, ni enterarnos.

—Bueno, bueno, eso ya lo estudiaremos mañana.

—Pero ¿adonde va? —gritó de pronto don Lotario.

Volvieron la cabeza *Plinio* y el gitano y vieron que el de la bicicleta se escapaba a todo pedal y a campo traviesa.

Don Lotario intentó correr tras él.

—Déjelo, déjelo —le dijo *Plinio*—. ¡Pobre hombre!

Eran las tres de la madrugada cuando *Plinio* y don Lotario volvían por los solitarios paseos de la Estación, viendo de nuevo cómo las sombras de sus cuerpos crecían y menguaban y desaparecían al fin, a medida que pasaban bajo las luces del centro.

—Hay que completar esta lista de viajeros, don Lotario. Mañana visitaremos a todos los que tengamos apuntados para que nos digan quién más venía en el tren.

—Me parece muy bien, Manuel.

—Y, ahora, antes de acostarnos, intentaremos localizar adonde ha ido ese grupo de vendimiadores, no sea que mañana se vayan cada uno por su lado y la faena sea más difícil.

—Lo más seguro es que esta noche la pasen en una posada.

—En eso pienso.

Cuando llegaron al Ayuntamiento, el guardia de puertas les dijo que un grupo de vendimiadores que llegó por la calle de la Feria había entrado hacia la una en la «Posada de los Portales».

Plinio, sin añadir palabra y seguido de don Lotario, se fue hacia la posada, que estaba en la misma plaza.

Tuvieron que darle muchos golpes al llamador para que abrieran. Salió el mismo posadero en mangas de camisa y restregándose los ojos.

—Jaro —le dijo *Plinio*—, ¿te ha llegado en el tren de las doce un grupo de vendimiadores?

—Sí, jefe.

—¿Dónde están?

—Pasen ustedes.

—¿De dónde son?

—De la Puerta del Segura.

Pasaron a una gran pieza llena de sacos, de aperos de labranza y de petates. A la luz amarillenta de una sola bombilla que había en el centro, se veía mucha gente, casi hacinada, durmiendo vestida, sobre sacos, entre maletas viejas y hatillos.

El ambiente, espeso, olía a paja y a sudor.

El posadero señaló a un testero de la pieza en la que dormían ocho o diez personas entre hombres y mujeres, revueltos, en las posiciones más caprichosas.

—¿Éste también es? —dijo *Plinio* señalando a un mocetón que dormía apaciblemente con las manos cruzadas bajo la *cabeza,* desabrochada la camisa y con los pies cruzados.

—Sí, también.

Plinio le dio una patadita.

—¡Eh, buen mozo!

El buen mozo abrió los ojos con gran naturalidad, como si no hubiera estado durmiendo, y, sin la menor alarma, preguntó:

—¿ Qué pasa?

—El jefe de la Policía, que quiere hablar contigo —dijo el posadero.

—Bueno, que hable.

—¿Cuántos vendimiadores habéis venido en el tren de las doce?

—Nosotros.

—¿Nadie más? —Que yo sepa, no. —¿Cuántos sois?

—Diez.

—¿Todos de la Puerta?

—Sí, señor.

El mozo iba respondiendo sin cambiar de posición.

—¿Habéis venido todos a la posada?

—Sí, señor.

—Al bajar del tren, frente a la estación, ¿habéis visto algo raro?

—No, señor.

—¿Dónde venís a trabajar?

—A casa de Rufinillo.

—¿Todos?

—Sí, señor. Todos.

—Que duerma bien.

—Bueno.

Plinio salió de la posada con don Lotario.

—¿Entonces, Manuel... ?

—Entonces, hasta mañana, que trabajaremos esta lista lo que podamos.

A la una en punto de la tarde llegó Maleza, el cabo de la Guardia Municipal de Tomelloso, al salón bajo del «Casino de San Fernando», y se dejó caer, derrumbado de cansancio, sobre un sillón. Luego, se quitó la gorra y se limpió la calva con el pañuelo.

Maleza, en su soledad, hacía algunos gestos y movía los labios, como en soliloquio.

En el Casino se notaba la euforia de la vendimia. La gente, vestida de trapillo, entraba y salía como excitada. Hasta los señoritos iban sin corbata y con trajes usados, para demostrar que andaban en plena actividad.

El motivo de tantas entradas y salidas de los socios era husmear la cotización de la uva en las distintas casas; saber si *a* fulano o a mengano le

«entraban» uvas o no; y, sobre todo, el hacer política; los vendedores de uvas procuraban propalar con los más ingeniosos argumentos que la cosecha era escasa, que había muchas uvas menos de las que parecía a simple vista; y que en los pueblos próximos se pagaba el fruto a más alto precio.

Por el contrario, los compradores, de manera sutil, dejaban caer en este y aquel corro que la cosecha era inmensa, que la uva era mala, de poco grado, y que en todos sitios se pagaba a menos precio que en Tomelloso.

En este juego, tan viejo como la misma uva, no se engañaba nadie, porque la realidad tenía una elocuencia incuestionable, pero era divertido y excitante.

Maleza, que no tenía ni una mala parra, miraba con melancolía aquel trajín de

vendimia. Hubiese preferido él mil veces verse en aquel tráfago, mejor que arrastrando el sable.

A la una y diez llegó al Casino don Lotario, que a pesar de su costumbre de andar y de su naturaleza inquebrantable, también aparecía fatigado. Llegó con el sombrero un tanto descolocado y resoplando un poco. Se dejó caer en otra silla junto a Maleza, y, como él, se pasó el pañuelo por la calva.

—Cansadito, ¿eh? —le preguntó Maleza.

—Un poco.

—El jefe, con esa manía que tiene de las listas, nos balda. Yo le temo. Cada vez que ocurre algo en el pueblo me echo a temblar pensando en las dichosas listas.

—Siempre resultan eficaces, Maleza.

—Eficaces, eficaces... —rezongó Maleza—. Es un trabajo de negros el hacer una lista de quince o veinte tíos, que cada uno vive a mil leguas del otro, y echarse a la calle a preguntarles tontadas.

—Te digo que son eficaces.

—Menos algunas veces. ¡Acuérdese usted cuando los meloneros... !

—Sí.

—¿Y para qué sirvieron?

—Para saber que el asesino no era un melonero.

—Eso es una manera muy buena de decir que no valieron de nada.

—No seas terco, valieron para eliminar a los meloneros.

—¡Pamplinas! Es una manía del jefe como otra cualquiera. Y, además, las listitas de hoy han sido las más endemoniadas que he trabajado en mi vida, porque cada tío que visitaba recordaba a otro o a otros que habían venido en el tren.

Don Lotario sonrió en señal de asentimiento, y añadió:

—A algunos los hemos visitado los tres.

—Ya... No me diga que no es una «simplez»...

—Era irremediable.

A la una y veinte llegó *Plinio,* más cansado si cabe que sus ayudantes. De puro desceñido, traía el cinto casi en las ingles y el sable le arrastraba de la manera más torpe.

Se sentó luego de saludar con un vago ademán, como sin fuerzas para más.

—Yo creo que ya que nos ha hecho usted trabajar estas listitas tan criminales, debía invitarnos a algo fresco —dijo Maleza.

—Como que yo no he trabajado, so voceras —le replicó el jefe, del peor humor—. Además, estamos a finales de mes y no tengo un real.

—Sí, pero, ¿y los veinte carritos de uva que va a vendimiar?

Plinio no dijo nada.

Don Lotario dio una palmada para llamar al camarero, que estaba a la espectativa.

—Tráenos unas cervezas fresquitas.

—¡Cómo le quiero, don Lotario! —dijo Maleza dándole una palmada en la pierna.

—No; si pago a cuenta de Manuel, que me va a vender la uva..., si quiere, vamos.

Plinio sonrió a don Lotario beatíficamente.

—¿Quieres o no? —preguntó el veterinario.

—Yo le vendo hasta la mujer si la quiere.

—¿A qué precio?

—¿El qué, la mujer o las uvas?

—Hombre, las uvas de momento.

—Al que usted quiera.

—Bueno, no te quejarás.

—Yo nunca me quejo de usted.

Manolo, el camarero, llegó con tres dobles de cerveza y unas patatas fritas.

—Esto me lo apuntas —dijo *Plinio.*

—Ni hablar, pago yo —dijo don Lotario, sacando la cartera—. Era una broma.

—¿Lo de las uvas? —preguntó *Plinio* con gesto cómico.

—No, lo de que las pedía a tu cargo. Tú invitarás cuando yo te pague el fruto.

Maleza, de un solo golpe, se bebió medio vaso de cerveza.

Calles, un hombre gordito con blusa negra y boina, se acercó al corro:

—¿Qué, Manuel, me vendes las uvas?

—Acabo de vendérselas a don Lotario.

—¡Vaya con don Lotario! —exclamó Calles—. Con su cuenta y razón hace de policía todo el año.

Y dio una palmada en el hombro al veterinario para subrayar el tono de broma de su dicho.

—Y que lo digas —sonrió don Lotario.

—Y entérate Manuel, que va a haber uvas para embasurar las viñas —añadió Calles.

—No será tanto —dijo el guardia—. Si lo fuera no vendría usted buscando vendedores.

Calles se echó a reír y, sin añadir palabra, se fue hacia su tertulia, que no dejaba de gritar sobre uvas y precios.

Se disponía *Plinio* a sacar su famosa lista, que tenía en la misma funda de las gafas, cuando llegó don Luis, el farmacéutico, con el portaobjetos de don Lotario en la mano.

—¡Es sangre de hombre! —dijo al tiempo que tomaba una patata del plato de los tres amigos.

Plinio hizo un gesto de escepticismo. —¿Qué? ¿Que no? —dijo el boticario con gesto de ingenua sorpresa.

—No digo que no, don Luis, pero sí que les dan ustedes mucha importancia a sus aparatitos. Que un policía con agallas descubre las cosas sin necesidad de microscopio.

—Qué cosas dices, Manuel —añadió el veterinario al ver la cara de desconsuelo que ponía don Luis.

—Yo lo que necesito saber es dónde está el herido... o el muerto.

—Eso sí que no lo puedo yo ver con el microscopio —dijo don Luis tomando alegremente otra patata frita.

—Bueno, vamos al grano —añadió *Plinio* sacando definitivamente su lista de viajeros de la funda de sus gafas.

Don Lotario hizo lo mismo, y Maleza, de mala gana, también sacó la suya, que por cierto no estaba nada presentable.

—Empiece usted, don Lotario —ordenó el jefe.

Don Lotario carraspeó y luego:

—Nada en conclusión. He visitado a diecisiete entre viajeros y los que esperaban a los viajeros. Ninguno vio nada anormal; ni carro ni auto parado en el camino de los Foudres. Venía uno de Argamasilla que no he podido localizar, un tal Benjamín, que vende piensos.

—¿Y tú, Maleza?

—Igual resultado. Un viajante de tejidos que para en la fonda de Marcelino, lo he localizado y no sabe nada de nada. Me ha faltado por ver a Sebastián Carnicero, el de Alcázar, el que es novio con la de Jerónimo. Pero le he preguntado a la chica por teléfono y dice que ella no sabe nada, porque ya no son novios. De coches y carros, nada.

Plinio quedó mirando su lista, a su vez, con gesto de desánimo.

—Yo tampoco he sacado nada en claro. He visto a más de veinte. Sólo me queda por localizar a otro de Argamasilla, que por lo visto no es el mismo que el de usted. Se trata de Antonio Mojoncillo, el del molino.

—Entonces, ¿ustedes buscan al criminal de un presunto asesinado junto a las paredes de San Isidro? —inquirió don Luis.

—No —dijo *Plinio*—. Buscamos al muerto o herido. A partir de él vendrá lo demás.

—Muy bien podría tratarse de un vómito, de una hemorragia... —aventuró el boticario.

—Pues, entonces, busquemos al del vómito.

—Ya.

Plinio quedó pensativo, con las gafas de plata en el caballete de la nariz y moviendo su papelote a manera de abanico.

—¿Han visto ustedes si aquella noche trajeron a alguien a la Casa de Socorro? —sugirió de nuevo el boticario.

Plinio afirmó con la *cabeza.*

—Maleza —dijo *Plinio*—, desde este mismo teléfono del Casino, pero a cuenta del Ayuntamiento, claro está, vas a pedir conferencia con el jefe de la Policía de Alcázar y con el de Argamasilla, para que nos informen si estos sujetos que tenemos en la lista regresaron a su pueblo.

—Sí, señor.

Tomó las tres listas, sacó los nombres y se fue para la cabina del teléfono.

—El teléfono, a pesar de ser un aparatito científico, bien que se vale usted de él —dijo don Luis a *Plinio.*

Plinio se rascó la cabeza y miró a don Luis por encima de las gafas.

Mientras Maleza estaba arriba, en el teléfono, pidiendo las conferencias, don Luis, el farmacéutico, acabó de comerse despaciosamente las patatas fritas que había en el plato.

Plinio, inclinado sobre la mesa, daba vueltas a la funda de sus gafas. Don Lotario también parecía reflexionar, con la barbilla sobre la palma de la mano. Don Luis picoteaba en los últimos restos de patatas.

—No creo que hayan enterrado a ese tío dándole gato por liebre al médico que hizo el certificado de defunción.

Don Luís movió la cabeza en sentido negativo.

—No sería la primera vez —le dijo *Plinio* mirándole al través.

Don Luis continuó negando con la cabeza al tiempo que masticaba menudamente.

—Bueno, no tengo ganas de discutir con usted.

Bajó Maleza.

—Ya está cumplido el encargo, jefe. En seguida llamarán aquí.

—Pues vuelve y llama al secretario del Juzgado y que te diga los partes de defunción que hay hoy, los nombres de los muertos y los médicos que certificaron su muerte.

Maleza volvió escalera arriba, sujetándose el sable con la mano.

Don Luis cogió del plato la última brizna de patata.

—Yo creo que lo único que podía usted hacer —dijo *Plinio*— es pedir otra ración.

Don Luis soltó una risita de conejo y pidió al camarero más cerveza y más patatas.

Se veía que *Plinio* estaba indeciso y aburrido sin saber qué partido tomar. No cesaba de darle vueltas a la funda de las gafas y rascarse la cabeza.

Don Lotario lo miraba, ensombrecido.

La cosa se animó un poco cuando llegó el camarero con lo pedido.

Luego, *Plinio* llamó al conserje del Casino.

—Vete al Ayuntamiento y dile al cabo Madrigal que venga.

El Casino comenzaba a quedarse vacío. Había llegado la hora de la comida y la gente desfilaba.

Llegó Madrigal y se cuadró ante el jefe.

—Mira —le dijo *Plinio*—, vas a llamar a todos los médicos, de mi parte, y al que no tenga teléfono vas a visitarle y les preguntas si han asistido anoche o esta mañana a alguien que haya tenido vómitos de sangre o hemorragias en la calle... o algún otro accidente. ¿Estamos?

—Estamos.

—Pues anda con Dios.

—A sus órdenes.

Cuando pasó otro gran rato y don Luis se había vuelto a comer las patatas, bajó Maleza.

—¿Qué hay?

—Que no hay. Ningún parte de defunción en el Juzgado. Con la vendimia no se muere nadie. Los dos de Argamasilla han vuelto a su ciudad; y el de Alcázar, que vino a ver a un amigo que tiene aquí, pero hoy están juntos en Ciudad Real. De modo, jefe, *requiescat in pace* de charco de sangre.

—¡Qué gracioso eres! ¡Y qué fácil es todo para ti!

Ningún médico supo decir nada de particular al cabo Madrigal.

Y, al día siguiente, *Punto* se sintió completamente desinflado. Tal vez tuviese razón Maleza: «*Requiescat in pace* al charco de sangre. »

Y, con un punto de amargura, porque la dichosa sangre se hubiese secado «sin dejar huella», el jefe de la Guardia Municipal de Tomelloso se dedicó intensamente a sus labores de vendimia.

Realmente, los quehaceres de *Plinio* durante la vendimia eran muy escasos. Don Lotario se cuidaba de todo. Desde hacía bastantes años el veterinario le compraba las uvas de sus veinte fanegas sobre la misma cepa. Después se las pagaba al mejor precio.

Sin embargo, *Plinio* no podía remediar el «meterse» en la vendimia. Y salía al camino a esperar «sus carros», que eran los de don Lotario, los acompañaba a la báscula, palpaba las uvas mil veces, las probaba y, por fin, se iba hasta el *jaraíz* de don Lotario por verlas

descargar y convertirlas en vino.

Otras veces, sentado en la terraza del «San Fernando», pasaba las horas muertas viendo pasar los carros de uvas por la plaza; oyendo las conversaciones sobre precios, calidades y cantidad de la cosecha.

En aquellos días de la vendimia, *Plinio* se sentía más ligado a su tierra que nunca; el olor a mosto, el unánime trajinar, la ilusión común le gustaban.

Con frecuencia paseaba solo por las calles del pueblo para ver los precios, las uvas que «entraban» a fulano o a mengano, y sobre todo por contemplar el gran espectáculo de la vendimia.

Los carros arrimados a la piquera y descargando a golpe de azada... Los pisadores, medio desnudos, chapoteando en el oscuro jaraíz... Los carros que llegaban del corte cargados de vendimiadores cantando...

Por todo ese grao espectáculo de vendimia sentía *Plinio* una primaria y gratuita atracción.

Uno de aquellos días *Plinio* llegó a su despachito dispuesto a aburrirse. Durante la vendimia jamás pasaba nada importante en Tomelloso. Bueno, durante la vendimia ni durante mucho tiempo después de ella. A veces se pasaban dos y tres años sin que tuviera que intervenir la Policía en otra cosa que pequeños robos o reyertas de taberna. Estas prolongadas etapas de inacción desanimaban mucho a *Plinio,* le daban ganas de cambiar de profesión y hasta de hacerse guardia civil.

Por esto abandonó con tanta tristeza el caso del charco de sangre del paseo de los Foudres. Pensaba que, al secarse aquel charco, se habían secado también sus esperanzas de solucionar un caso interesante durante mucho tiempo.

Pero decíamos que, uno de aquellos días... *Plinio* echó un vistazo superficial a los papeles que tenía sobre la mesa, que le parecieron los habituales, y, entre bostezos, se puso a leer el periódico del día... El sol picante de octubre le entraba por los cristales de la ventana y, de vez en cuando, o bien le hacía estornudar, o notaba que se le iban las ideas y que leía párrafos enteros sin enterarse.

Entre su modorra y su aburrimiento, a veces sentía una rara desazón, como si le hubiera quedado algo por hacer, como si hubiera olvidado algo muy importante que pensó la noche anterior o que entrevio durante el sueño. Y levantaba la vista del periódico y quedaba mirando al techo con los ojos entornados, esforzándose por concentrarse en no sabía qué.

Siempre que se le avecinaba alguna cosa importante sentía esta misma inquietud, esta oscura llamada... Algo había en su proximidad que le solicitaba con sutiles avisos que *Plinio* no sabía descifrar.

Por fin, sus ojos se posaron sobre los papeles que había sobre la mesa, y comenzó a moverlos como si torpemente buscase algo no demasiado concreto; unos partes, bandos del alcalde, la lista de turnos de los guardias, el programa de festejos de la pasada feria, unos impresos de propaganda de armas de fuego y esposas... Y casi en el borde de la mesa, medio cubierto por el secante, un sobre azul en los que solía enviar los oficios el comandante de la Guardia Civil.

Plinio abrió el sobre con decisión y leyó con verdadera ansiedad:

El comandante de la linea, desde Alcázar de San Juan, nos envía el siguiente oficio, que nos apresuramos a transcribirle por si pudiera darles alguna información sobre el caso... Comuniquen cuanto sepan de Sebastián Carnicero Escobar, de ésta, que el día 20 de setiembre marchó con destino a Tomelloso, con el fin de trasladarse al día siguiente a Ciudad Real e inmediatamente volver a Alcázar, y ésta es la fecha en que nada se sabe de su paradero.

Alcázar de San Juan, 2 de octubre de 192...

—¡Maleza! —gritó *Plinio*—. ¡Maleza! —A sus órdenes —dijo Maleza a la vez que entraba apresuradamente enel cuerpo de guardia.

—¿ Cuándo han traído este oficio?

—¿Qué oficio? —dijo, intentando leer desde lejos.

—Éste..., de la Guardia Civil.

—Debió de ser anoche... Esta mañana no me han dicho «nadica»..

—¡Ay, «nadica»... ! ¡Y qué calamidades sois todos... !

Tomó el teléfono y empezó a darle a la manivela.

—¿Es el sargento? Oiga usted, ¿qué hay de este Sebastián Carnicero?

—Yo no he hecho nada hasta ver si usted sabía algo.

—Éste..., ¿no era novio con la de Jerónimo?

—Sí..., eso me han dicho... Usted podría hacer algo.

—N*o* hay inconveniente —contestó *Plinio*—. Estoy muy aburrido.

—¡Quién fuera usted... ! Aquí no damos abasto... Por cierto, me dice el cabo que ha llegado una información posterior de Alcázar, diciendo que el tal Carnicero estaba citado en Tomelloso con un tal Joaquín Fernández, que trabaja en el Banco.

—Ya sé quién es... Pero, que estaba citado ¿cuando?

—La noche que llegó o que debió llegar.

—Está bien. Yo me encargo de todo.

—No creo que sea nada de particular.

—Yo creo que sí.

—¿Cómo? —gritó el sargento.

Plinio colgó el auricular riéndose, y, sin detenerse ni un momento, salió hacia el Banco.

Con los jaleos de la vendimia, el Banco estaba imposible de gente. Los hombres con blusa se agolpaban ante las ventanillas con cheques y vales de uvas en la mano.

Sobre la mesa que estaba en el patio de operaciones, otros contaban torpemente montones de billetes y de monedas de plata.

Un hombre muy gordo, a quien llamaban *Bombero,* ayudado por su mujer, menuda y triste, entraba con una espuerta pequeña cargada de plata y calderilla. Él iba tan ufano, con un puro en la boca, exhibiendo sus dineros; ella, un tanto encogida, como si le diera vergüenza...

Plinio preguntó a un ordenanza dónde podría hallar al empleado Fernández.

—Ése está en cámara.

—¿En qué cámara? —preguntó *Plinio,* sorprendido de la palabreja.

—Pues... en cámara. Entre por aquella puerta.

—En esa cámara ¿se trabaja mucho?

—Por estas fechas en todos sitios.

Plinio, sin pensarlo más, fue hacia donde le indicó el conserje.

Abrió y vio cuatro hombres que, pluma en mano, parecían muy ocupados sobre papeles y libracos.

El empleado Joaquín Fernández, con el pelo muy untado de fijador, cigarrillo en la comisura de la boca y ademanes así como superiores o despreciativos a lo que estaba haciendo, movía la pluma lentamente. De vez en cuando, como para secar el escrito, fumaba del cigarro y echaba el humo sobre el papel.

Plinio se acercó a la mesa, a espaldas del empleado.

—Buenos días, Fernández.

Éste volvió la cabeza sin gran prisa.

—Buenos días, *Plinio.*

—Manuel González.

—Perdón..., Manuel.

—Quería hacerte una pregunta.

Fernández se puso de pie. En el dedo meñique llevaba una sortija con brillante o algo así, y los puños de la camisa sin gemelos.

—Usted dirá, Manuel.

Como los demás empleados quedaron muy sorprendidos de la visita del jefe de la Guardia Municipal de Tomelloso, *Plinio* creyó prudente cambiar de lugar.

—¿Podríamos hablar en otro sitio?

—Sí, señor; vamos ahí.

Salieron, Fernández delante, y entraron en una habitación oscura, rodeada de paquetes de papeles, que servía también de ropero.

Fernández, con sus ademanes de hombre superior, esperó las palabras de *Plinio.*

Éste, en vista de que no había donde sentarse, se apoyó los pulgares en el cinto.

Fernández se pasó la mano por el pelo endurecido por el fijapelo.

—¿Tú conoces a Sebastián Carnicero, el de Alcázar?

—Sí, señor, mucho.

—¿Sabías que iba a venir a Tomelloso el día 20 de setiembre, por la noche?

—Sí, señor. Me avisó por teléfono para que le esperase. Hicimos combinación para irnos juntos al día siguiente a Ciudad Real. Yo iba a unas cosas del Banco.

—¿ Dónde lo esperaste?

—En el «Círculo Liberal».

—¿A qué hora llegó?

—No llegó. Yo me fui solo a Ciudad Real al día siguiente.

—¿ Tampoco le viste allí?

—No, señor.

—¿A qué venía a Tomelloso?

—Pues... a que nos distrajésemos un rato.

—¿Dónde?

—Él tiene una amiguita en la «Casa del Ciego».

—Oye..., ¿y no tenía novia formal?

—Quedó mal.

—¿Quién es la amiguita?

—L*a Relicario.*

—Ya... ¿Y qué iba él a hacer en Ciudad Real?

—Asuntos de Hacienda, creo que me dijo. Ya sabe usted que él lleva el negocio de su familia.

—No, no sabía... ¿Has vuelto a saber algo de él?

—No, señor, nada... Me llamó su tío hace unos días para preguntarme si sabía dónde estaba.

Y que si había venido a Tomelloso. Yo le dije que no.

—Pues sí que vino.

—¿Y dónde está?

—Eso quisiera saber yo.

—¿Está usted seguro que vino?

—Seguro; más de cuatro le vieron en el tren aquella noche.

Fernández hizo un gesto de sincera extrañeza.

—Mira, Fernández —comenzó *Plinio* con tono de gravedad y poniendo una mano en el hombro del empleado—, me parece que estamos ante una cosa muy seria, y tienes que ayudarme con toda sinceridad.

—Yo estoy a *su* disposición, *Pli...* Manuel.

—Al parecer, eres su mejor amigo aquí.

—Sí, señor.

—¿Quién podía tener interés en quitar a Carnicero de en medio?

Fernández hizo un gesto de perplejidad.

—Piensa...

Fernández frunció la frente.

Plinio le observaba, mirándolo un poco al través.

—Él era... como yo, un poco mujeriego, amigo del vino y de la juerga. Ha tenido, como muchos de su edad, aficiones a muchas tonterías; pero así como para que alguien le desee la muerte... Aquí, que yo sepa, no...

—¿Había tenido últimamente algún altercado gordo?

—No, que yo sepa. Hacía más de un mes que no venía por aquí..., desde que rompió con la Margarita.

—¿Pasaba tanto tiempo sin ver a la *Relicario?*

—La ve en Alcázar, porque ella trabaja aquí y allí. Cuando aquí amaina el negocio, se va por allí unos días.

—Ya. ¿Tiene la *Relicario* algún novio antiguo? ¿Alguien que pueda tener celos de Carnicero?

—No creo; nunca me dijeron nada..., pero todo podía ser.

—¿Todo podía ser... o es?

—N*o,* le repito que no sé nada de eso.

Plinio se pasó la mano por la boca, como si se riese, y quedó pensativo. Por fin:

—Bueno, mira, es mejor no hablar demasiado de esto, hasta ver qué pasa, ¿estamos? Seguramente tendremos que hablar más de este asunto. A lo mejor te llamo. Si tienes que salir del pueblo para algo, me lo dices, ¿estamos?

—Sí, señor.

—Y procura recordar, ¿eh?, procura hacer memoria, que todo nos puede ser útil.

—Pero, bueno, usted ¿qué cree?

—Creo que lo mataron cerca de la estación.

Y *Plinio* marchó sin añadir palabra.

Media hora más tarde, *Plinio y* don Lotario, en el «Ford» del veterinario, salían del herradero camino de la «Casa del Ciego».

El Ciego estaba sentado en el corralillo de su casa, la casa de todos, tomando el sol. Con la mano se acariciaba la gruesa cadena del reloj. A su lado *una* mujer ya ajada, con cara de gitana y el pelo muy lustrado, recogido en moño, le leía el periódico.

El Ciego, con la gorra encasquetada y su gran barriga, tenía cierto aire patriarcal, y escuchaba la lectura como el que está un poco al cabo de la calle de cuanto oía.

Apenas el guardia y el veterinario dieron dos pasos por el corralillo, el *Ciego* —Andrés— dijo:

—Adelante, Manuel.

—¿Se puede saber en qué me has conocido?

Plinio siempre estaba intrigado por el sutil oído del ciego.

Andrés empezó a reír con pausa y sonoramente.

—Al entrar por esta puerta —dijo— tu sable ha dado un golpecito, Manuel... Además, a ti te huelo, más que te oigo.

Y volvió a reír con todas sus fuerzas.

—Yo creo que tú ves algo, Andrés.

Andrés soltó una nueva carcajada.

—Aunque tuviera el sol en la misma punta de la nariz no vería ni claridad. Te lo juro, Manuel... ¡Niña, trae sillas y cerveza! —añadió, dirigiéndose a la lectora con aire de gitana.

—¿Qué dice el periódico, Andrés?

—Muchas cosas de todo el mundo, pero nada de Alcázar de San Juan ni de Carnicero.

—¡Hombre! —exclamó *Plinio* sin gran extrañeza—. ¿Ya sabes a lo que venimos?

—Te esperaba hace dos o tres días.

La gitana y otra mujer de edad con aire de criada, entraron con la cerveza.

—Andrés, sería mejor que os fuerais al salón, que aquí pega mucho el sol —dijo la gitana.

—Lleva razón. Vamos.

Y, con toda decisión, se puso de pie y echó a andar tras la mujer. Los visitantes fueron tras él.

El salón era grande. Entarimado. En su fondo, mesas de mármol y sillas. En un rincón, una tarima con un organillo. A pesar de estar la pieza regada y aireada, olía a vino agrio, a perfumes baratos, a humo de tabaco antiquísimo.

Andrés escanció cerveza con gran habilidad, apenas tocando los vasos, y puso la mano sobre la rodilla de *Plinio.*

—¿Qué quieres de nosotros, Manuel? Usted, don Lotario, tome de las aceitunas con hueso, que son mejores que las rellenas.

Don Lotario sonrió y cambió de plato.

—¿Qué sabes del caso Carnicero? ¿Por qué me esperabas?

—Sé lo que tú. Me enteré de lo del charco de sangre, de tus averiguaciones de aquella noche, de que en aquel tren iba a venir el pollo de Alcázar, de que Fernández llamó a la *Relicario,* de que desde Alcázar llamaron a la *Relicario,* de que habían dado parte a la Guardia Civil... Y me dije:

«Manuel, con todo eso en el magín, no tardará en venir por aquí a ver a la moza. »

—¿Y qué sabe la moza, como tú dices, de este caso?

—Nada. Lo que yo.

—¿No habrá otro por medio que no le gustase la amistad de Carnicero con la *Relicario?*

—Aquí, no. Yo le he preguntado a fondo, y ella parece que no sabe nada más. Ahora habla con ella si quieres... A mí me huele que los tiros van por otro lado.

—¿Por dónde?

—No lo sé. Quiero decir que no tienen nada que ver con esta casa.

—Tú siempre crees que tu casa no tiene relación con las fechorías que pasan en el pueblo.

—Y casi siempre tengo razón. Porque así que me da en la nariz un principio de algo, pongo remedio, corto de raíz... Es preferible prevenir que curar. Yo tengo mucha vista, Manuel.

Y soltó otra de sus carcajadas.

—Ese Carnicero —continuó— era..., o es, hombre que pica en muchos guisos, y se las da de guapo, que es lo peor.

Y Andrés quedó serio, como pensativo, inmóvil. Tan moreno, con los ojos casi blancos mirando al infinito y ambas manos sobre la cadena de su reloj, parecía ahora una escultura de bronce.

Plinio, pensativo, con la contera del sable intentaba hacer rayitas en el suelo.

Dijo a la gitana que trajese más cerveza y que llamase a la *Relicario.*

—L*e* pagará usted bien las uvas a Manuel, ¿ eh, don Lotario? —dijo el *Ciego,* riendo y dándole en el hombro al veterinario.

—A como él quiera, como siempre.

Llegó la *Relicario,* con los ojos hinchados de dormir, en bata, con zapatillas a chancla y el pelo recogido con una redecilla. Era una mujer hermosa, algo metida en carnes y de ojos enormes.

—¿Me llamaba, Andrés?

—El jefe quería hablar contigo.

La Relicario, sin decir nada, ni mirarlo siquiera, tomó una aceituna y dijo:

—Hable.

—¡Oye, niña! —gritó Andrés, congestionado súbitamente—. Manuel es el amo de esta casa y del pueblo.

Tan moreno y con la sangre subida a la cabeza, Andrés, en aquel momento, parecía un negro. Los ojos, ahora totalmente blancos, le brillaban de forma extraña.

—Sí, señor —dijo ella, atemorizada.

—Deja la aceituna.

La Relicario la dejó, con sumisión, *Plino* acercó una silla.

—Siéntate aquí, muchacha.

Llenó su vaso de cerveza y se lo aproximó, junto con el plato de aceitunas.

—Toma, este Andrés tiene muy mal gusto. Yo no soy el amo de nada...

—¡No puedo con la falta de educación, eso es, no puedo! —gritó Andrés, fuera de sí.

—Venga, hombre, tranquilízate —le dijo el guardia.

A la *Relicario* se le llenaron los ojos de lágrimas.

Se hizo el silencio y Andrés, más tranquilo, sacó su enorme petaca, papel y cerillas.

—Liemos.

Liaron todos con pausa. Andrés, que hacía su cigarro a la perfección, con la cabeza levantada hacia el techo, dijo entre dientes:

—Tengo muy repetido que cuando tengo visita no quiero que nadie escuche detrás de las cortinas.

Plinio miró hacia la puerta que daba al interior.

Se vio un ligero movimiento de la tela, y se escucharon pasos de varias personas que se alejaban.

La Relicario también lió un cigarro.

Plinio, sonriendo con amabilidad, se volvió hacia ella.

—¿Quién crees tú que podía tener interés en matar a Carnicero?

—No sé, señor.

Andrés hizo un gesto de deferencia, como si aprobase el nuevo tono de su pupila.

—¿Qué clase de hombre es..., o era? —Un golfo, pero nada más. —A ti ¿te gusta?

—No está mal. Cuando está de buenas, da gusto. Es muy simpático y se gasta el dinero.

—¿No le querías de verdad?

—Todavía no, pero podía llegar.

—Entonces, ¿no sabes tú de algún enemigo... ?

—Enemigo grande, no... Antipatías, muchas, como todos los chulillos.

—Y si yo te obligase a decirme de quién sospechas, ¿a quién acusarías?

—A nadie. No sospecho de nadie. No sé apenas de su vida, fuera de esta casa y de la de Alcázar.

—¿Está bien visto allí?

—Entre la gente bien, no.

—¿Y en tu mundo?

—Sí, más bien sí.

—¿Qué sabes de su novia de aquí?

—Es una buena chica.

Andrés asintió.

—¿Qué tal veían su noviazgo en casa de ella?

—Por un lado bien y por otro mal.

Andrés volvió a asentir.

—Explícate —pidió *Plinio.*

—Mal porque era un golfo. Bien porque en su casa tienen dinero, bastante dinero.

—Ya... ¿Tú crees que esas relaciones pueden haber pasado a mayores?

—Él habrá hecho todo lo posible. No es hombre que se conforme con monadas; pero la rotura puede haber sido porque ella se haya negado a... eso.

—O porque se hayan pasado de la raya —apuntó Andrés con aire de gravedad.

Plinio y don Lotario se miraron con aire de comprender.

—Vamonos —dijo *Plinio* súbitamente, poniéndose de pie.

—Yo no he dicho más que una sospecha mía, ¿está claro? —dijo Andrés.

—Lo está.

El coche de don Lotario salió rápido para casa de Margarita, la ex novia de Carnicero.

Durante el breve trayecto, *Plinio y el* veterinario cambiaron muy pocas palabras.

—¿Ve usted, don Lotario, cómo no hacía falta el análisis de don Luis para saber que el asesinado era un hombre?

—No te precipites, Manuel; ése no es tu estilo.

—Lo es seguro. Ya verá. Pero, a lo que vamos. ¿Ha hecho falta el análisis o no?

—Tú, Manuel, es que en materia científica eres reaccionario..., un cavernícola.

—No es eso. Ya le tengo dicho que la ciencia no puede dar a la Policía otra cosa que auxiliares insignificantes. Un policía de verdad es un cerebro activo. Lo demás, pedanterías, cuento...

—Hay casos que sin esos auxiliares no se habrían descubierto.

—Con una cabeza, sí.

—Te encuentro presumidísimo.

Plinio se rió con ganas.

—Es que estoy contento. Eso es todo. —Y luego de una pausa—: Andrés el *Ciego* es muy listo. El mismísimo demonio.

—Sí; y siempre sabe más de lo que dice.

—Además es que piensa mucho y oye a mucha gente. Yo, siempre que recurro a él, salgo contento.

—¿Tú crees que sería un buen policía?

—No sé... Sabe cosas, pero en el fondo no tiene curiosidad. No daría un paso por nada.

—Es posible.

En una calle se había formado tal barullo debido a que se habían entrecruzado tres carros de uvas, que don Lotario tuvo que frenar.

Un carrero andaba a blasfemias y latigazos con sus mulas. Otro parecía indeciso. Y el

del tercer carro, que estaba descargando, reía con las manos en la barriga.

Por si todo aquello fuera poco, por una bocacalle apareció un entierro con música y también quedó detenido. Los curas, con el monaguillo que portaba la cruz a la cabeza, miraban el atasco y hacían comentarios entre sí. La música seguía su marcha fúnebre.

La cosa no tenía fácil arreglo. Al querer pasar dos carros en opuesta dirección, por el hueco que quedaba entre el que estaba descargando y la acera, se habían enredado las ruedas y no había manera de que avanzase ninguno. Por este lado esperaba el «Ford» de don Lotario. Por el de enfrente, el entierro.

El carrero seguía blasfemando y dándole a la tralla. Los curas, en su charla, parecían buscar solución al problema. La banda seguía tocando.

Una mujer de pelo blanco, muy corpulenta y con los brazos desnudos que estaba en una ventana muy estrecha, voceó de pronto al del látigo:

—¡Mala bestia! «Seja» el carro, y avanza subiéndolo por la acera...

Los curas asintieron.

El carrero quedó perplejo. Miraba alternativamente a la ventana y al carro.

—¡Que lo «sejes» y subas luego por laacera, so bestia!

El carrero, que al fin pareció comprender, se puso a operar.

—¡Más! ¡Más, so bruto! —le gritaba la mujerona.

En efecto, retrocedió un poco, hizo subir el carro por la acera y deshizo el atasco. Pasó el otro carro. Y en seguida el entierro, con su caminar solemne al son de la música.

La mujer seguía en la ventana, hablando ahora para sí misma.

El párroco, don Felipe, al pasar frente al «Ford», guiñó un ojo a sus ocupantes.

—¿Se viene? —dijo don Lotario con disimulo.

—¡Ojalá! —casi suspiró el párroco.

Entraron por la portada con el coche en la casa de don Jerónimo, el padre de Margarita. En el corral, amplísimo, había varios carros de uvas, uno de ellos lo descargaban en la piquera un pisador en mangas de camisa, con los pantalones subidos y a golpes de azada.

Don Jerónimo y sus dos hijos, junto a la báscula, miraban el tráfago de su pisa.

Don Lotario dejó el coche encarado a la portada, y luego de bajar fueron hacia los tres hombres.

—¿Qué tal va esa vendimia, don Jerónimo? —dijo el guardia a manera de saludo.

—No va mal... —respondió el viejo, con cierto aire de desconfianza.

Y los cinco, durante unos momentos, quedaron en silencio mirando hacia el carro que descargaban.

—¿Qué les trae por aquí? —dijo el viejo.

—Queríamos hablar con ustedes de algo delicado.

El padre miró a los hijos como sin comprender.

—Vamos al despacho —dijo, echando a andar.

Don Jerónimo, de luto por la muerte reciente de su mujer, andaba por los setenta. Iba con paso torpe, y el pelo, completamente blanco, le asomaba por debajo del sombrero.

Los hijos eran altos. Muy iguales. Macizos, de poca frente y también de luto. Aunque un luto muy deslucido por las manchas de mosto y el polvo.

El llamado despacho constaba de un pupitre largo, con gutapercha verde en la tapa. Cuatro banquetas altas, forradas de lo mismo, un almanaque y un retrato «del abuelo» en la pared.

—Siéntese —dijo don Jerónimo, haciéndolo él en la banqueta más baja.

Don Lotario se encaramó como pudo en una de las altas; *Plinio* en otra. Los hijos, Antonio y Manuel, quedaron de pie.

Don Jerónimo, con ambas manos en el pupitre, miraba al guardia con cara de decir: «Venga, empieza. »

—Tengo entendido —comenzó el jefe de la Guardia Municipal de Tomelloso— que su hija es novia de un tal Carnicero, de Alcázar.

—Lo fue —cortó don Jerónimo.

Plinio se rascó la cabeza pasando la mano bajo la gorra.

—Bien, lo fue... Resulta que tenemos motivos para creer que al tal Carnicero lo mataron la otra noche aquí, en Tomelloso.

—No sabía nada.

—Pues, sí...

—Bueno, ¿y qué?

—Pues que no sabemos quién lo mató.

—Ni yo tampoco. ¿Lo sabéis vosotros? —preguntó a sus hijos.

Ellos movieron la cabeza.

—Como ves, aquí no sabemos nada —añadió el viejo, como quien trata de negocios.

—Hombre, don Jerónimo, si ustedes supieran algo lo habrían comunicado a la justicia.

—Naturalmente.

—Yo lo que quiero, en principio, es saber bien quién es ese Carnicero, cuáles son sus amigos y sus enemigos... En fin, lo que se llama investigar.

—Yo no lo he visto en mi vida.

—¿Y vosotros? —preguntó a los hermanos.

—Lo conocía de vista —dijo Antonio, el mayor.

—Y yo —añadió el otro.

—Es natural que nosotros no tuviéramos trato con el novio de Margarita.

—Es que yo a quien vengo a interrogar es a su hija.

—Pues te vas a quedar con las ganas.

—Hombre, y ¿por qué, si puede saberse?

—Por dos razones. La primera, porque es menor de edad y soy yo quien habla por ella; y la segunda, porque no me da la gana, ¿está claro?

Plinio se pasó la mano por la boca. Luego se rascó la cabeza; por fin, poniéndose de codos sobre el pupitre, dijo:

—Mire usted, don Jerónimo; yo soy un hombre insignificante, todo lo insignificante que usted quiera, pero represento a la ley, ¿entiende? ¡La ley! Si usted no quiere ayudar a la justicia, es que se pone enfrente de ella... Y, naturalmente, al lado de la ley y de la justicia, usted sí que es un hombre insignificante. ¿Me expreso o no?

—Sí, tú te expresas muy bien, pero no hablarás con mi hija porque a mí no me da la gana. Y yo, ¿me expreso?

—Sí, señor, con muy mala educación, pero se expresa.

—¡Oye, Manuel, a mí no... !

—¡Oiga, don Jerónimo, cállese! —gritó *Plinio* con toda su fuerza, al tiempo que daba un puñetazo en la mesa.

—¡Maldito... ! —gritó el viejo lanzándose del taburete y con una regla en la mano.

Ambos hijos se adelantaron a la vez para detenerlo.

—¡Canalla! ¡Justicia de mierda! —gritaba el viejo, convulso, entre los brazos de sus hijos—. ¡Malditos todos!

Y, de pronto, aquella rabia se le trocó en lloro, en lloro amarguísimo y copioso de lágrimas.

—¡Malditos todos! ¡Malditos! —gritaba entre sollozos, al tiempo que se reclinaba en el hombro de uno de sus hijos.

Plinio quedó en silencio durante un largo rato.

Antonio y Manuel volvieron a su padre a la banqueta.

Ahora lloraba inconsolable sobre el pupitre, con la cabeza entre los brazos.

Plinio les habló en voz baja:

—Nos vamos. Cuando se serene el padre, convencedlo de que no tengo más remedio que hablar con Margarita, y me llaman por teléfono; si no, será citado por el juez...

—¡Nunca! ¡Nunca! —gritó de nuevo el padre golpeando con ambos puños sobre el pupitre.

—Hasta luego. Vamos, don Lotario.

Montaron en el coche sin decir palabra. Cuando pasaron frente al Ayuntamiento, dijo don Lotario:

—¿Te dejo, Manuel?

—No, vamos al herradero, que allí se piensa mejor.

Ya en el despacho del veterinario, *Plinio,* colocándose la gorra sobre el cogote, se encaró con don Lotario.

—¿Qué me dice usted, mi amigo?

—Pues te digo que la cosa me parece muy clara.

—En el sentido de que esa niña tiene algo que ocultar —dijo el albéitar señalándose la barriga.

—Desde luego... ¡Pobre hombre!

—¿Y tú no crees, Manuel, que eso puede tener relación con lo otro?

—Hombre, es lo más fácil de pensar, pero hay que andarse con cuidado para no meter la patita.

—Ya.

—Son gente muy decentísima. Un poco brutos, eso sí, y hay que pisar de puntillas. Vamos a ver si primero logramos enterarnos qué hizo esta gente el día del presunto crimen.

—¿Cuándo hacemos la gestión?

—Si no avisan hoy por teléfono, como les dije, mañana se lo decimos al juez y que nos lo aclare.

Hacía media mañana del día siguiente, *Plinio* recibió una llamada telefónica.

—¿Quién es? ¡Hombre, Andrés! ¿A qué debo el honor?

—Manuel, don Jerónimo y la niña se te han largado.

—¿Qué me dices?

—Como lo oyes. Anoche se los llevó Antonio en el coche.

—¿Dónde?

—Ni idea.

—¿Ha vuelto Antonio?

—No.

—Y tú, ¿cómo lo sabes?

—Alguien me lo dijo.

—Ya... Tú no te pierdes nada.

—Hombre, es que este asunto me intriga un poco.

—¿Y qué crees tú?

—Lo que tú, que el Carnicero ese se pasó de rosca, no se quiso casar con la niña y encontró la horma de su zapato.

—¿No crees que todo eso es demasiado fácil?

—Las cosas que pasan en los pueblos son demasiado fáciles, Manuel.

—No siempre...

—Ahora sí, es una cuestión de honra.

—¿Y quién crees tú que fue: el padre o los hijos?

—A lo mejor los tres.

—No sé, hombre, no sé...

Plinio, sin paciencia, marchó solo a casa de don Jerónimo sin recoger a don Lotario. Y junto a la piquera, como el día anterior, encontró a Manuel, el hijo menor de don Jerónimo.

—En vista de que no habéis avisado, vengo a ver qué pasa —dijo a manera de saludo.

Manuel no respondió y quedó mirando al suelo con ahínco.

—Tengo en el bolsillo una citación del juez para tu hermana.

—Mi hermana marchó de viaje.

—¿Que marchó de viaje?

—Sí, señor.

—¿Y adonde?

—No lo sé.

—¿ Sola?

—No, señor, con mi padre y mi hermano.

—Oye, mozo, ¿sabes que todo esto es muy extraño?

—Nada de extraño, jefe, es que mi padre no quiere que mi hermana ande entre lenguas.

—Cuando la justicia está por medio hay que obrar con claridad.

El mozo frunció las cejas con obstinación.

—En fin, ya volverán... —dijo *Plinio* haciendo como que se iba. —Y, de pronto—: Oye, ¿dónde estuviste tú el día 20 de setiembre?

—¿El día... ?

—Sí, el día que mataron a Carnicero.

—Casi toda aquella semana estuvimos mi hermano y yo en Ciudad Real.

—¿Dónde os hospedasteis?

—En el «Gran Hotel». Estuvimos casi todo el tiempo con nuestro abogado, el señor Rivero.

—Ya... Oye, dondequiera que esté tu padre, le dices que lo de estar entre lenguas, ya como están las cosas, no hay manera de evitarlo. De modo que vuelva cuanto antes; de lo contrario, habrá que buscarlo como sea, ¿enterado?

—Sí, señor.

—Una cosa más. ¿Dónde estuvo tu padre aquel día?

—Aquí, naturalmente.

Plinio, de vuelta a su casa, recordó que don Jerónimo estaba en la *terraza del* «Casino de San Fernando» aquella misma noche cuando él y don Lotario fueron de paseo hacia la estación.

De todas maneras llamó a don Lotario por teléfono. Le comunicó las novedades y le preguntó si recordaba haber visto a don Jerónimo en la terraza del Casino aquella noche. El veterinario creía que sí, pero no con seguridad.

Luego, *Plinio* escribió a su buen amigo y maestro Longinos, el jefe de la Guardia Municipal de Ciudad Real, para que le diera una información completa de la estancia de los dos hijos de don Jerónimo en aquella capital, de manera privada.

Después fue al Juzgado a informar al juez de sus gestiones.

Cuando, tres días después, recibió *Plinio* carta de su amigo Longinos, que antaño fue jefe de la Guardia Municipal de Tomelloso, dándole detalle de la estancia de los dos hermanos en Ciudad Real durante aquellos días, *Plinio* se sintió tan desanimado que se pasó una tarde entera en el herradero con don Lotario, que era su paño de lágrimas.

—De modo, Manuel, que estamos sin pista.

—Sin pista, don Lotario.

—Pues estamos aviados.

—Dichoso charco de sangre... ¿Para qué se nos ocurriría pasar aquella noche?

—Fuimos atraídos por la sangre, Manuel; por pura telepatía...

—Ya, ya...

—¿Y qué piensas hacer?

—Nada, absolutamente nada. Si por lo menos tuviéramos el cadáver...

En éstas estaban cuando sonó el teléfono del herradero. Era Andrés, el ciego pupilero.

—Es para ti, Manuel. Andrés.

—Ya ha venido, Manuel —díjole el *Ciego.*

—¿Solo? —Solo.

—Pero por ese lado no hay nada que hacer, ya lo tengo comprobado.

—¿Qué me dices?

—Lo que oyes.

—¿Entonces... ?

—Entonces, nada.

—A ver si charlamos un rato.

—Bueno. Iré por ahí mañana.

—Está bien.

Plinio, de todas maneras, se puso en camino para ver a Antonio. Don Lotario fue con él.

Se había parado el motor del *jaraíz* de don Jerónimo, y sus dos hijos, con mosto hasta las rodillas, estaban en cuclillas ante el artefacto, intentando arreglarlo.

Seguro que vieron detenerse a don Lotario y a *Plinio* ante la puerta del jaraíz, pero se hicieron los distraídos hurgándole al motor.

Dos pisadores con las greñas sobre los ojos, miraban los afanes de sus patronos. Sobre un gran montón de casca descansaban las palas. El mosto salía levemente por los sumideros, adornado por los reflejos del sol que entraba por la piquera.

En el corralizo, tres carreros mocetes jugaban a la pídola, en espera de que les llegase el turno de descargar los carros.

Plinio optó por callar y esperar a que los dos hermanos se dieran por enterados de su presencia.

Antonio indicó a uno de los pisadores que enchufase el interruptor. Lo hizo con cierto respeto y el motor comenzó a sonar bien.

Los dos hermanos se pusieron de píe mirando al motor, de espaldas a la puerta del jaraíz. Y los pisadores, con cierta pereza, cogieron sus palas y empezaron a echar uvas a la destrozadora.

—Buenas tardes —dijo Antonio volviéndose hacia *Plinio* con desgana.

Y antes de que el jefe de la Guardia Municipal de Tomelloso despegase los labios, Antonio le habló:

—No tengo nada que decirle.

—¿Ni dónde están su padre y su hermana?

—Ni eso. No tengo por qué.

—Cuando la justicia hace una pregunta a unos ciudadanos honrados como son ustedes, creo yo que se debe responder.

Antonio se encogió de hombros.

Los pisadores, con poco disimulo, hacían oído a la conversación.

Los dos hermanos se volvieron hacia el motor echando las espaldas a la visita.

Plinio se pasó la mano por la boca.

—Bueno —dijo al fin—, no tendré más remedio que citarles en el Juzgado.

Los hermanos no respondieron ni cambiaron de posición.

Plinio y el veterinario dieron media vuelta y se marcharon.

—Qué educados, ¿eh? —comentó don Lotario.

—No me diga... ¡La leche que han mamado... !

Los días que quedaban de vendimia *Plinio* los pasó malamente. Obsesionado por el famoso charco de sangre siempre parecía desasosegado y ensimismado.

—No te atormentes, Manuel, todo saldrá —le decía don Lotario.

Y *Plinio,* apretando los labios, movía la cabeza sin decir palabra.

Raro era el día que *Plinio,* solo o acompañado de don Lotario, no se daba una vuelta hasta el lugar donde estuvo una noche el charco de sangre. Allí miraba al suelo, luego a la estación, merodeaba un poco, llegaba hasta el campamento de los gitanos y volvía al Ayuntamiento cada vez más pesaroso.

Otras veces iba a la estación a las doce, a la hora de la llegada del tren, veía bajar a los viajeros, salía con el último y se quedaba junto a la verja de San Isidro, junto al lugar del charco de sangre.

—Pero ¿qué piensas, Manuel? ¿Qué piensas? —le decía el veterinario con los ojos tristes, casi con voz maternal.

—Eso es lo malo, que no pienso en nada..., sólo siento, siento algo dentro de mí que me desazona. Estoy seguro de que estamos tocando el violón. A Carnicero lo mataron en Tomelloso, a los pocos segundos de bajar del tren. Pero, ¿quién lo mató? ¿ Dónde llevaron su cuerpo?

—A ver si viene don Jerónimo y da alguna luz...

—No, don Jerónimo es casi seguro que estuvo toda aquella noche en el Casino, Manuel. El camarero 110 lo echó en falta ni una sola noche. Iba desde las 9 a las 12. Los hijos, en Ciudad Real. ¿Quién podría, entonces, tener interés en eliminar a Carnicero?

Como todo acaba por saberse, a primeros de noviembre llegó a Tomelloso la noticia —fue Andrés el primero en saberla— de que Margarita había dado a luz una niña en Madrid, en una casa de maternidad.

Llegó la noticia por una ex pupila de don Andrés, que en la misma casa andaba en aquellos días en trance parecido. La noticia asombró a los tomelloseros, pero no al jefe de la Guardia Municipal de Tomelloso. Se decía igualmente que ni don Jerónimo ni su hija volverían ya a Tomelloso. Parecía que se iban a vivir a Barcelona con la niña.

Una tarde de sol dorado y picante del otoño, don Lotario y *Plinio* estaban sentados en el mismo banco del paseo de la Estación que aquella otra noche.

Era ya frecuente por aquella fecha ver llegar los carros de los vendimiadores. La vendimia tocaba a su fin.

Y llegaban con las mulas enjeazadas a lo majo, con arneses bordados de tachuelas doradas, borla roja en la cabezada y tiros de lujo. Los carros venían ornados de guirnaldas de pámpanos y papeles de seda.

El carrero, en el estribo. Y las vendimiadoras, bien coloradas, a ambos lados del carro. Al entrar en el pueblo cantaban a toda voz jotas y seguidillas.

Deambulaban los carros vendimiadores por todas las calles del pueblo, y concurrían en la plaza, en competencia de majeza de arreos, gallardía de mulas e intensidad en el canto.

El atardecer del final de vendimia, entre el polvo incendiado por un sol sanguinolento, era un jubileo de carros, de pámpanos secos y cantares.

Plinio, sacando inesperadamente la conversación, se encaró con don Lotario:

—Mire usted, el asesino sabía que aquella noche llegaba Carnicero a Tomelloso. Como tenía bien meditada su muerte, cuando se enteró de su llegada, lo aguardó apostado junto a esta tapia de San Isidro. Llegó Carnicero. Lo vio... o lo vieron pasar. Lo llamaron, lo entretuvieron en conversación hasta que la gente que salía de la estación desapareció y

rápidamente lo apuñalaron, lo metieron en un coche o carro y lo llevaron a enterrar a un sitio que no sabemos. ¿Quién en Tomelloso podía tener motivos suficientes para premeditar la muerte de Carnicero en la primera ocasión? Sólo tres personas, don Lotario: los hermanos y el padre de Margarita.

—Pero ¿no hemos descartado a los tres? ¿Uno por estar en el Casino y los otros por estar en Ciudad Real?

—Los hemos descartado sobre el papel, pero la realidad es otra que la que arrojaban nuestras averiguaciones. Por parte del padre o de los hijos hay una coartada que no hemos alcanzado todavía a ver.

—¿En quién piensas más? ¿En el padre o en los hijos?

—En los hijos.

—¿Cómo se enteraron en Ciudad Real de que venía Carnicero?

—Se lo comunicaría su padre porque se enterase, o se enteraron ellos mismos desde Ciudad Real por cualquier medio que nosotros desconocemos.

—Ellos podían salir de Ciudad Real hacia las nueve treinta, estar aquí a las once treinta y de vuelta a la capital de dos treinta a tres. El faltar ese tiempo del hotel unos forasteros que están de paso, no se echa de menos en ningún sitio.

Don Lotario hizo un gesto de perplejidad.

—Vamos a hacer unas pequeñas averiguaciones.

—¿Cuáles? —Venga usted.

Se dirigieron a Teléfonos. Allí pidieron a la señorita que les enseñara la relación de conferencias habidas con Ciudad Real el día 20 de setiembre.

Comprobaron que para nada aparecía el número del «Gran Hotel» de Ciudad Real, ni el de don Jerónimo en Tomelloso. Sí constaba el número del Banco y el de Carnicero, que llamó desde Alcázar a mediodía a su amigo Fernández. Y otras muchas conferencias de gentes de Ciudad Real con Tomelloso.

—¿Ve usted? —dijo *Plinio*—. Desde las doce, en que avisó Carnicero su llegada, es fácil que de algún modo se enterase don Jerónimo, o sus hijos, aunque estuviesen en Ciudad Real.

Don Lotario volvió a quedarse perplejo. Durante un buen rato pasearon por la glorieta de la plaza; luego, marcharon hacia la estación.

—No veo empresa fácil averiguar cómo se enteraron los hijos de don Jerónimo de la llegada de Carnicero a Tomelloso.

—No, no es fácil... Pero tal vez nos sea más fácil averiguar «dónde entierran» estos justicieros.

—¿Tú crees?

—Digo yo...

—¿Cuál es tu plan?

—¿Mi plan? Ellos se enteraron de la llegada de Carnicero en el tren de las doce treinta, por el medio que fuese, y debieron de trazarse su programa con rapidez. Este programa posiblemente debía de constar de los siguientes puntos: primero, hora de salida e itinerario, para estar frente a la estación a la hora convenida; segundo, manera de matar o secuestrar a Carnicero. Posiblemente su idea inicial no fue matarlo aquí, en lugar tan visible...; tercero, cómo deshacerse de él. Este punto, a mi entender, es el más importante.

Había que hacerlo con gran eficacia, rapidez y seguridad. Es fácil matar, el quitar los rastros de la muerte es casi imposible. Pero ellos debieron de ver la cosa muy clara, o tener el método muy a mano, cuando actuaron con tanta diligencia... Les falló de momento el plan, al verse obligados a matar en una esquina dejando un charco de sangre... Desde ahí, montaron el cuerpo en su coche y lo llevaron al lugar premeditado. Nuestra misión ahora es descubrir ese lugar, necesitamos ese muerto; sin él no hay nada que hacer.

—Buscar a un muerto es más difícil que a un vivo.

—A lo mejor no. Los muertos no se mueven. Esperan... y atraen.

—¿Y por dónde vas a comenzar a buscar ese muerto?

—Debe de estar en un lugar muy conocido para ellos. Un lugar de esos que encuentra uno al azar y dice: «¡Qué bueno es esto para esconder un tesoro... o un muerto. » Sí, porque estos lugares no se improvisan en una tarde ni en muchas semanas.

—Manuel, ¡con qué claridad discurres! —saltó don Lotario con arrobo.

—El muerto —continuó *Plinio* con cara de listo y agudo —debe de estar en un lugar muy frecuentado o transitado por ellos...

—En una de sus fincas o cerca de ellas, ¿eh, Manuel? —dijo don Lotario levantando el dedo, emulando el gesto astuto del jefe.

—Exactamente...

Don Lotario se frotó las manos y sintió que la boca se le hacía agua... De pronto, dejó el frote, y se quedó mirando al infinito. Prorrumpió al cabo:

—Manuel, ¿y si se hubieran llevado al muerto en el coche, camino de Ciudad Real, para tirarlo por ahí en un lugar lejano.

Plinio, empujándose la visera con el dedo, se subió un poco la gorra. Y con la boca entreabierta y los ojos entornados, quedó mirando al veterinario. Por fin hizo un gesto escéptico.

—No es fácil improvisar un lugar de enterramiento de aquí a Ciudad Real y en plena noche... Si hubiese mar, todavía... Don Lotario empezó a reír a borbotones.

—¿De qué se ríe usted? —dijo el jefe de la Guardia Municipal de Tomelloso, mosqueado.

—De lo del mar. Tú, que no lo has visto...

—No me lo recuerde. Es una espina que llevo clavada en el corazón. De este año no pasa; al remate de la vendimia, cojo a la mujer y a la chica y nos vamos *a* Alicante.

—Ya estamos al remate de la vendimia —dijo con sorna el albéitar.

—Bueno, quiero decir más adelante.

—Mira, Manuel, como el vino nuevo tome buen precio, palabra de honor que soy yo quien os llevo a Alicante... Doy cualquier cosa por ver la cara que ponéis ante la inmensidad...

—No será usted capaz...

—¡Vaya que sí!

—El mar... —Y *Plinio* quedó pensativo—. Nunca me lo imagino.

—Es muy difícil imaginárselo. Es..., bueno, te advierto que es como estas llanuras de por acá, mas que en azul... ¿Ves tú las casas aquí, a lo lejos? Pues así se ven allí los barcos, chiquitines.

—Sí, sí, eso sí, pero lo que yo no me imagino bien es lo de las olas.

—Eso sí que es difícil de explicar, Manuel. No hay nada que se le parezca... Vienen con mucha fuerza, como para comerse el mundo... Y luego, nada, se vuelven cansadas, rotas, echando espuma de rabia.

—Y las caracolas, ¿están encima de la arena?

—Encimita..., para que las cojan los niños.

—¿Y la gente merienda tranquila sobre la playa? —Sí, porque se sabe hasta dónde llegan las olas... Tienen su límite. De ahí no pasan hasta que sube la marea.

—Entonces, ¿uno las ve llegar cerca, como el perro que viene a oscuras a por los desperdicios de la merienda?

—Así es, Manuel, así es. Ya verás qué maravilla. ¡Y cómo huele!

Por en medio del paseo de la Estación venía una pareja de beodos, enlazados por el talle, que cantaban:

Cuando el sol
se va ocultando,
una plegaria
yo recito lentamente...

—Debe de ser una furcia de la casa de el *Ciego* —dijo don Lotario.

—¡Vaya «castaña» que tiene... !

Gritó la furcia:

—¡Déjame que cante *Mamita,* que es más triste!

Y comenzó con voz quebrada y cómica:

Mamita,
yo sé que mi culpa
no tiene disculpa,
no tiene perdón...

Como a ella se le ahogó la voz al llegar a lo del «perdón», él la remedó: —¡Perdón! Ella siguió gritando más:

Mamita,
tú que eres tan buena,
comprende la pena
de mi corazón...

—Vamos allá a ver si los hacemos callar, que van a despertar al vecindario —dijo *Plinio*—Vamos.

Ambos echaron a andar por el centro del paseo con derechura a la pareja que venía.

Cuando los abrazados vieron al guardia y a su amigo, con muy poco disimulo se dirigieron hacia uno de los paseos laterales y dejaron de cantar.

Plinio y don Lotario, de todas formas, se fueron hacia ellos. Cuando estuvieron

enfrente y a poca distancia, *Plinio* se paró y puso los brazos en jarras.

—Estos puñeteros... —dijo.

—Buenas noches, Manuel —dijo el de la furcia, un mazacote negruzco, peludo, y era conductor de camionetas.

—Bien le habéis dado al biberón, ¿eh, granujas?

El chófer se sonrió estúpidamente.

—Yo creo que debíais iros a dormir o por lo menos callaros...

—Es que yo..., ¿sabe usted?, tiene usted razón. ¿Me quieren aceptar un cigarro?

Le tendió la petaca al guardia. *Plinio la* tomó y empezó a liar.

—¿Y tú que dices, pichona? —le preguntó el guardia a la furcia, que miraba con ojos de cordero.

—¿Yo?

Era delgaducha, huesuda, de ojos tristes, con un enorme flequillo negro.

—Te ha dado cantadora, ¿eh?

—No estoy casi bebida —dijo—. Es que a una servidora le gustan mucho los tangos.

—¡Ah!

Cuando *Plinio* estaba encendiendo, aprovechó la mujer para inclinarse sobre el hombre y decirle algo al oído.

—¿Cómo? —le dijo el chófer, que no había oído bien.

La otra lo repitió. *Plinio* les miró de reojo.

—¡Anda ésta con la vergüenza... ! Pues díselo tú.

—¿Qué pasa? —dijo el guardia. —Es que no se atreve a decirle una cosa. —¿Qué?

—Que el señor Andrés lo lleva buscando a usted toda la tarde. —¿A mí?

—Sí, señor.

—¿Para qué? —Creo que para una cosa de la *Relicario.*

—¡Ajá... ! Está bien. Vamos para allá. Y vosotros, chitón, o vais a la «trena».

—Sí, jefe —dijo el chófer, confianzudo.

—Y tú, tanguista, gracias por el aviso.

Plinio y don Lotario se desviaron hacia la casa de el *Ciego,* por la calle de las Isabeles.

—Nunca he visto una pájara tan tímida —dijo don Lotario.

—No lo será, pero ante la autoridad suelen ponerse así de cortas.

—¿Qué noticias puede tener Andrés?

—¡Vaya usted a saber... !

El tocar de las guitarras y bandurrias se oía desde lejos. Aquella noche había lleno en la «Casa del Ciego». Ya el portal estaba casi lleno de mocetes que permanecían en un sí o no entro. Como hacía calor, a pesar de las fechas, todavía se alternaba en el patio de cemento. Sobre una tarima estaba la orquesta: Andrés con su vieja guitarra y la gorra de visera calada, dos barberos con bandurria, y la *Chucha,* que tocaba el laúd, con un cigarrillo en la boca. Casi todas las mesas estaban ocupadas. Las parejas bailaban sobre el cemento arrastrando mucho los pies. Cuando entraron el guardia y don Lotario estaban tocando aquello de:

Diego Montes
es un valiente bandolero.

En los reservados también había gran algazara, canciones y sonar de cristales.

Las encargadas servían en las mesas licores y ponches.

Apenas entraron en el patio, Andrés, sin dejar de tocar, dio una voz:

—Manuel, sentaos aquí en esta mesa que está bajo la parra... ¿Te dieron mi recado en el Ayuntamiento?

—No. Me lo dio una pupila que canta tangos que iba por el paseo.

—Ya se ha salido otra vez esa pécora, en vez de alternar aquí —dijo la *Chucha* al viejo.

—Déjala, para algo ha servido.

Se sentaron.

El Ciego, tan moreno, gordo e inmóvil, sobre la tapia encalada resaltaba como una figura de mármol negro. Mientras tocaba sólo movía la mano y miraba hacia el cielo con sus ojos cerrados, que de vez en cuando entreabría.

Cuando acabó *Diego Montes,* las parejas se fueron hacia las mesas, y la *Chucha,* con un platillo en la mano, iba cobrándoles a los que bailaban los veinticinco céntimos, importe de las tres piezas que tocaban seguidas.

Andrés dejó la guitarra sobre la silla y bajó de la tarima con dirección a la mesa del guardia y don Lotario.

La Chucha, mientras descansaba, apoyando el laúd vertical sobre un muslo, pasaba revista a la clientela con ojos justicieros, sin quitarse el cigarro de la boca. Los de las bandurrias se bajaron de la tarima y alternaban tomando ponche (vino y gaseosa) con unos amigotes que rodeaban a una gorda que abría mucho la boca, para que entre todos le contaran las muelas de oro que tenía.

—Cuenta bien —decía con la boca abierta—. ¿A que son ocho?

—¿Qué pasa, Andrés? —dijo *Plinio.*

—Trae unas copas de anís —dijo el *Ciego* a la encargada. Y no añadió más, como si esperase oportunidad.

—Buen negocio esta noche —le dijo el veterinario.

—No está mal, el corriente en día de sábado.

El Ciego se volvió hacia la *Chucha:*

—¡Eh, operarios! ¡Vamos!

Los llamados operarios tiraron la colilla con desgana, después de un buen chupetón, y salieron a la tarima.

—Vamos con *El manisero,* que el jefe no toca esta vez.

Dio tres taconazos sobre la tarima y comenzaron con *El manisero.*

Las parejas empezaron a ocupar la pista.

Andrés había encendido un «faria» y mientras se esforzaba por meterlo en tiro, tamborileaba con los dedos sobre la mesa.

Cuando el puro comenzó a arder razonablemente, dio una voz a la encargada:

—¡Rosario!

La Rosario, que estaba discutiendo precios con los de una mesa, no le oyó.

—¡Rosario!

La Rosario tampoco le oyó.

Entonces, la *Chucha,* con el cuello hinchado y las venas a punto de saltarle, escupió la punta de cigarro de su boca, que salió como una bala, y gritó con toda la fuerza de su ronca voz:

—¡Rosario!

Muchos de los que bailaban volvieron la cabeza sobrecogidos. Debían de creer que la *Chucha* insultaba a alguien.

La Rosario, al fin, se dio por enterada

—Ya voy, jefe.

El veterinario, que desde hacía rato no dejaba de inflar y desinflar las narices, como si le impulsase algún viento inusitado, dijo a Manuel:

—Hay que ver cómo huele aquí a furcias a pesar de estar al aire libre.

Plinio sonrió a media boca.

—Yo ni lo noto —comentó Andrés—. ¿Y cómo huelen, don Lotario?

—A perfume barato, a vino agrio y a tabaco apagado.

—¡Jolín! —dijo el *Ciego*—. Usted sí que es delicado...

—¿Qué decía, Andrés? —preguntó la Rosario con la bandeja en una mano y un cigarro de hebra en la otra.

—¿No ha salido todavía la *Relicario?*

—No.

—Pues dale el último aviso.

—Es pronto... digo yo.

—Qué ha de ser pronto, si ya van nueve piezas desde que entró.

—Es que él es muy *pesao.* Y como es buen cliente...

—Pues que acorte por hoy.

—¿Y si se queda de dormida?

—No, esta noche, imposible.

—Bueno, voy, pero no seré yo la que se lo impida, con lo animal que es...

La Rosario marchó hacia las habitaciones.

—Resulta —dijo el *Ciego* en el tono confidencial que permitía la próxima orquesta— que la *Relicario* dio una fotografía suya dedicada a Carnicero..., y uno se la ha encontrado en medio del campo.

Don Lotario, con los ojillos muy abiertos, quedó mirando a *Plinio.*

Éste se limitó a pasarse el dorso de la mano por la boca.

La Rosario se acercó a la mesa:

—Lo que yo suponía: que se quedan de dormida. Y ese bestia ha dicho que la *Relicario* no sale por sus tales y por sus cuales, y que el que sea hombre, que vaya...

—Esperaremos. Ya se dormirá —dijo *Plinio,*

Don Lotario se frotó las manos.

—Más anís, Rosario —pidió Andrés.

—¿Y por dónde lo encontró? —preguntó *Plinio* entornando los ojos. —No sé —respondió el *Ciego.*

—¿Es que no se lo dijo?

—No; porque el que le ha traído la foto a la *Relicario* no es el que la encontró.

—¡Ah!

—La encontró un carrero, y como sabía que la *Relicario* es amiga de Antonio Pavitos, el dependiente de los Belda, se la dio, que es el que la ha traído.

—¿Entonces? ¿Pavitos es ahora el amigo de turno?

—Eso parece. El caso es que como a la *Relicario* se le saltaron las lágrimas al ver la foto que había dado a Carnicero, Pavitos le arreó dos chuscas que casi la deja sin muelas...

—¿Cuándo fue eso?

—Esta siesta. El Pavitos siempre viene por la siesta hasta la hora de abrir.

—¿No dijo cómo se llama el carrero?

—No. Yo creo que esto podía interesarte, ¿no?

—Mucho, Andrés, mucho.

Habían acabado con *El manisero* y dos piezas más —L*a java y Con una falda de percal planchao*— y la Rosario se dedicaba ahora a la cobranza de pareja en pareja.

Poco a poco se iba despejando el local.

El ciego volvió a la tarima y tocaron nuevas piezas, de tres en tres, sin casi interrupción, para retener a la parroquia.

A don Lotario ya no se le veían los ojos de puro sueño. Además, con tanto anís, estaba un poco «mamao». *Plinio* parecía impasible, pito tras pito, copa tras copa, con los ojos entornados y el gesto escéptico, observaba a la gente.

A las cuatro de la mañana sólo quedaban clientes en torno a una mesa, en compañía de todas las pupilas libres.

Eran unos viajantes y un periodista de Albacete, que solía venir mucho por Tomelloso.

Al poco, nutrió el grupo la *Hija del caíd,* que llegaba con los ojos adormilados. Era una gran moza, morena y elástica, con una extraña cara entre de buenaza y picara. Al sonreír dejaba ver unos dientes espléndidos.

El periodista de Albacete casi se volvió loco de gusto al ver a la *Hija.* Empezó a darle abrazos haciendo grotescas salutaciones moriscas. Ella se pavoneaba entre sus admiradores enseñándoles los dientes y haciéndoles carantoñas.

El periodista de Albacete, que seguía en estado frenético, gritó:

—¡Que baile «el moro»!

La Hija del caíd se negó blandamente. Estaba cansada.

—¡Que baile «el moro! ¡Que baile «el moro»! —comenzaron a gritar los viajantes.

Y ella que no, y que no.

—Es una gran hembra —comentó *Plinio.*

—Ya lo creo —suspiró el *Ciego.*

—¿Cómo? —preguntó, despistado, don Lotario.

—¡Que es una gran hembra! —repitió el guardia.

Los dos barberos y la *Chucha,* dormitaban sobre la tarima con las bandurrias abandonadas sobre las piernas.

Como seguían insistiendo, la *Hija del caíd* consultó con Andrés:

—¿Lo bailo, patrón?

—¡Vale! —gritó el *Ciego*—. Niño, saca el oboe —dijo dirigiéndose hacia la tarima.

Uno de los barberos, rubiaco y tétrico, sin levantarse, buscó con la mano bajo la silla y sacó un estuchito negro. De él extrajo un oboe descolorido.

La Hija del caíd se había aligerado de ropa y se subió sobre una mesa.

—¡Que apaguen, que apaguen... ! —gritó el periodista de Albacete—. ¡Que lo baile a la luz de la luna!

—Rosario, apaga —gritó el *Ciego*—. Éste tiene muchas fantasías moriscas en la cabeza —continuó.

—Los periodistas, ya se sabe... —comentó don Lotario, que se había despabilado.

Empezó a surgir del oboe algo así como una melodía oriental, quebradiza y poco limpia. *La Hija del caíd,* sobre la mesa, a la luz de la luna, hacía unas contorsiones y movimientos de brazos que querían ser reptilescos.

La parroquia, encabezada por el periodista de Albacete, la animaban dando palmas y diciéndole piropos.

El barbero se había puesto de pie en la tarima, más despabilado, y subía el quirio de su cante. *La Hija del caíd,* también animada, se movía casi frenética.

—Esto está muy bien —comentó el veterinario, que se había incorporado de su asiento.

—Es una real hembra —insistió *Plinio.*

—Ya lo creo —tornó a suspirar el *Ciego.*

—A cualquier cosa llaman real —rezongó la *Chucha* desde su tarima.

—Qué más quisieran algunas... —apuntó el barbero.

—Tú te callas, canijo —le dijo la *Chucha, del* peor humor.

Cuando la *Hija del caíd* acabó su baile, sudorosa y extenuada, el periodista de Albacete la cogió a duras penas entre sus brazos y se la llevó a su cuarto.

La tertulia comenzó a deshacerse. Los músicos se despidieron. No habían vuelto a encender la luz. La luna estaba toda dentro del patio, pintando sobre el suelo y las cales rutilantes, las sombras de la higuera, de las sillas y de las personas.

La Rosario se acercó a Andrés.

—*La Relicario* está en la ventana. Dice que para qué la llaman.

Plinio se levantó.

—¿Dónde está?

—Sígame usted.

Asomada a un ventanuco, en el lado de la sombra, estaba la *Relicario,* con los hombros desnudos y los labios resecos. Al ver llegar al guardia hizo un movimiento instintivo hacia atrás.

Plinio se acercó a la ventana e iba a romper a hablar, pero la *Relicario* le chistó para que hablase en voz baja. *Plinio la* obedeció.

—Enséñeme ese retrato —musitó.

La Relicario, sin añadir palabra, se retiró de la verja. Volvió al instante con una cartulina en la mano.

Plinio la tomó y se apartó un paso de la ventana. Comenzó a examinarla a la luz del mechero.

Era un retrato «al minuto». En él aparecía la *Relicario* con un mantón de Manila y un

sombrero calañés simulando un poco de baile. Detrás decía con letra infantil: «Para mi chato, con todo el cariño de su Juli. »

Plinio se lo guardó en la cartera.

—¿No sabes cómo se llama el que lo encontró?

—No.

—¿Ni por dónde?

—No, señor. No me lo ha dicho.

—¿ Cuánto tiempo hace que lo tenía Carnicero?

—No sé..., hará un año... Siempre lo llevaba en la cartera.

—Ya. ¿Cuándo se lo encontró ese carrero?

—Hace unos días. No sé.

El que descansaba en la habitación gritó, de pronto:

—¡Chica!

La Relicario se entró corriendo.

Cuando salían de la «Casa del Ciego» ya estaba el cielo lechoso y los gallos andaban en los últimos cantares.

Dos pupilas, medio borrachas, dormían de bruces sobre una mesa, y al salir por el corralillo vieron a otra, en cuclillas, que hacía aguas, mientras cantaba con voz ronca un fandanguillo.

Plinio y don Lotario, más que cargados de anís, iban por los paseos de la Estación dando algún traspié que otro y con el refrío de la madrugada en los huesos.

Las gentes que querían tomar el primer tren, venían calle arriba, cargadas de maletas, hablando con la voz fría y sin matices de los recién levantados.

Algunos carros traqueteaban sobre los averiados adoquines de la calle de la Feria... En algunas ventanas se veían luces, y ya había mujeres barriendo y regando la puerta de la calle.

Parecían barrer a falta de mejor ocupación.

Antes de las nueve de la mañana, *Plinio* estaba haciendo hora en la buñolería de la Rocío, a que abriesen la sucursal de los Belda, que había en la calle de la Independencia.

Mojaba sus porras en café con leche, mientras la Rocío no se daba abasto a despachar. De vez en cuando se pasaba el brazo, con manguito blanco, por la frente para limpiarse el sudor. Hacía un día tormentoso, impropio ya del tiempo.

Como el trabajo no le dejaba espacio para la conversación, *Plinio la* miraba con ojos de guasa. Todo eran voces:

—¡Rocío, seis buñuelos!

—¡Rocío, diez churros!

—¡Rocío, échame una porra!

—¡Rocío, que tengo prisa! *Plinio* sólo le dijo:

—Alguien va a reventar esta mañana...

La Rocío le sacó la lengua, entre enojada y burlona.

Sobre el mármol del mostrador se contundían los buñuelos y la calderilla brillante por el aceite. Cuando estaba más atareada, *Plinio* le pedía:

—Ponme una copita de cazalla.

—Se va a tener que *aguarda* una chispa, señor guardia, digo yo...

Apenas dieron las nueve, salió *Plinio,* luego de pagar su desayuno y sin tomar la copa.

—Pero ¿no quería usted una *copiya, saborío?*

—Ya no, luego si acaso.

—Pues anda, qué prisa...

Ya estaba la puerta abierta cuando llegó *Plinio.* Sobre el largo mostrador de pino pintado de verde, Pavitos y otro dependiente, juntamente, con sus guardapolvos amarillos puestos y las tijeras asomando en el bolsillo superior, echaban una mirada al periódico. Tras ellos, en altas estanterías elementales, se alineaban las piezas de tela, especialmente pana y tela para blusas azules de campesino.

Ambos dependientes quedaron un poco sorprendidos al ver entrar a *Plinio.*

Éste, sin andarse con titubeos, dijo a Pavitos:

—Quiero hablar contigo a solas. ¿Podemos pasar a la trastienda?

—Sí, señor —dijo Pavitos un poco inexpresivo.

Iba muy repeinado con fijador y se movía con un aire de afectada suficiencia. Era alto y no mal parecido. Con frecuencia se pasaba la mano por el pelo para cerciorarse de su perfecto peinado. En el meñique de la mano izquierda tenía la uña muy larga, con la que quitaba la ceniza del cigarro con mucha prosopopeya.

Plinio pasó bajo la trampilla del mostrador, y ambos entraron en la menguada trastienda.

Olía en ella a humedad, a apresto de las telas.

Pavitos encendió una bombilla amarillenta y altísima.

Plinio se sentó en una especie de banquillo de madera que había para soportar las lonas.

Con mucha parsimonia se sacó la fotografía del bolsillo.

—¿Tú conoces este retrato, Pavitos?

Pavitos lo miró, poniéndolo a cierta distancia de los ojos.

—Sí, señor.

—¿Cómo llegó a ti?

—Me lo dio Braulio, el que está de carrero en casa de Joñas.

—¿Cómo lo tenía él?

—Me dijo que lo encontró tirado en un camino.

—No me acuerdo bien, pero creo que dijo que por el Brochero o por ahí.

—Ya. ¿Por qué te lo dio a ti?

—Como él sabe que yo suelo alternar con la *Relicario...*

—¿Cómo es que tú, tan señorito, tienes amistad con un carrero?

Pavitos se esponjó por lo de señorito.

—Braulio es algo pariente de mi padre y somos además vecinos. De vez en cuando hablamos. Él, sabe usted, quiere que yo lo lleve a «Casa del Ciego»; le gusta una de allí.

—Y tú te haces el interesante.

—Hombre, no es eso, es que no es de mi clase, ¿comprende usted? ¿Puedo preguntarle qué pasa con ese retrato?

—Nada importante. A lo mejor tenemos que volver a hablar.

—Cuando usted quiera.

Cuando salieron de la trastienda, el otro dependiente despachaba a dos mujeres:

—Estopilla como ésta no hay en toda España, se lo digo yo —les decía.

Las mujeres se la acercaban mucho a los ojos y la palpaban con ansia.

Plinio se encaminó, calle del Campo arriba, a la bodega de Joñas Torres.

Plinio llegó a la bodega, donde tantas veces fuera de niño. Allí trabajó su padre. Llegó a ser capataz. Él iba a verlo al salir de la escuela por la tarde. Hasta que concluía el trabajo, jugaba por los patios con otros niños, entre las cubas y bidones... Allí cogió también su primera borrachera. Un día de fritanga y zurra, los peones y carreros le dieron de la bota reiteradamente, y su padre lo tuvo que llevar a casa en brazos.

Aquel olor a orujo, a vinazo y a alcohol le sugerían viejos recuerdos. En los primeros años de mozo también trabajó allí, a la vera de su padre, primero como peón de bodega, luego como aprendiz de cubero; pero a él no le hacía mucha gracia todo aquello. Cuando volvió del servicio militar con el grado de sargento, el jefe político conservador, que lo quería mucho, le propuso hacerle jefe de la Guardia Municipal, y aceptó. Dejó la azuela por el sable y comenzó su carrera de policía.

La mayor parte de los bodegueros que había en aquella casa eran de su tiempo. Iba por todos sitios haciendo saludos y diciendo chirigotas..., pero aquel Braulio no le sonaba a él. Debía de ser nuevo. Prefirió ir derecho a preguntar al capataz de bodega, que era un hombre achaparrado e hinchado de sangre, a quien llamaban Gregorio. Le dijeron que estaba en una de las cuevas.

Bajó la empinada escalera; a cada tramo se hacía mayor la oscuridad, y aumentaba la sensación de fresco. Ya abajo, no vio a nadie ni oía nada. Debían de estar en el otro tramo. Dio una voz que resonó sobre las panzas de las tinajas:

—¡Gregorio!

—¿Quién? —se oyó.

—Soy yo, Manuel...

Una manguera de goma, con la que estaban sacando vino por una de las lumbreras, se estremecía como un reptil. A través de las rejas de las altas lumbreras se veía la mañana límpida del otoño. Las tinajas, solemnes y panzudas, se alineaban perfectamente como un ejército de gigantes gordos. Cada tinaja tenía marcada con tiza la clase de vino que la ocupaba.

Encontró a Gregorio frente a una bomba manejada a mano que movían esforzadamente dos hombres dándole a los volantes. Los pistones, engrasadísimos y dorados, ascendían y bajaban al ritmo de los volantes.

Un poco más allá, sentados sobre un rollo de mangueras, masticaban pacientemente su almuerzo dos hombres jóvenes, que apenas se distinguían entre las sombras a primera vista.

Así que cambiaron los primeros saludos, Gregorio dio a *Plinio* una botella con caña para beber.

Plinio, que amaba el vino tomado en la bodega, en la misma «halda de la madre», como él decía, echó un trinque prolongado y eficaz. Se limpió luego con el dorso de la mano y ofreció su petaca a Gregorio, que le dio otro tiento a la botella.

Cuando el policía dijo que buscaba a un carrero llamado Braulio, Gregorio le dijo, señalando a uno de los que comían entre las sombras:

—Ahí lo tienes, haciendo por la vida.

El mozo, al oír su nombre, dejó de masticar y se quedó con la navaja en suspenso.

Todos miraron hacia Braulio.

—¿Es a mí? —dijo, un poco azorado.

—Sí, pero no es nada, muchacho. Sólo hacerte una pregunta.

Braulio se levantó lentamente, con la navaja en una mano y el pan y el tocino en la otra.

Llevaba la blusa azul atada con un grueso nudo a la cintura. Los pantalones de pana también los llevaba recogidos al tobillo con correas. La boina, al cogote. No tendría veinticinco años.

Desde arriba, por la lumbrera abierta, por donde salía una manguera, tronó una voz:

—¡Buenooo... !

Los de la bomba dejaron de voltear. Los dos, casi a la vez, se pasaron la manga de la blusa por la frente para secarse el sudor. Luego, bebieron un largo trago y comenzaron a liar un cigarro.

Arriba, junto a la lumbrera, se oía mover cubas y dar órdenes a las mulas:

—¡Sio... ! ¡Booo... !

—Con el permiso de ustedes voy a hablar unas palabras con Braulio.

Plinio lo tomó del brazo y se lo llevó a buena distancia de allí. Se detuvieron bajo una lumbrera donde había buena luz.

Plinio sacó la fotografía de su vieja cartera y se la mostró al mozo, que no las tenía todas consigo.

—¿ Tú conoces este retrato?

Braulio lo tomó entre sus dedos torpes y, después de echarle una ojeada, quedó mirando a *Plinio* sin saber qué decir, mejor dicho, sin saber lo que le convenía decir.

—¿La conoces, sí o no?

—Sí, señor —casi suspiró.

—¿De dónde?

—De la «Casa del Ciego» —añadió con aire de confesión.

—Si no digo ella, digo la fotografía.

—Me la encontré.

—¿Dónde?

—En el campo.

—¿En qué campo?

—Cerca de Cinco Casas.

—¿En qué finca?

—Junto al Brochero... Estaba cas! en el camino, entre unos cardos.

—¿Casi en el camino?

—Sí, señor.

—¿En el camino que pasa junto al Brochero?

—Sí, señor.

—Si yo te llevara allí, ¿sabrías decirme justamente en qué parte?

—Sí, señor..., creo que sí... Hay enfrente un bombo que es de nuestra viñeja.

—Ya.

—¿Cuánto hace que lo encontraste?

—Yo salla de nuestro carril y apenas entré en el camino del Brochero, todavía no me había subido al carro, la vi entre los cardos. Me pareció una carta.

—Sí... Digo que cuánto tiempo hace que la encontraste.

—Hará cosa de mes y medio..., cuando me traje el primer viaje de uvas. —Cuando fuiste por la mañana, ¿no la viste?

—No, señor.

—Si era tu primer viaje de uvas, sabrás muy bien qué día fue.

—Sí, señor, el primer domingo después de la feria.

—¡Ajajá! Bueno... —dijo *Plinio* con gozo, al tiempo que se guardaba la foto en la cartera—. Muy bien, muchacho. A lo mejor tenemos que hacer allí un viaje juntos, para que me digas exactamente dónde la encontraste.

—Sí, señor, como usted quiera. Oiga usted...

—¿Qué?

—¿Me pasará algo malo?

—No. Además, no te preocupes, contigo no va nada.

—Sí, señor.

—Toma, lía un pito.

Plinio salió casi corriendo en busca de don Lotario.

Don Lotario sabía las gestiones que aquella mañana ocupaban a *Plinio;* sin embargo, estaba pasando la mañana molestísimo. Sentía enormes celos cuando no intervenía en alguna diligencia. Llegaba a sospechar que *Plinio* le ocultaba algo. Acabó por abandonar el herradero y marchó al Casino para otear desde la ventana y ver si *Plinio* llegaba al Ayuntamiento, o pasaba por la plaza camino de cualquier sitio. Con el sombrero muy caído, el cigarro en la boca y los ojos entornados, pasó largo rato mirando a través de los cristales, de espaldas a los socios que, en el salón bajo, jugaban a las cartas o leían los periódicos.

Una novedad de este caso es que lo conocía muy poca gente, y nadie prácticamente sabía que ellos andaban en él. Estos casos secretos excitaban mucho a don Lotario.

En aquellos momentos, el veterinario pensaba que había tenido mil ocasiones de comprobar que *Plinio* no le ocultaba nada; sin embargo, no podía evitar la desconfianza. Cuando el jefe estaba ausente, investigando por su cuenta, don Lotario, en su imaginación, agigantaba y deformaba la personalidad de *Plinio* hasta figurárselo como un zorro astuto, capaz de doblez... Otras veces, la deformación era más atenuada. Se representaba a su amigo como dotado de tan alta inteligencia y propenso a tan adelantadas averiguaciones que él no podía llegar a ellas... No podía tomarse *Plinio el* trabajo de descender a cada instante a dar explicaciones y detalles al veterinario.

Don Lotario se consideraba a sí mismo un ser muy vulgar. Algunas veces se excitaba y llegaba a creerse equiparable a *Plinio,* pero esto pasaba pronto. Al fin y al cabo su papel le gustaba; el otro era la gran cabeza y él un auxiliar útil, especialmente por su fidelidad y por su «Ford». No podría vivir ya sin ayudar al guardia. Su profesión, el dinero, las fincas, todo perdía interés para él cuando surgía un «caso»... Algunas veces pensaba don Lotario que había una cosa que nunca podría hacer *Plinio* y él sí: escribir las Memorias de sus comunes aventuras. Él podría hacer famoso a *Plinio.* Bastaba con contar sencillamente sus

«casos» punto por punto... «Un día lo haré —pensaba—. Todavía estamos en el principio. »

Vio a *Plinio* cruzar la plaza, camino de su herradero, y salió corriendo a la plaza:

—¡Manuel! ¡Manuel!

Plinio, al oírlo, cambió la dirección de sus pasos hacia el Casino. Avanzaba, como siempre que cruzaba la plaza, mirando al suelo, con el cigarro en la boca y las manos atrás.

Ya en el salón, buscaron con los ojos una mesa junto a la que sentarse. A aquellas horas estaba muy concurrido. En torno a la mayoría de las mesas cuatro hombres jugaban a las cartas y otros ocho o diez seguían la partida. Eran hombres ya maduros, labradores acomodados, vestidos, sin excepción, con blusa negra, pantalón de pana del mismo color, y boina, que jamás se quitaban. A voces comentaban los incidentes de la partida. Reían. Hombres que en su mocedad se curtieron con el sol y todavía conservaban un lejano aspecto montaraz, aunque sus manos ya estaban blancas por la ociosidad y la sombra. En torno a otras mesas, hombres con el mismo atuendo charlaban despaciosamente, con ademanes sentenciosos. Algunos, con aire poco interesado y pasando las hojas con torpeza, miraban los periódicos.

Los camareros, ociosos ante esta clientela totalmente ahorrativa, sentados en alguna mesa, mezclados con los socios de la blusa negra, hojeaban alguna revista o fumaban mirando al cielo.

En el fondo del salón, casi junto a la escalera, había una mesa libre. A ella se dirigieron el guardia y su amigo.

Plinio se echó la gorra hacia el cogote, puso ambas manos extendidas sobre el tablero de la mesa, y quedó mirándoselas, meditativo.

—¿Qué hay, Manuel, qué hay? —preguntó don Lotario, impaciente, sentado en el borde de la silla y mirando al guardia con toda la penetración de sus ojos arrugados.

—Mañana domingo vamos a hacer un pequeño viaje al Brochero, con Braulio. Por allí se encontró el retrato.

—¿El Brochero?

—Sí...

—¿Qué relación puede tener el Brochero con... ellos?

—No sé. Ellos no han tenido nunca posesiones por esa parte.

—Por eso digo... Claro que puede ser camino.

—Sí, puede.

—Veremos sobre el terreno qué sacamos en claro.

—No estará de más que usted, por su cuenta, se entere bien de quién tiene tierras por allí y de qué relación pueden tener éstos con aquellos o con lugares próximos.

—Sí...

Don Lotario iba al volante; detrás, *Plinio y* Braulio, el carrero de casa Torres.

Hacía una tarde nubosa y calma. Sólo muy de tarde en tarde se veía algún carro de uvas. Los últimos de la campaña. Eran carros apenas cargados, de unas uvas amarillentas y mosteadas. A lo lejos se vio el «trenillo» de Cinco Casas-Tomelloso, chafarrote y negro bajo un humo espesísimo.

—Tú mira bien, muchacho —dijo *Plinio* al carrero—. Necesito saber en qué lugar encontraste ese retrato.

—Sí, señor. Todavía falta un poco.

—No creo que llueva.

—¿Qué? —preguntó *Plinio,* que le impidió oír el ruido del motor.

—¡Que no creo que llueva!

—¡Ah! Yo tampoco.

—Vaya usted despacio... —dijo el carrero—, que ya veo el bombo y es enfrente.

—¿Aquí vale?

—Un poquito más.

—¿Aquí?

—Vale.

Se apeó el carrero, fue hacia el otro lado del camino y avanzó sin perder de vista el bombo frontero. El guardia y el veterinario iban tras él. Por fin se detuvo junto a unas tobas altas y ya pajizas.

—Aquí fue, jefe.

—¿ Seguro?

—Seguro.

Plinio oteó el horizonte hacia aquella parte durante unos minutos.

—¿Hay por aquí senda para algún sitio? —le preguntó a Braulio.

—Senda, no. Lo que hay, cuatro pasos más allá, es una linde que separa esta viña de aquélla. La linde va derecha a la quintería, que la tienen en común los amos de estas dos fincas.

—¿ Quiénes son?

—Los Rosado. Esta parte es de Julián y aquélla de Benito.

—¿ Hermanos?

—Sí.

—Bueno, si no te importa, te quedas un ratito fumándote unos pitos nuestros. Nosotros vamos a echar un vistazo.

—Si lo permite, yo me quedo aquí viendo mi viña.

—Bueno, mejor.

Plinio, seguido de don Lotario, anduvieron un poco camino adelante hasta encontrar el lindero que estaba ocho o diez pasos más hacia el Norte.

—¿Vamos por aquí a ver qué pasa?

—Vamos.

Avanzaban uno tras otro por la estrecha linde. La llanura era tan absoluta por aquellos parajes que el horizonte sólo lo interrumpían las blancas casas de labor diseminadas por el campo.

Ambos amigos llegaron hasta la casa de los Rosado. Concluida hacía poco la vendimia, en la finca no había absolutamente nadie. La casa estaba cerrada y las viñas llenas de despojos y con los pámpanos abatidos y casi secos.

Dieron una vuelta en torno a la casa y no vieron nada de particular. Junto a la casa había un aljibe cerrado con candado. Don Lotario quedó mirándolo con aire misterioso.

—¿Qué te parece esto?

—Nada. No creo que nadie sea capaz de echar un «fiambre» a un aljibe. Toda la vendimia sacando agua de él... Se habría descubierto en seguida.

—Llevas razón... Salvo que le hubieran atado alguna piedra.

—N*o* creo. ¿Y cómo iban a tener ellos la llave de aquí? En fin, ya veremos.

Plinio siguió oteando por los alrededores, seguido de don Lotario. En esto les pareció oír que alguien les voceaba. Miraron y era el carrero.

—¿Qué dice? —preguntó *Plinio.*

—No sé...

—Acerqúese usted.

Don Lotario, con ambas manos en los bolsillos, se fue hacia el carrero a medio trote.

Plinio se sentó en una piedra a esperar el resultado de la llamada. Vio cómo el veterinario y Braulio se juntaban a mitad de camino, y luego de cambiar unas palabras, ambos, con mucha diligencia, venían hacia él.

—¿Qué pasa? —voceó, impaciente.

—Que nos advertía Braulio que tuviésemos cuidado con el pozo —dijo el veterinario guiñando un ojo.

—¿Con qué pozo?

—Con un pozo seco que dice que hay más allá, a ras de tierra.

—Sí, jefe, el Pozo Hondo.

—No sé qué pozo es ése.

—El pozo-mina que hicieron unos antiguos en busca de no sé qué aguas.

—¿El pozo-mina? Pero ¿está por aquí? ¿No está por Ruidera?

—Aquí hay otro, sí, señor. Vénganse *ustés.*

Y el mozo echó a andar con decisión por la parte trasera de la quintería. A cosa como de unos trescientos metros, se detuvieron. En efecto, totalmente a ras del suelo, al final de la linde, sin más señal que unas piedras mal colocadas, se abría un anchísimo pozo muy redondo y bien obrado, con brocales regulares.

—Es muy hondo, muy hondo —dijo el mozo al tiempo que tiraba una piedra.

Hicieron oído y al cabo de unos instantes se oyó un golpe sordo.

—¿Y está seco? —preguntó el veterinario.

—Seco como la tierra.

Plinio y don Lotario quedaron mirándose.

—Vaya, vaya, con el pozo-mina... —dijo el guardia, al tiempo que se rascaba el cogote.

El carrero los miraba también con cara lela, sin saber por dónde se andaba.

Plinio dio unas vueltas en torno al pozo, mirando hacia uno y otro lado, y, por fin, dijo:

—Bueno, señores, cuando quieran nos podemos ir.

Y echó a andar delante, con las manos a la espalda.

Cuando ya iban en el auto, preguntó al carrero:

—¿Tú no encontraste nada más que la fotografía esa, ni más papeles ni más nada?

—No, señor... Bueno, también me encontré una peseta, pero a lo mejor no era del

mismo, digo yo.

Desde la ventana del Casino estuvo don Lotario viendo más de dos horas encendida la luz del balcón del Juzgado, que correspondía al despacho del juez. Alguna vez se veía pasar ante los vidrios la figura un poco encorvada de *Plinio,* otras la del secretario, otras la del fiscal. El señor juez debía de estar sentado en un sillón.

El veterinario no podía remediar su malestar cada vez que se celebraba alguna de estas reuniones sin estar él presente. En espíritu se sentía tan justicia como el que más. Realmente pocas eran las veces que él no estaba con *Plinio* en los casos importantes, sea cual fuere la situación. Sin embargo, el señor juez, por sistema, lo consideraba un intruso y no lo quería en sus entrevistas con el jefe de la Guardia Municipal de Tomelloso.

Don Lotario pensaba que había de llegar el día en que él tuviese una explicación muy amplia con el juececillo, como le llamaba el veterinario para sus adentros.

A eso de las nueve, *Plinio* franqueó la puerta del Juzgado y tomó la dirección del Casino. Sabía que don Lotario estaría comiéndose las uñas de impaciencia y venía a traerle las novedades.

Cuando llegó junto al veterinario, éste no pudo evitar una exclamación:

—Manuel, ¡dos horas!

—¿Qué quiere usted? Hasta que los he convencido para llevar a cabo mi plan... Todo son pegas. «¿Y si no hay nadie? Dinero y trabajo perdidos... » Por fin me han hecho caso. Han avisado a los poceros, y mañana por la mañana salimos para el trabajo. Habrá que echar comida por si dura la faena.

—No te preocupes, Manuel, yo llevaré para los dos.

—¡Hombre, no faltaba más!

—Te digo que sí, y basta. Bastante tienes tú encima para ocuparte de comidas... ¿Quiénes vamos?

—Usted, los poceros y yo.

—¿Y los del «margen»?

Don Lotario siempre llamaba así a los del Juzgado.

—Los del «margen» irán si hay «fiambre».

—Claro, no van a molestarse...

—La verdad es que no deben si no hay para qué.

A primera hora de la mañana, fresca por cierto, don Lotario y *Plinio* estaban junto a la boca del pozo-mina, viendo cómo dos poceros a la vez —así lo quiso el jefe de la Guardia Municipal de Tomelloso— bajaban por las covachas, bien preparados de cuerdas. La pareja formada por el cabo Maleza y el Jaro daban cuerda, que con toda precaución la habían atado entre los radios de las rueñas del «Ford» de don Lotario para mejor templar y sujetar en caso preciso.

El guardia y el veterinario, desde el brocal, miraban cómo se iban hundiendo los poceros, cada uno de ellos con casco y farol.

—¿Quieres creer, Manuel, que estoy nerviosísimo? —dijo don Lotario.

El guardia se limitó a emitir un gruñido, que lo mismo podía significar que compartía

el estado de ánimo de su amigo o que lo despreciaba.

Luego de unos minutos de silencio, habló Maleza:

—Jefe, no les ha dado mucho gusto a los poceros el que no les haya querido usted decir lo que pueden encontrar ahí abajo.

—Me parece que se lo figuran —le replicó el veterinario.

Desde arriba, apenas se veían ya las lucecitas de los poceros.

La mañana no despejaba. El sol se entreveía entre nubes de muy distinta opacidad.

Afortunadamente para los de la justicia, nadie aparecía por los alrededores. La quintería de los Rosado seguía cerrada a cal y canto.

Cuando nadie lo esperaba, habló *Plinio:*

—¿Cómo se les ha ocurrido a ustedes que yo no he dicho a los poceros lo que pueden encontrarse?

—¡Ah!, ¿sí? —dijo el veterinario mosqueado.

—¡«Naturaca»! Van contratados por el juez con un sueldo especial si hay «fiambre».

Lejos se veían unos puntos que aparentaban ser ovejas. Más lejos, camino de Cinco Casas, pasó el tren.

Al poco dejaron de tensarse las cuerdas.

—Ya han llegado —dijo Maleza.

—¡Silencio! No os mováis —dijo *Plinio* al tiempo que se tumbaba en tierra, con la oreja pegada al brocal del pozo.

Para mejor agudizar el oído entornaba los ojos y arrugaba la frente. Todos los presentes contenían la respiración. Por fin, con mucha más intensidad de la que era de esperar, se oyó un silbato.

—¡Ahí está! —dijo *Plinio* con voz ronca.

Se puso en pie y, por un momento, los cuatro hombres se miraron con emoción. Luego, del coche sacó una larga maroma con un lazo corredizo en un extremo, y comenzó a soltarla al tiempo que voceaba:

—¡Ahí va!

Cuando fue el momento oportuno, Maleza y el guardia comenzaron a tirar de la cuerda ya con la presa. Lo hacían lentamente y sólo se oía el rozar de la maroma sobre el borde de piedra del pozo.

Plinio y don Lotario, sin ver nada absolutamente miraban hacia el negro agujero. La pareja tiraba de la cuerda con mucho tiento, como si temieran lastimar a quien pendía del extremo. —¿Pesa? —casi musitó don Lotario.

Maleza hizo un gesto afirmativo.

Plinio, en silencio, y sin dejar de mirar al pozo, dio la petaca a don Lotario. Ambos liaron maquinalmente. Apenas hubieron encendido, *Plinio* miró de nuevo y dijo:

—Ya está aquí.

El cuerpo venía atado de los pies, cabeza abajo. El jefe y el veterinario no tuvieron más remedio que echarle mano para acabarlo de sacar, cuando llegó a la boca del pozo.

Todo el cuerpo, ropa y carne, estaba embadurnado de una especie de barrillo gris plomo. Parecía en su totalidad una estatua hecha de esta materia. Lo dejaron tumbado en tierra. *Plinio* y el veterinario lo contemplaban en silencio, ya sin emoción, los otros dos guardias tensaban la maroma de los dos poceros que ascendían.

El cuerpo del muerto presentaba una figura rara. Estaba doblado con los brazos hacia atrás de la cabeza. Los ojos abiertos estaban cubiertos del lodo gris. La boca no se distinguía.

—¿Lo reconoces, Manuel?

Manuel dijo que no con la cabeza. Luego, añadió:

—Yo no lo conocía, ¿y usted?

—Yo tengo idea de haberlo visto pasear con la chica, pero ahora, la verdad, no podría decir...

—Es él —dijo Maleza, al tiempo que resollaba por la fatiga que le produjo el esfuerzo.

Y mientras seguía sacando la maroma.

Plinio lo miró, incrédulo de su observación.

—Que sí, jefe...

—¿Era rubio o moreno?

Y quedó mirando con guasa a su subordinado.

—Hombre...

—¡Ay, que eres un voceras... !

—Habrá que lavarlo —dijo don Lotario.

—Desde luego.

Por fin, aparecieron los poceros, jadeantes, pringados de barro gris. Se quitaron el casco y se miraron ropas y manos.

—Lavaos en el pilón del aljibe —les dijo el jefe.

—Estaba casi hundido en el barrizal que hay dentro —dijo el más viejo—. Habría acabado por enterrarlo del todo... Y porque está el barro bastante duro, es como greda.

Cuando los poceros se hubieron lavado, cambiado de ropa, echado un trago de la bota que trajo don Lotario y fumado un cigarro, *Plinio* dio sus disposiciones.

—Vosotros —a los guardias— os quedáis aquí con el cadáver. Los poceros y nosotros vamos al pueblo. Don Lotario y yo volveremos antes de mediodía con el Juzgado y preparativos para llevarnos el cuerpo.

—Por lo menos nos dejará usted la bota para distraer el velatorio, ¡digo yo!

—Bueno.

Y se la entregó.

Ya en Tomelloso, *Plinio* fue a ver al juez para comunicarle el hallazgo. Dijo a la Guardia Civil que citase a la familia de Carnicero para que acudiesen a Tomelloso a reconocer el presunto cadáver de su deudo; citó también el depósito para las doce a la *Relicario y* al del Banco; mandó traer prestada la camioneta de Casiano el alpargatero y el ataúd de los pobres... Y cuando todas las diligencias estuvieron en marcha, expuso al señor juez su plan de llevarse a los dos hijos de don Jerónimo al Brochero, para ver cómo reaccionaban ante el cadáver... De ahí podía salir la única prueba de culpabilidad contra *los Jerónimos,* como les llamaban a los dos hermanos en Tomelloso.

Obtenido el placet, veterinario y jefe se dirigieron en el «Ford» a casa de don Jerónimo... Pero en esta gestión concluyó la buena suerte que acompañaba a Manuel González, alias *Plinio,* desde hacía cuarenta y ocho horas. Don Jerónimo no había vuelto de su prolongado viaje. Los hijos estaban en el norte de España a vender vino desde hacía

varios días y se ignoraba su exacto paradero.

Plinio y don Lotario volvieron al Juzgado con las orejas gachas. Andrés, el *Ciego,* a quien llamaron por teléfono, nada sabía de *los Jerónimos.*

A media tarde, todo el pueblo sabía el hallazgo del cadáver de Carnicero. Sus familiares, así como la *Relicario y el del* Banco, una vez lavado el cuerpo, lo reconocieron sin excepción.

El forense, aparte de diagnosticar la muerte de Carnicero por seis puñaladas en el vientre, nada encontró entre las ropas que supusiese indicio cierto.

Llevaba puesto reloj de pulsera, sortija y una medallita de oro. Sólo se echó de menos su cartera y un maletín que, según sus familiares, trajo de Alcázar.

No hubo manera de convencer a los familiares para que dejasen el cadáver en Tomelloso. La justicia tampoco tenía argumentos suficientes para obligarles. Hecha la autopsia, la familia se llevó el cuerpo a Alcázar, perfectamente amortajado y en un ataúd de primera calidad.

La noche que se llevaron el cadáver de Carnicero, *Plinio* y don Lotario, sentados en su acostumbrado rincón del «Casino de San Fernando», fumaban en silencio. Llovió todo el día, bajó mucho la temperatura y todos los tomelloseros estuvieron de acuerdo en que el invierno había hecho aquel día su entrada definitiva.

Plinio se echó mil veces a sí mismo la culpa de lo ocurrido.

«¿Cómo no se me ocurrió —se repetía— comprobar si estaban *los Jerónimos* en el pueblo antes de ir a buscar el cadáver? Por esta imprevisión perdimos la última oportunidad... Diga usted lo que quiera, y el juez, yo estaba muy seguro de la prueba que tenía pensada. Quien no es un criminal nato, no soporta con serenidad que le pongan ante el cadáver casi olvidado de su víctima. Ha sido una lástima, una verdadera lástima... Y luego la familia, deseando llevarse su cadáver, como si fuera un manjar... ¡Oh... ! ¡Le digo a usted... !»

Plinio miró a don Lotario sonriendo y le dijo con sarcasmo:

—Y pensar que, según la ley, es hoy cuando deben empezar las indagaciones sobre este caso..., hoy que han concluido...

—Es que nosotros siempre vamos delante, Manuel.

—Para buen papel.

—Y lo malo, lo que me indigna de verdad, es que no nos ha quedado ningún cabo por atar. No veo nada que pueda hacerse. *Los Jerónimos,* aquella noche, estaban en Ciudad Real para todos los efectos, y eso, a estas alturas, ya no hay quien lo niegue.

—¿No nos habremos obcecado demasiado con *los Jerónimos,* Manuel?

—¡No, no, y mil veces no! Yo sé mi oficio, don Lotario, y me jugaba el cuello a que fueron ellos..., los conozco muy bien... Son gente feroz en cuanto a negocios familiares se trata. Cuando se muere alguien de su familia, le llevan luto durante diez años; tienen una idea de la honra, de los muertos y de la sangre como en los tiempos de Maricastaña. Para quien burló a su hermana, la muerte sin remedio. Era una cosa bien rumiada. Son gentes que esta vez obraron a conciencia. No perdonan... Cuando José Alberca fue alcalde, les sacó una multa a los carreros de *los Jerónimos* por no llevar farol; desde entonces, los familiares no se hablan, y de esto hace treinta años. Tienen más orgullo que don Rodrigo. Son incapaces de hacer mal a nadie, pero quien se la haga, lo paga sin remisión.

—Un salvajismo como otro cualquiera.

—De acuerdo, pero son así... Ellos lo mataron, don Lotario. Estoy tan seguro como que la hermana no volverá jamás a Tomelloso. Mientras viva un solo varón de esa familia, ella tendrá que vivir en el destierro, fíjese usted lo que le digo. Y tampoco perdonarán al hijo de ella.

—¿Tu idea es que ellos vinieron aquella noche de Ciudad Real porque les avisó alguien?

—Sí, seguro.

—Luego a ese alguien le tenían confiados sus propósitos.

—Claro.

—¿Y quién puede ser ese alguien de tanta intimidad y confianza? ¿Alguien de la familia? ¿Algún primo, tal vez?

—Vaya usted a saber.

—¿No podríamos reanudar en ese sentido nuestras investigaciones?

—No sé, lo veo todo muy negro. Esto se nos ha ido de las manos.

—No seas pesimista, Manuel. En estos sitios pequeños, tarde o temprano se sabe todo.

—Es posible, pero es que yo quiero saberlo antes que nadie.

A *Plinio* le hacía siempre un poco de ilusión el cambiar de uniforme. Cuando faltaban pocos días para acabar el invierno, soñaba con el día que pudiera ponerse el uniforme de dril. Hacia la Feria, ya pensaba con regusto en el uniforme de paño azul marino y en la pelliza con vivos y galones de astracán.

Aquel noviembre la cosa tuvo más emoción, ya que el Excelentísimo Ayuntamiento se dignó hacer uniformes nuevos a su Policía. Y Manuel González se vistió aquella mañana casi con emoción. Los botones dorados y los vivos rojos del uniforme destacaban sobre el recio paño azul oscuro. La gorra y la pelliza también eran de estreno. Para que no faltase detalle se lustró las botas y limpió la empuñadura y contera del sable con «Sidol»; y el revólver niquelado, con bicarbonato.

Iba radiante con su uniforme calle Socuellamos abajo. Casi le daba vergüenza mirar a la gente. En tal situación y estado de ánimo, pensó que lo mejor sería ir a que lo viese Rocío.

Entró en la buñolería, con poca gente en aquel momento, como un capitán general. La Rocío, al verlo, se quedó con los ojos muy abiertos y en el aire la mano que sostenía la navaja.

—J*osú,* María y José... Si *párese el* mismísimo archipámpano.

Plinio se sacudió con afectación una mota de ceniza y pidió café y churros. Por decir algo preguntó por don Lotario.

—Hace media hora larga que pasó por aquí, pero si supiera cómo viene su jefe esta mañana, seguro que volvía. ¡Bendito sea Dios, y qué rehermoso está usted, compadre!

Cuando *Plinio* estaba concluyendo su colación en el mostrador de mármol y de espaldas a la puerta, oyó que decía Rocío dirigiéndose a alguien:

—J*osú,* pero qué ha visto ese hombre que se va tan *espantao*...

—¿Qué pasa?

—E*l Chirimoya, el* de la tejera, que venía decidido, como todas las mañanas, y debe

de haber *sio* al verlo a usted, ha *dao* una *espanta* y ha salido *de pira.*

Plinio, sin decir nada, se asomó a la puerta de dos pasos, y, en efecto, vio que el mocetón de la boina que una noche les alumbrase con el farol de su bicicleta el campamento de los gitanos marchaba con su máquina a todo pedal.

Manuel volvió junto a su desayuno, rascándose la patilla.

—Ése es un tontarro, ¿no? —preguntó a Rocío.

—¡Digo! Es más tonto que Abundio. Tiene dos manías: ir a ver los trenes y perseguir a las mozas desde lejos con su bicicleta. Desde que se hizo con esa máquina, como él le dice, no se aparta de ella yo creo que ni para dormir.

Cuando *Plinio* concluyó su desayuno marchó al cuerpo de guardia con la intención de repasar las listas de las personas que estuvieron en la estación la famosa noche que apareció el charco de sangre.

Las repasó concienzudamente y en ninguna aparecía el *Chirimoya.* Luego preguntó a Maleza si recordaba que alguien le hubiera citado a el *Chirimoya.*

—En los tontos nadie repara —contestó el cabo, muy seguro de sí.

Y a *Plinio,* cosa rara, no le pareció mala razón.

Poco antes de las dos de la tarde, hora en que llegaba un tren, *Plinio,* que estaba en el herradero, dijo al veterinario:

—¿Tiene usted él coche a punto?

—Claro, hombre, qué cosas tienes. ¿Por qué?

—Decía yo de que nos fuésemos a tomar un vermut al bar de Cecilio.

—¿Allí, a la estación?

—Justo.

—Bueno...

El bar de Cecilio era muy pequeño. Más bien era una repostería para servir en la terraza que ponía en los paseos de la estación durante el verano. De modo que en invierno, si alguien recalaba por allí, era un acontecimiento.

Cuando llegaron *Plinio* y don Lotario, Cecilio salió a saludarles con mucha prosopopeya y dispuesto a departir largamente.

Los tres amigos se pusieron vermut y liaron un cigarro. *Plinio,* que estaba atento al reloj, preguntó a Cecilio como el que no quería la cosa, qué sabía de el *Chirimoya, el* de la tejera.

Cecilio hizo memoria mientras se rascaba una ceja y al fin habló:

—Ése es un tonto de nacimiento. Su hermana se quedó toda la herencia y a él, a cuenta, lo mantiene y lo viste. Parece que le ha comprado una bicicleta y está loco de contento. Se pasa el día en la estación viendo los trenes y dando vueltas por aquí. Alguna vez persigue a las mozas, no crea...

Cuando eran muy cerca de las dos, *Plinio* y el veterinario marcharon hacia la estación y prometieron a Cecilio volver en seguida para echar otra copa.

Cecilio dijo que de acuerdo, y que les serviría de aperitivo unos trocitos de queso en aceite muy rico que tenía guardado.

Cuando iban andando hacia las cercanías de la estación, el veterinario preguntó al guardia, un tanto mosqueado:

—¿Qué pasa con el *Chirimoya?*

—Que me ha dado ya dos *espantas,* y me escama un poco.

—Una fue aquella noche, ¿no?

—Sí. La otra esta mañana. Vamos a ver si se repite.

En el andén de la estación había varias personas esperando al tren. Junto a un árbol, con la bicicleta recostada en el tronco, el *Chirimoya.* Parecía contento, silbaba y miraba con ahínco hacia «Mirasol», por donde debía venir el tren.

Plinio y el veterinario, sin ser notados, se pusieron detrás de él. Se escuchó lejano el pitido del tren. *El Chirimoya* se asomó más.

—¡Ya viene! ¡Ya viene! —dijo jubiloso, volviendo la cabeza con intención de comunicárselo a quien estuviese más próximo; pero a1 ver al guardia tan cerca se le congeló la risa.

Plinio lo miró con severidad. *El Chirimoya* bajó los ojos y volvió la espalda, rígido, inmóvil. Al cabo de unos segundos, con muy poco disimulo, tomó la bicicleta del manillar, miró al cíelo como haciéndose el despistado, intentó silbar algo, dio un paso hacia la puerta y, de pronto, de manera atropellada, salió corriendo con su bicicleta hacia la portada de la estación.

—¿No le decía? —preguntó *Plinio* al veterinario.

—Ya, ya... ¿Y qué piensas?

—¡Psché... ! No sé... Ya veremos. No puede hacer uno cálculos muy precisos sobre las manías de un tonto.

—De todas formas tú pensarás algo, vamos, digo yo...

—Hombre, pensar, lo que se dice pensar..., por aquello de que viene todos los días a la estación. Vamos a dedicarnos unas noches a observarlo sin que él nos vea.

A la segunda noche, todo estaba claro. *El Chirimoya* siempre hacía lo mismo. Llegaba a las doce menos minutos a la estación. Permanecía hasta que llegaba el tren. Veía a los viajeros. Cuando la estación estaba vacía, salía con su bicicleta, bien encendido el farol, y se dedicaba a darse unas vueltas a todo pedal por el paseo de los Foudres y el de Circunvalación. Después, hacia las doce y media, marchaba a casa tan contento hasta las siete de la mañana, en que salía el nuevo tren.

A la vista de esta costumbre, un domingo por la tarde el guardia y su amigo, en el Casino, prepararon su plan para el próximo lunes por la noche, ya que aquella noche iban al cine con sus respectivas familias.

Dadas las doce, detuvieron el «Ford» en el paseo de las Foudres, y con las luces apagadas aguardaron la llegada del tren, luego de cerciorarse de que el *Chirimoya* estaba en su puesto de costumbre.

« Cuando empezaron a salir los viajeros de la estación, Maleza y otro guardia vestidos de paisano bajaron del coche. Siguiendo las instrucciones de *Plinio,* que permanecía agachado en el interior, una vez que apareció el *Chirimoya* con su bicicleta comenzaron a hacer ademanes y forcejeos, como si lucharan.

Chirimoya, al pasar, se quedó mirando; anduvo buen trecho con la cabeza vuelta. Luego, sin dejar de mirar, dobló la esquina de San Isidro muy despacio.

—¡Vosotros seguid la faena! —ordenó *Plinio* a los otros guardias, que parecían desmayar, mientras él miraba atentamente por la ventanilla trasera del coche.

—¿Qué pasa? —preguntó don Lotario con ansiedad.

—Como pensaba, está apostado tras la esquina... ¡Arranque usted! ¡Vamos a por él a toda marcha!

Don Lotario maniobró con rapidez y el coche salió disparado hacia el final del paseo de los Foudres.

Allí estaba *él Chirimoya,* pegado a la pared, junto a su bicicleta, como indeciso.

—¡Pare usted!

Al detenerse, descendieron a toda marcha. Pero el *Chirimoya,* al reconocerlos, reaccionó y, montando en la bicicleta, salió disparado.

—¡Vamos tras él!

Volvieron a subir al coche y comenzaron la persecución del ciclista. Pero éste, que en lo de llevar la bicicleta no era tan tonto como parecía, se salió del paseo y comenzó a rodar por en medio de unas eras, por donde era imposible que el coche transitara.

Plinio hizo parar el auto y echó a correr a campo traviesa? pero inútilmente, pues no había modo de alcanzar a el *Chirimoya.*

Decidieron volver a por los guardias que hicieran la pantomima de la pelea, y se trazaron un plan de acoso.

Cada uno de ellos se situaría en un lugar estratégico, próximo a la tejera por donde estaba la casa de el *Chirimoya.* La orden era de detenerlo en seguida que apareciera. *Plinio* señaló los lugares de posta. El «Ford» lo ocultaron convenientemente.

El veterinario hubiera querido, como siempre, quedarse con *Plinio,* pero éste consideró que debían estar todos separados para mejor vigilancia.

Don Lotario, cuando se quedó solo en el esquinazo del campo de fútbol, pensó que no estaba a gusto, que a lo mejor le daba miedo, que lo más seguro es que fuese a él a quien le tocara intervenir. Como la cosa no tenía remedio, se ajustó bien el sombrero, montó el revólver y se pegó a la pared como un buen cazador.

Durante media hora larga, aparte de un perro olisqueante, no pasó nadie; don Lotario no sabía bien qué hacer, si fumar o no fumar, si hacer aguas o no hacerlas. Por fin decidió rezar algo en latín, que sabía desde niño, aunque no lo recordaba bien. Luego, descubrió la lucecilla del cigarro de Maleza, que se ocultaba entre las sombras, enfrente de él, a cierta distancia, y con esto se entretuvo un rato... Poco a poco se le fue el miedo, y, aburrido de todo, comenzó a jugar a que mataba invisibles enemigos. Apuntaba con el revólver, y... ¡pum!

De pronto, oyó un silbido. No le cupo duda que era de *Plinio.* Miró con atención. Por la parte de los charcones divisó la luz de un farol de bicicleta. Aguzó los ojos y contuvo la respiración. Pero bien pronto tuvo que soplar, porque el farol avanzaba con excesiva lentitud. Afortunadamente, quien tenía que dar la cara primero era *Plinio,* ya que venía en la dirección en que él se encontraba.

Al cabo de unos cinco minutos, don Lotario se dio cuenta de que el ciclista en cuestión venía a pie, con la máquina cogida del manillar. Era, en efecto, el tontarra de la tejera.

Cuando estuvo a la altura de *Plinio,* éste salió como una exhalación y le cogió del brazo.

—¡Alto ahí!

Los que estaban apostados fueron apareciendo.

El pobre *Chirimoya,* que venía con la máquina pinchada, sorprendido, con la boca abierta, sin pestañear, miraba a *Plinio.* Aumentó su sorpresa cuando vio aproximarse a don Lotario y a los dos guardias. Miraba a unos y a otros aterrado. *Plinio* volvió el farol de la bicicleta hacia la cara de el *Chirimoya.* Al pobre hombre le temblaba el bocio.

—Dime lo que sepas... o te llevo a la cárcel —le ordenó *Plinio* con energía, al tiempo que le oprimía fuertemente el brazo.

El Chirimoya miraba alternativamente a todos, como sin comprender.

—Dime lo que viste aquella noche en el paseo de los Foudres, antes de encontrarnos a nosotros y alumbrarnos con este farol el campamento de los gitanos...

El Chirimoya tragaba saliva.

—¿ Viste un auto?

—Sí... Hablaron... Le dieron con navajas... Se lo llevaron.

—¿ Quiénes?

Volvió a pasarse la lengua por los resecos labios.

Plinio, teatralmente, se echó mano a la pistola.

—Los..., los de don Jerónimo... Y lo echaron en el auto y se lo llevaron. Pero no me vieron, no me vieron. Era un secreto.

Bien pasado el mediodía, don Lotario aguardaba sentado junto a una de las ventanas del casino a que *Plinio* saliera del Juzgado. Bebía de su vaso de cerveza, pasaba distraído los ojos por un periódico que tenía entre las manos, miraba mil veces hacia la puerta del Juzgado...

En la plaza había mucha expectación por los sucesos últimamente ocurridos. *Los Jerónimos* pertenecían a una familia conocidísima y su detención por el presunto asesinato de Carnicero era una verdadera sorpresa para los más avisados tomelloseros. Quien más quien menos se encontraba verdaderamente disgustado por no haber olido aquello con tiempo suficiente.

Don Lotario estaba satisfechísimo, como siempre que se concluía con felicidad un caso difícil. Y si ahora se mostraba impaciente, era por poder atar el último cabo que quedaba suelto de la tupida y larguísima historia del charco de sangre. ¿Cómo se habían enterado *los Jerónimos* desde Ciudad Real de la llegada de Carnicero aquella noche en el tren de las doce?

Don Lotario, además, estaba segurísimo de que éste era el único punto que interesaría a *Plinio* de la indagatoria que el señor juez estaba haciendo a *los Jerónimos* en aquellos momentos.

Otra persona de Tomelloso estaba pendiente, con verdadera ansia, de esta aclaración. Dos veces había llamado por teléfono a don Lotario en demanda de noticias: Andrés, el *Ciego.* El veterinario concluyó por prometerle que le llamaría inmediatamente que *Plinio* se lo comunicara.

Hacía las dos y media de la tarde —cinco cañas de cerveza llevaba bebidas don Lotario— se armó un gran revuelo en la plaza.

El veterinario se incorporó, concluyó por subirse en una silla para ver mejor.

Varios policías rodearon a *los Jerónimos,* camino del Ayuntamiento, donde estaban las

cárceles municipales.

Los curiosos, un mucho anonadados por la impresión de ver a dos señoritos camino de la cárcel, un poco porque apenas conocían al muerto, y otro mucho porque en su fuero interno de iberos consideraban que ambos hermanos habían hecho bien en lavar con sangre la deshonra de su hermana, miraban con respeto y en silencio la comitiva de guardias y homicidas.

Al cabo de un rato, *Plinio* cruzó la plaza con paso rápido y las manos en la espalda, entre la curiosidad de los rezagados.

Don Lotario, así que lo columbró, pidió dos cervezas más a Manolo el camarero.

Apenas estuvieron sentados, el veterinario ordenó:

—Venga, Manuel, desembucha.

—Han confesado.

—Ya... Pero ¿y lo otro?

—Se enteraron de la manera más tonta. Desde casa de su abogado de Ciudad Real pidieron una conferencia con el notario de aquí. Cuando estaban hablando, hubo una interferencia, en la que pudieron oír cómo Carnicero avisaba desde Alcázar su proyecto de viaje al del Banco... El resto, casi como supusimos... A las ocho salieron de Ciudad Real. Esperaron cerca de Cinco Casas, junto al Brochero, a que el tren se acercase hacia acá, para llegar casi al mismo tiempo... Entonces fue cuando se acordaron del pozo-mina. Llegaron casi con el tren. Pararon el coche junto a San Isidro. A un chico que pide limosna le mandaron llamar a Carnicero cuando salía de la estación. El chico le dijo que le esperaba en el coche su amigo el del Banco. Llegó Carnicero junto al coche, un poco sorprendido. Al reconocerlos, ya cerca, quiso huir, pero no le dieron tiempo. Sin mediar palabra lo cosieron a puñaladas junto a las tapias y lo echaron en el coche, y se encaminaron al Brochero... Como el coche no podía pasar por la linde, llevaron el cuerpo en brazos hasta el pozo... Entonces debió de caerse la cartera, de la que a su vez se salió el retrato... Dónde está la cartera, no lo sabemos. Tal vez llevaba dinero y el que la encontró, ya se sabe... Dicen que mil veces que resucitase, mil veces que lo matarían... En fin, asunto concluido.

—Bueno, voy a decírselo a el *Ciego,* que me trae frito —dijo don Lotario.

—Dígale que nos invite a merendar, pero no en su casa. Mejor que sea en la huerta de la Rocío.

—Vale. ¿El domingo?

—Vale también.

Mientras don Lotario iba al teléfono, *Plinio se* sacudió unas motas de polvo de su flamante uniforme nuevo y dijo para sí: *«Plinio,* eres el más grande. »

FIN